Bogotá contada 2.0





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



Bogotá contada 2.0



Alcaldía Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte
Jerónima Sandino, Directora de Lectura y Bibliotecas

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de las Artes
Valentín Ortiz Díaz, Gerente del Área de Literatura
Paola Cárdenas Jaramillo, Javier Rojas Forero, Mariana Jaramillo Fonseca, Isabella Bolaños, Ramiro Calixto, Carlos Ramírez Pérez, Equipo del Área de Literatura

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
Adriana Elizabeth González Sanabria, Directora de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Cámara Colombiana del Libro
Enrique González Villa, Presidente
Diana Carolina Rey Quintero, Coordinadora de Ferias y comercio Exterior

www.idartes.gov.co

ISBN 978-958-8898-23-0 (impreso)
ISBN 978-958-8898-24-7 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: Iván Correa, eLibros Editorial

Contenido

Bogotá contada 2.0

Tenemos el gusto de presentarles a los lectores capitalinos la edición de nuestro Libro al Viento 109, *Bogotá contada 2.0*, que como su numeral lo indica es la segunda parte de un proyecto que ya cumple poco más de dos años de existencia, y que se prolongará en el tiempo y tendrá nuevas entregas, pues ya están viniendo los invitados que formarán parte de la tercera edición de *Bogotá contada*.

No sobra recordar que el programa de *Bogotá contada* invita a escritores de diferentes países a que estén unos días en la ciudad, la recorran, la investiguen y participen en algunas actividades de promoción de lectura en bibliotecas, instituciones, librerías y universidades. Luego cada uno de ellos nos entrega un texto que se recopila anualmente en un volumen de *Bogotá contada*.

Para esta segunda entrega tuvimos un reparto de primera línea que exploró diversos géneros y registros: crónicas, cuentos y memorias que van desde la fantasía onírica hasta la realidad más pedestre. Nueve textos que marcan recorridos y croquis dentro de la ciudad, que componen una galería de personajes ficticios y reales sorprendentes.

Abre el volumen *Septiembre*, del venezolano Alberto Barrera Tyzska, un relato con tintes negros cuyo narrador, un justiciero primerizo, viene a la ciudad para resarcir una afrenta familiar. Sigue *Ácido*, del chileno Diego Zúñiga, narración en la que un taxista bogotano, ex ayudante del famoso mago David Copperfield, desmadeja las razones de una profunda frustración. Cierra este apartado de ficciones el uruguayo Pablo Casacuberta con *Detrás del limonero*, un cuento con visos de ciencia ficción cuya intriga se centra en un genetista olvidado.

El siguiente texto es del mexicano Élmer Mendoza, *Isaacs en el Colón*, un relato rulfiano, de fantasmas literarios que se dan cita en un concierto, con apariciones estelares del autor de *María*, el creador de Maqroll el Gaviero y León de Greiff. Y es justamente este poeta modernista el tema de

50 *sombras de Greiff*, crónica de la peruana Gabriela Wiener sobre el hallazgo, en el barrio Santa Fe, de una colección de discos, libros e inéditos que le pertenecieron, que por un milagro se conservaron en el segundo piso de un prostíbulo y que, con paciencia y persistencia, el medievalista e investigador Hernando Cabarcas consiguió exhumar. Ese mismo barrio de travestis y prostitutas es el escenario de *Un cisne patinando sobre un lago*, donde el español Juan Bonilla encuentra el rastro de un poeta bogotano desconocido aun para nosotros: Mario Andrés Trujillo, cuyas obra y biblioteca corrieron peor suerte que la de De Greiff.

El bogotano Luis Fayad, residente en Europa desde hace décadas, vuelve a la ciudad para, impregnado de nostalgias, atestiguar los cambios que ha sufrido el centro en *Recuerdos de una guía turística de Bogotá*, donde además registra con minucia sus visitas a diversos actos culturales y la impresión que le causa el *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia*, titánica colección de vocablos que es el tema del chileno Rodrigo Hasbún en *Las palabras*, texto donde se resaltan de principio a fin el extrañamiento y la fascinación que producen en él los lugares geográficos y las designaciones desconocidas.

Cierra este volumen *Jugar al capitalismo*, de la cubana Wendy Guerra, suerte de diario personal donde la autora se pregunta las implicaciones y bemoles que tendría mudarse a vivir definitivamente a Bogotá.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL



Bogotá
contada 2.0

ALBERTO BARRERA TYSZKA
(CARACAS, 1960)



Foto: © Alberto Sierra.

Se Licenció en Letras por la Universidad Central de Venezuela, de la que fue profesor en la cátedra de Crónicas. En la década de los años ochenta participó en los grupos de poesía Tráfico y Guaire. Colaboraciones suyas han aparecido en diversas antologías y publicaciones de España, México, Argentina, Cuba y Venezuela. Articulista habitual desde 1996 en el periódico *El Nacional*, y colaborador regular en la revista *Letras Libres*. Guionista de telenovelas en Argentina, Colombia, México y Venezuela. Escribió la biografía *Chávez sin uniforme* (2005) en compañía de Cristina Marcano. Ganó en 2006 el premio Herralde por *La enfermedad*. En 2011 publicó la novela *Rating*. También es poeta y ha publicado los volúmenes: *Amor que por demás* (1985), *Coyote de ventanas* (1993) y *Tal vez el frío* (2000).

Septiembre

Vine a Bogotá a matar a alguien.

Cuando el funcionario de migración me preguntó cuál era la razón de mi viaje me quedé en silencio. Siempre me ha costado mucho mentir. Siento que no me sale bien. Que se me nota.

¿Placer o negocios?

Pensé: hay más posibilidades. Se pueden hacer más cosas en una ciudad desconocida. Me gasté unos segundos dándole vueltas a la idea debajo la lengua.

¿Viene de visita?

Entonces dije que sí. De alguna manera era cierto, era una forma de decir la verdad aunque fuera a medias. Y sin duda esa era mi mejor mitad: jamás antes había estado en Bogotá.

Desde el aire, las ciudades no asustan. Están lejos y son pequeñas. Parecen incluso tímidas. Es el único momento donde no somos sus víctimas. Cuando el piloto del avión anunció que comenzaría a preparar el aterrizaje, me sorprendió darme cuenta de que nos bajábamos. Casi sentí que, más bien, subíamos, que por el aire íbamos escalando unas montañas verdes hasta alcanzar una meseta. Yo estaba sentado junto a la ventanilla. A mi lado viajaba un hombre gordo, llevaba puesta una chaqueta con los colores de la bandera de Venezuela. Siempre me ha dado un poco de vergüenza esa moda. Me fastidia que los símbolos patrios se hayan convertido en una marca. El hombre me preguntó si a mí también me costaba orinar en los aviones. Yo no supe qué responder. Puse cara de idiota y seguí mirando por la ventanilla. El hombre insistió. Había pasado todo el trayecto intentando entablar una conversación. Él lanzaba una interrogante y yo me agachaba. Él disparaba un comentario y yo lo esquivaba, moviéndome hacia cualquier lado. Él dijo: yo vivo en Bogotá desde hace diez meses. Yo dije: ya vamos a llegar. Él dijo: estoy trabajando en una vaina de petróleo. Yo dije: ajá. Y él

decidió contarme su historia, comenzando por la industria petrolera y terminando en sus problemas con la próstata. Y yo decidí no decir ya más nada. Ni siquiera me despedí con un gesto cuando recogíamos las maletas.

Me lo habían advertido: te vas a sorprender. Bogotá está llena de venezolanos.

Más o menos lo mismo me repitió el taxista, mientras me llevaba del aeropuerto al centro. Era un hombre respetuoso y amable, nacido en Manizales pero con cuarenta años de vida en la ciudad.

Usted va por la calle y los oye, dijo.

El mundo comienza siempre en las palabras. Bogotá empieza en el usted. Fue mi primera lección. De ahí en adelante, entendí que estaba en una realidad sin tuteos.

¿Usted de dónde nos visita?

¿Usted antes había estado en Bogotá?

¿Usted quiere que entremos por la carrera séptima?

El usted es permanente. Casi nadie lo suelta. Casi nunca hay un descuido.

¿Usted tiene reservación?

¿Por cuántos días se va a quedar usted?

¿Usted me regalaría su firma, por favor?

El Tequendama es una mezcla peculiar de hotel y cuartel. Hay dos tipos de uniformes: el de los empleados y el de los soldados que custodian todas las entradas y salidas. No se puede dar un paso sin sentir que alguien te está escuchando. La sensación de vigilancia es extrema: en uno de los primeros canales del televisor se puede ver la transmisión continua de la cámara que registra la entrada del lobby. Me senté en la cama y miré abismado la pantalla. Ahí mismo estaría yo, cada día, entrando y saliendo. Con mi cara de sospechoso. Con mi cara de culpable, quizás.

Estamos en septiembre, llueve mucho, me dijo el muchacho que subió mis maletas y me enseñó la habitación.

El cielo estaba azul. El sol era una piedra blanca. La ventana de la habitación 1011 daba hacia el oeste.

No se confíe, insistió. Estamos en septiembre. Llueve a cada rato.

A los diez minutos comenzó a llover. Como si el clima secretamente quisiera demostrarme que el muchacho tenía razón. Y en las siguientes tres horas, llovió y salió el sol varias veces. Sin ninguna lógica. Y yo miraba por la ventana y trataba de entender cómo y por qué llovía y brillaba el sol o brillaba el sol y volvía a llover. Y recordé: estamos en septiembre. Llueve a cada rato. Y entonces pensé: los bogotanos son distintos. Hablan de usted y usan paraguas.

Me quedé toda la tarde y buen parte de la noche mirando en la televisión el lobby del hotel. A la una y diecisiete de la madrugada entraron dos mujeres borrachas. Se apoyaban una en otra, tratando de mantener el equilibro, y se reían tontamente. Obviamente venían de una fiesta. Sus vestidos las delataban. Pero, ya a esa altura de la noche y del hígado, habían dejado la elegancia en los vasos. Yo seguía sin poder dormir. Me mantenía eléctrico y ansioso, tratando de estudiar la ciudad a través de internet. Si uno se sitúa en *google maps* y escribe Bogotá lo primero que aparece es un territorio amplísimo. Es un mapa enorme y la ciudad destaca en el centro como una vagina irregular, colorada y con bordes gruesos. Mi mujer dice que los hombres vemos vaginas en todos lados. Que aunque las nubes tengan forma de castillos enanos, nosotros siempre encontraremos algo de sexo en el cielo.

A medida que me fui acercando, el mapa se fue transformando, dando paso a otro mapa donde ya podía distinguir líneas rectas y nombres. Teusaquillo. Barrios Unidos. Chapinero. Antonio Nariño. Engativá. Kennedy. Suba. Puente Aranda. San Fernando. Los Mártires… Ubiqué el hotel y, desde ahí, traté de imaginarme dentro de la ciudad. Es algo que debería haber hecho en Caracas, pensé. Pero no lo hice. No se me ocurrió. No soy un profesional. Quiero matar a una persona, no convertirme en un asesino. Es distinto. Lo mío es rabia, odio, violencia urgente. La impaciencia siempre es amateur.

2

¿Dónde comienza un crimen? ¿En qué lugar exacto? ¿En el deseo? ¿O en el espacio en el que uno empieza a planificar y a soñar el delito? ¿Dónde es más real la sangre?

Mi cuñado se llama Willy José Medina Rivero y vive en Bogotá. Era lo único que sabía. No tenía nada más. Se había fugado del país hacía unos

meses y, según teníamos entendido, se encontraba escondido en algún lugar de la capital de Colombia. Mi hermana había intentado localizarlo inútilmente. Al principio, con amorosa desesperación y, luego, cuando toda la verdad comenzó a salir a flote, con perplejidad, una perplejidad que se trabucó en desconcierto, un desconcierto que se tornó impotencia e indignación, una indignación que terminó convirtiéndose en furia, en locura. Willy se había esfumado y, al parecer, lo único que quedaba de él era una ciudad, esta ciudad.

Me levanté temprano y llamé por teléfono a un amigo que ya llevaba ya varios años viviendo en Bogotá. No le di demasiados detalles pero le pregunté dónde solían verse o reunirse los venezolanos. Me dijo que fuera a la zona T o a la zona G, que era lo más fácil. Y yo le dije que no tenía la más puta idea de qué era la zona T o la zona G. ¿Cómo una ciudad llena de nombres tan sonoros podía usar después consonantes eficaces para bautizar algunos de sus espacios? ¿Zona T? ¿Era acaso un sector industrial? ¿Zona G? Parecía nombre de un muelle en un puerto ¿Qué podía hacer un embarcadero en medio de esas montañas?

Desde las seis de la mañana estaba lloviendo.

Llegué a la zona T encogido debajo de un paraguas. Pensé que las nubes también podían ser vejigas que jamás se vacían.

No tenía ningún plan. No tenía ni siquiera una intención. La zona me pareció más bien estrecha. Un diminuto laberinto de calles donde conviven restaurantes y centros comerciales. Paseé en silencio, como un turista dispuesto a dejarse asombrar. Me metí en distintos cafés, en restaurantes, alerta, tratando de pescar venezolanos en el tono de las voces. Caminaba casi sin mirar, solo atento a las palabras que flotaban en el aire. En varios lugares tropecé con la misma música, con ese cantadito nacional, con las groserías patrióticas, con los giros del idioma. Nunca encontré a Willy. La casualidad no estaba de mi lado.

Fui en un taxi a la zona G. No estaba demasiado lejos pero caminar bajo la lluvia siempre me ha parecido una forma de melancolía. El taxista me reconoció de inmediato. Es uno de los indicadores estadísticos más firme de estos años: no hay taxista en Bogotá que no haya tenido, por lo menos una vez, a un pasajero venezolano. Mientras conversaba conmigo, mantuvo una intensa guerra con un motorizado que iba en el carril de al lado. Era una carrera de obstáculos. Cada cierto tiempo, los dos debían saltar un semáforo. En varias oportunidades, el taxista lanzó la trompa de su

automóvil hacia la derecha, atacando al motorizado. Hablaba de un primo suyo, llamado Alpidio, quien en los años setenta cruzó la frontera y estuvo sembrando café en el Estado Táchira. Al mismo tiempo, no retiraba sus pupilas del espejo retrovisor y empuñaba el volante como si fuera un arma, tratando siempre de acosar a su enemigo. Era una lucha desigual. Su carro era un sapo. La moto era una lagartija.

La zona G me resultó bastante similar a la zona T pero todavía más reducida. Hoteles y restaurantes. Lugares de ocio. Hice lo mismo. Di pasos distraídos. Pensé que la T me recordaba a la T de cobre, un antiguo método anticonceptivo, y que la G me recordaba al punto G. Y volví a pensar entonces en el mapa colorado con bordes gruesos de Bogotá, dentro del mapa mayor de Colombia. Y recordé también y además a mi mujer repitiendo que los hombres solo piensan en sexo, ustedes tienen la cremallera en la frente.

Los dos primeros días estuve caminando por la ciudad, tratando de conocerla, de entenderla. Estaba esperando que Willy apareciera o que la realidad me regalara alguna pista. Mi hermana, en Caracas, hacía lo imposible por saber algo de él. Estaba instalada, de manera casi frenética, en las redes sociales, multiplicando mensajes, pidiendo ayuda. Pero nada. El destino de su marido era un enigma.

Cuando empezó todo, de hecho, ella creyó que lo habían secuestrado. Willy salió temprano en la mañana, supuestamente iba a una reunión de accionistas, y más nunca supimos nada. En la noche fui a ver a mi hermana. Estaba muy nerviosa. Había acostado temprano a mis sobrinos y trataba de decidir si acudir o no a la policía. Yo no estaba tan seguro de que fuera un secuestro. Un secuestro necesita una llamada telefónica y todavía nadie se había hecho rin y había pedido un rescate. Al día siguiente el gobierno intervino el banco donde trabajaba Willy. Todo comenzó a ser fatalmente comprensible. La mayoría de los accionistas habían huido del país, dijeron en la noticias. Y lo nombraron. Mi hermana lloraba frente al televisor.

El primer requisito para matar a alguien son las ganas, una honesta y entusiasta disposición a hacerlo. El segundo requisito es un arma. Un asesinato a puñetazos requiere buenos nudillos, algo de suerte y mucho tiempo. Mi amigo me puso en relación con un ex policía que trabajaba en ese momento como escolta privado. Después de dos o tres rodeos, me citó

en una biblioteca pública, en el barrio Simón Bolívar, al sur de la ciudad. Le pedí al taxi que me esperara. Ofrecí pagarle el doble. La biblioteca era pequeña pero estaba muy bien organizada, ofrecía un plan de diversas actividades para la comunidad. Ese día, como parte de un plan de la alcaldía, un escritor argentino conversaba sobre su obra con un grupo de lectura formado por gente de la tercera edad. Mientras aguardaba me entretuve escuchándolo. Pero el ex policía jamás llegó. En el camino de regreso al hotel, el taxista me contó que toda esa parte de la ciudad se la dividían territorialmente el ejército, las FARC y los paramilitares. Bogotá es una ciudad acostumbrada a convivir con la guerra. También tiene ese otro mapa, un dibujo distinto, un croquis que solo sirve para administrar la violencia.

¿Qué tipo de arma está buscando su merced? Conozco a un *man* que vende de todo. Él puede conseguir lo que usted quiera.

El hombre hablaba pausadamente, con demasiada calma. Me había citado en un puesto de venta de pelucas del mercado de San Victorino. De ahí fuimos a tomar un café. Lo seguí, en un rápido zigzag, esquivando a compradores y a vendedores, sorteando cualquier tipo de ofertas. Cruzamos el túnel que pasa por debajo de la décima y logramos alcanzar la rara calma del centro histórico. La puntualidad de la presencia militar distribuye una particular mezcla de autoridad y de temor que pesa tanto como el aire. Aun así, la belleza de la arquitectura es incontrolable. A mí me fascinan los centros de las ciudades. Casi todos tienen la herencia española, el diseño en cuadrículas, de adentro hacia fuera, la exactitud de las esquinas, la nostalgia de un orden, de saber que aquí alguna vez hubo al menos una intención de orden, un boceto. El centro de Bogotá es extraordinario. Subimos por las hermosas calles empedradas y terminamos en una cafetería en el barrio Las Cruces. Ahí me hizo la pregunta sobre el arma y me dijo que conocía a un *man* que vendía de todo, y que ese *man* que vendía de todo tenía a su vez sus buenos conectes en la calle del *Bronx*.

La historia de Bogotá no ofrece una gran experiencia de contacto con la extranjería. No es una ciudad con un hondo expediente de inmigrantes. No hay un barrio chino, no existen comunidades españolas o italianas de amplia y larga tradición. Pero, en cambio, su espacio simbólico sí parece mantener un encuentro y un contagio más cercano, más veloz. Hay algo fílmico que de pronto contrasta con la apacible imagen de una ciudad

andina. Me quedé esperando en la entrada de la calle. Un *Bronx* en medio del altiplano. Una palabra sin visa de trabajo.

Sentí escalofríos cuando crucé la puerta del hotel. Solo recuperé la tranquilidad cuando vi que se cerraban suavemente las puertas del ascensor. Como dos párpados de aluminio, juntándose frente a mí. El peso del arma en el bolsillo izquierdo de mi saco era una presencia inquieta. Un animal frío y paralizado pero aun capaz de respirar. La puse en la caja de seguridad. Era una Beretta 92. Me costó 700 dólares. Me senté en una esquina de la cama y encendí el televisor. De nuevo permanecí ensimismado mirando las imágenes del lobby. Quién entra. Quién sale. Quién se detiene un instante, indeciso, sin saber sin entrar o salir. Todos siempre tenemos a alguien detrás, siguiéndonos. Es parte de la vida. Pensé: yo ahora solo quiero ser el detrás de Willy.

3

Cuando era niño, un día mi padre me llevó a cazar venados. Salimos muy temprano al campo y caminamos tres horas hasta el borde de un pequeño río. Mi padre me dio su escopeta y me dijo: hoy vas a aprender a matar a otro animal. Yo tenía doce años. Luego se sentó sobre la tierra y me indicó que me sentara a su lado ¿Qué vamos a hacer?, le pregunté. Esperar. Eso es lo primero que tienes que aprender. A esperar.

Pasé toda la semana esperando. Mi hermana, desde Caracas, seguía moviéndose en todas direcciones y con todo tipo de gente, buscando algún dato concreto. Ni la familia ni los amigos de su marido le decían nada. Cada vez que hablábamos por teléfono, comenzaba siempre con el mismo parlamento: me estoy volviendo loca. Pero luego me aseguraba que estaba muy cerca, que ya estaba a punto de dar con algo. Espera un poco.

El domingo decidí oxigenarme y salí a pasear. El sol fue determinante. Me despertó. Un manotazo amarillo se coló por la ventana y me golpeó los párpados. Me pareció delicioso. No llovía. Desde que había llegado a Bogotá, jamás había tenido una promesa de un día despejado, largamente claro. Sentí que estaba en otra ciudad. Bajé velozmente y me dejé llevar por el calor de la mañana. El sol picante me empujó hacia abajo hasta detenerme junto al Cementerio Central. Desde la calle, miré pasmado los cuatro enormes columbarios donde Beatriz González realizó una impactante intervención artística. Las diminutas siluetas estampadas sobre cada lápida fueron como un latigazo en mis pulmones. Cada dibujo era una escena, un

relato. Y toda la edificación parecía un enorme coro de muertos. La imagen me resultó tan inquietante. No sé cuánto tiempo permanecí paralizado ahí, observando, boquiabierto, bajo el sol, sintiendo mi respiración contenida. Imaginé de pronto mi historia en uno de esos cuadros. Nuestra historia. Las rayas de mi vida, de la vida de mi hermana y de la vida de Willy José Medina Rivero. Los tres también atrapados en alguna de esas losas ¿Cómo sería ese dibujo? ¿Cómo podría pintarse nuestra muerte?

Me monté en un bus porque tenía ganas de llorar. Porque no sabía a dónde ir y tenía ganas de llorar. Porque hacía sol, por fin hacía sol, y me daba pena sentirme así. Porque no es fácil tener cuarenta y un años y sentir ese ardor ácido asomándose en el borde de los ojos. Me quedé sentado, mirando por la ventana, como si estuviera en un *citytour*. Hay cosas que solo pueden hacerse los domingos. Cuando vi la palabra parque, me bajé. Quizás es esto lo que me hace falta. Algo así pensé. Y me interné en el parque Simón Bolívar. Nuestros países están jodidos. Uno no puede dar dos pasos sin tropezarse con el nombre de Bolívar. Algo así también pensé.

Estuve buena parte del mediodía y de la tarde en el parque. La luz y el calor le daban un resplandor especial al verde de la grama y de los árboles. Era el mejor antídoto contra la desazón. Me senté sobre la yerba a ver pasar la gente. Muchas muchachas. Padres divorciados arrastrados por sus hijos. Familias populares inventando una fiesta. El olor de las fritangas se deslizaba por el aire, envolviéndonos a todos. Me tendí y miré al cielo. Tanto azul, carajo. A dónde se había escondido durante todos estos días. Cerré los ojos, pensando que en el fondo ese era un escenario ideal, que justo en ese momento debía ocurrir una epifanía. Venía de la lluvia y estaba ya en el sol. Venía del infierno de las tumbas y ya me encontraba en la parranda de los vivos. Si el destino me deparaba alguna revelación, ese era su mejor momento. Lo que debía suceder, debía suceder en ese instante.

Mi cuñado tiene treinta y tres años y es millonario. Estudió economía en la Universidad Católica y, al graduarse, comenzó a trabajar en una casa de bolsa. Ahí conoció a mi hermana. Se casaron al año siguiente. Vivían rentados en una zona de clase media baja y no podían darse muchos lujos. Cuando comenzó el control de cambio, la vida de Willy comenzó también a cambiar. A la vuelta de cuatro años, se habían mudado a una casa con piscina en La Lagunita Country Club y, junto a otros socios, había fundado

su propia agencia bursátil, tenía un banco y una compañía de seguros. También era dueño de un avión y de un apartamento en Coral Gables, en Miami. Sus dos hijos comenzaron a tomar clases de esquí en Denver. Iban cada diciembre. Tú no sabes cómo les encanta la nieve, decía mi hermana. Y mi mujer masticaba sospechas y suspicacias. Pensaba que Willy estaba en negocios con el gobierno, que su riqueza era turbia; su felicidad, ofensiva.

No te miento. Este negocio es un tiro al piso.

No sé. Déjame pensarlo, ¿no?

No hay tiempo, mano. Estas vainas son así, dijo y tronó los dedos.

Willy había invitado a la familia al club. Mientras los niños jugaban, él y yo nos habíamos apartado hasta el bar. Habíamos pedido unos tragos y estábamos conversando.

Yo me voy a meter de lleno. Es simple. Compras hoy y vendes mañana. Aprovechas el diferencial y listo. En una semana duplicas tu capital.

Dije pero. Pero fue un pero débil, arrastrado, sin contundencia. Willy me convenció de transferir a una cuenta de su banco todos nuestros ahorros. También armó una fórmula para hipotecar nuestro apartamento y, además, solicitó a mi nombre un crédito en una institución financiera de un amigo. Todo pasó muy rápido. Justo antes de que el gobierno interviniera su banco y todas sus otras empresas. Justo antes de que desapareciera.

Willy, coño ¿Dónde estás?

El cielo azul de Bogotá no me contestó la pregunta.

El parque quedó mudo.

Nunca olvidaré aquellas horas que pasamos en silencio junto al río. Fueron tres o cuatro, hasta que apareció un venado. Mi padre me hizo una seña de que mantuviera silencio. Y estiró las manos, indicando que ni me moviera. No hacía falta. Me había repetido esa instrucción durante todo el camino. Yo sentía que la escopeta sudaba entre mis manos. Los dos mirábamos al venado. Estaba a treinta metros, más o menos, se inclinaba hacia el agua. Tenía sed. Mi padre movió ligeramente la mandíbula y yo alcé con cuidado la escopeta. Muy suavemente. Estábamos sentados. Apunté. Y de pronto, una brisa ligera hizo temblar las rojas de los árboles. El venado alzó su cuello de inmediato. Miró hacia todos lados. Dio un brinco y desapareció.

Nos olió, sentenció mi padre.

Y me explicó que el viento había soplado en otra dirección, que el viento nos había traicionado. Y me dijo que el viento había movido nuestro olor

hasta el río y que así el venado había descubierto nuestra presencia.

¿Y a qué olemos nosotros?, pregunté, todavía desconcertado.

Mi padre miró hacia el río.

A miedo. Olió tu miedo, dijo. Todo aquel que va a matar tiene miedo, añadió.

Cuando regresé al hotel, seco y cansado, me encontré con varios mensajes. Mi hermana había llamado nueve veces por teléfono. También había mandado cuatro correos electrónicos.

Ya lo encontré.

4

Mi hermana quedó con dos hijos y en el aire. Le congelaron sus cuentas bancarias. Intervinieron todos sus bienes. Peor aún: descubrió que su marido, sin informarle nada, la había puesto como presidente en varias de las empresas y en todos los directorios. Así que, además, tenía enfrente una amenaza legal catastrófica. Podía terminar en la cárcel. Cada día que transcurría, estaba más furiosa, más ciega, más carnívora. Quería masticar crudo a Willy. Quería sangre.

Encontré una libreta vieja, llena de números telefónicos. Me puse a llamar uno por uno ¿A que no adivinas qué conseguí?

No, no adivino. Eran las once de la noche. Yo estaba frito. Quería dormir.

Me contó entonces que había encontrado un número cuyo prefijo no correspondía con ninguna de las zonas de Caracas. Después de manosear la cifra un rato, descubrió que se trataba de un número de Bogotá. Yo propuse una duda. Puede ser Bogotá como Lima, o México o Buenos Aires. Un número es un número, le dije. Y ella me dijo: estoy segura que es de Bogotá. Y le pregunté cómo podía estar tan segura. Y ella entonces me dijo que ella misma había marcado, poniendo el código de Colombia y de Bogotá, y que después de tres repiques, alguien había tomado el teléfono y había contestado.

Un silencio parpadeó por unos segundos.

Hasta que yo pregunté: ¿y? Y entonces ella dijo que nada. Y nada. ¿Y nada?, pregunté yo ya exasperado. Y nada, repitió ella. Me explicó que había temido que fuera él, el mismísimo Willy, que estuviera con el auricular en su mano, del otro lado de la línea. Temió que esa llamada nos

delatara. Y colgó. Su idea era que yo ubicara el número en la ciudad, que localizara la dirección, y que así pudiera dar finalmente con mi cuñado.

Y le vuelas la cabeza. Pero antes le dices que el coño de su madre, que es un perro, que es una mierda. Y después le disparas.

6813417. El teléfono correspondía a la Casa de la Cultura de Suba. Traté de hacerle entender a mi hermana que se trataba de un error. Los números también se equivocan. Pero no hubo manera. Un miércoles en la tarde fui a Suba. Tomé la línea C del Transmilenio. El trayecto fue largo. Suba queda muy al norte, tan al norte que casi ya no es ciudad. Hay una rara mezcla de barrios residenciales, cerros o restos de cerros, espacios industriales, zonas populares… En el Portal de Suba tomé un taxi. Obviamente estaba lloviendo. En una mano llevaba empuñado el paraguas; la otra permanecía intranquila, dentro del bolsillo del saco, acariciando la Beretta. Todos los taxistas son narradores orales. Creen que contar es una parte de su trabajo. Mientras íbamos a la casa de la cultura, el taxista relató una brevísima historia de Suba, de sus verdes, de sus conejos y de sus caballerizas. El hombre señalaba paisajes invisibles y ponía ejemplos de otros procesos similares en el mismo espacio urbano. Comprendí en ese momento que su relato, en el fondo, me ofrecía una de las claves de la ciudad. Bogotá tenía siglos de historia pero todavía continuaba dialogando de manera permanente con la ruralidad. Era una ciudad demasiado alta y sin mar. Solo podía crecer sobre sí misma, sin despegarse demasiado de sus piedras y de sus yerbas.

Un caribeño no sabe bajar de un carro abriendo un paraguas. Es un trámite muy difícil. Se necesita mucha experiencia para hacerlo bien. Entré a la casa de la cultura con medio cuerpo mojado. En la biblioteca, un grupo de muchachos asistía a un taller literario. En el salón principal había una exposición de pintura. Sin ninguna esperanza traté de hablar con todos los empleados que pude. A todos les soltaba, de una u otra forma, las mismas frases sobre mi condición de veneco, de extranjero en la comunidad, esperando que esas palabras fueran anzuelos, que alguien se enganchara en una conversación que, gracias al milagro del chisme, me llevara finalmente a mi cuñado. No ocurrió así. Todos cortésmente me ofrecieron una réplica amable, un buen comentario. Ningún chisme me llevó a ningún Willy clandestino y oculto en el norte de la ciudad.

Regresé de la misma forma pero decidí detenerme en la Avenida Caracas, cerca del centro. Me quedé de pie en una esquina, junto a un semáforo. Viendo cómo la ciudad se movía. Me sentía fracasado. El arma pesaba como una sobra seca dentro del bolsillo. Quizás por eso estaba ahí. En una esquina que también era dos ciudades a la vez. El semáforo se puso en rojo. Vi frente a mis ojos tres vehículos seguidos: al fondo, un pequeño autobús de pasajeros. En medio, una camioneta negra, de último modelo, que parecía blindada. Y casi junto a mí, un hombre con sombrero de paja, jalando un viejo carromato de madera, lleno de cartones y basura. Todas las Ciudades que son Bogotá estaban de pronto detenidas frente a mí. El semáforo se puso en verde.

¿Lo viste?

Dije que sí.

Me había comprado una botella de whisky y estaba en la habitación, hablando por teléfono con mi hermana. Los dedos de la lluvia golpeaban las ventanas.

¿Hablaste con él?

No le di chance.

Mi hermana quedó en silencio. Pero la sentí tragar saliva.

Dudó un segundo. Quiso preguntar si lo había matado pero no se atrevió. No se atrevió ni siquiera a pronunciar la palabra. Es más sencillo amenazar. Matar no es tan fácil. Ni siquiera en un cuento.

Ya está hecho, susurré. Cumplí con el encargo.

Y colgué. La Beretta estaba tendida sobre la cama. Yo miré hacia fuera, hacia la lluvia. Bogotá no es una ciudad, es una nube, pensé. Al menos en septiembre.

Ojalá que el clima cambie. Ojalá que en los próximos meses tengamos más sol. Con lluvia, siempre es más difícil buscar a un muerto.

DIEGO ZÚÑIGA
(IQUIQUE, 1987)



Foto: © Alberto Sierra.

Escritor y periodista. Ha publicado las novelas *Camanchaca* (La Calabaza del Diablo, 2009; Literatura Random House, 2012), traducida al italiano y al francés, y *Racimo* (Literatura Random House, 2014), además del libro de fútbol *Soy de Católica* (Lolita editores, 2014). Es parte de la editorial Montacerdos y escribe, semanalmente, para la revista *Qué Pasa*. A fin de 2015 publicará su primer libro de cuentos, *Niños héroes*.

Ácido

Ninguno de los dos sabe, realmente, qué hay en esa mochila, pero yo no pude decir que no: Rodríguez fue al departamento, poco antes de que nos fuera a buscar la van, y me entregó esa mochila negra. Me pasó un papel con una dirección, me dio un abrazo y me dijo que tuviera cuidado con la altura, que había visto a gente perder la cabeza por esos metros sobre el nivel mar en que está instalada Bogotá.

Yo vi a cubanos y chilenos perderlo todo, no sé cómo te pegará a ti, dijo antes de despedirse y salir del departamento. Unos minutos después llegó la van, que nos llevó al aeropuerto, y ahora estamos acá, arriba de un taxi, rumbo a una biblioteca bogotana: la Biblioteca de Usaquén.

Ni Valeria ni yo hemos perdido la cabeza por la altura, aunque sólo llevamos unas horas en la ciudad y la mayor parte la hemos pasado arriba de algún auto: el taxi que nos llevó del aeropuerto al hotel, el taxi que nos lleva ahora a la biblioteca, y que lo conduce un hombre que apenas escuchó nuestro acento, nos preguntó, seguro, de qué parte de Chile veníamos.

Estamos detenidos desde hace rato en un trancón –acabamos de aprender esa palabra, que nos acompañará durante todo el viaje– y los autos no avanzan.

Es una cosa hermosa Chile, dice de pronto el taxista antes de que nosotros respondamos, al unísono, que venimos de Santiago. Entonces, él se queda un buen rato en silencio, como si estuviera buscando algo, una palabra, quizá, que le permita continuar con la conversación. Afuera, los autos siguen detenidos. Ninguno toca la bocina: entienden que el ritmo es así: lento, pausado, aunque el rostro de los que van arriba de los buses del Transmilenio parecen no acostumbrarse. Dicen otra cosa: que la belleza escandalosa y voluptuosa de los cerros verdes no es suficiente y que nosotros, que estamos arriba de ese taxi, somos unos privilegiados. Nos miran con rabia y con desconfianza, por supuesto. También con resignación: ellos de pie, arriba del bus, y nosotros abajo, sentados,

cómodos. Pero todos estamos detenidos en una esquina, esperando que los demás autos avancen, y eso nos iguala por unos segundos. Me gustaría decirles que en realidad yo no pago ese taxi y que estamos junto a mi mujer ahí, sentados, arriba de ese auto más bien por azar, o por la mala suerte que tuvo uno de mis compañeros de trabajo: Rodríguez debió suspender su viaje –porque se le está muriendo su madre– y mi jefe me pidió que lo reemplazara, que yo viniera a Bogotá a cubrir la final del campeonato colombiano de fútbol; todo rápido, de un día para otro, cambiar los pasajes, conseguir el hotel y coordinar la acreditación para asistir a El Campín y ver quién será campeón: si Millonarios o Deportivo Cali; pero ellos, que siguen en ese bus, que nos miran hacia abajo, con desprecio, no saben nada de eso, y no tienen por qué saberlo tampoco: yo miraría de la misma forma que ellos, pienso, y luego me distraigo porque el taxi se mueve unos metros y Valeria me pregunta, en voz baja, si sé adónde vamos exactamente.

Por supuesto que no sé, pero le miento: sí, sí, no es muy lejos de acá, le digo.

De Santiago…, murmura el taxista y nos mira por el espejo retrovisor, no conozco Santiago, dice, con el tono de quien quiere empezar a contar algo, pero de pronto los autos comienzan a moverse y avanzamos ahora sí varios metros, el bus de Transmilenio nos adelanta y alcanza a cruzar la calle antes de que el semáforo cambie a rojo y nosotros nos quedemos en la misma cuadra.

Es viernes, es mediodía y en cualquier momento se largará a llover, pero no hace frío. Nosotros, como buenos turistas, andamos llenos de ropa, sin saber muy bien qué hacer con ella. El taxista, de hecho, sólo va con una polera verde de manga corta y una boina negra, que no sé si es una moda bogotana o si sólo es una apuesta estética de él, que nos mira, una vez más, por el espejo retrovisor y nos dice que la ciudad más hermosa de Chile es Talcahuano.

¿Talcahuano?, pregunta Valeria y por primera vez en el día sonríe levemente, una sonrisa extraña en cualquier caso, como de desconcierto, pues en realidad afuera de Chile nadie debería saber que existe una ciudad llamada Talcahuano.

Talcahuano, insiste él, con su acento neutral y una pronunciación algo exagerada, que recién a esa altura nos resulta extraña; entendemos, en ese momento, que en realidad no sabemos de dónde es el taxista.

El semáforo cambia a verde y avanzamos con mayor fluidez ahora. La Biblioteca de Usaquén queda casi al otro extremo de la ciudad desde donde estamos, o eso creí ver en el mapa antes de tomar el taxi: cruzar más de 100 calles para llegar a ese lugar, buscar a una tal Guadalupe y entregarle esa mochila negra que, se supone, tiene ropa, o eso me alcanzó a decir Rodríguez antes de que nos despidiéramos: ropa y unas cosas que le pertenecen a ella.

Yo estuve varios días en Talcahuano, continúa el taxista, y después nos fuimos a Valparaíso, pero no me gustó, mucha gente, dice él y avanza, zigzagueando, por la carrera 7 mientras Valeria mira por la ventana y me veo obligado, en el fondo, a preguntar por esos días en Chile, aunque en realidad no hay necesidad de preguntar porque el taxista –que se llama Leonardo Santos Olea, o al menos ése es el nombre que se lee en el respaldo de su asiento– habla y habla, y Valeria no lo escucha, lo sé, porque mira por la ventana la ciudad, la observa con toda la atención posible, la mirada detenida en un punto indescifrable entre las construcciones de ladrillos, los cerros verdes y el cielo negro, que por momentos, según el trayecto, se abre completamente.

El taxista sigue hablando. Va a decir, entre otras cosas, que ha pasado gran parte de su vida arriba de barcos recorriendo distintos océanos, por eso el acento que se perdió en algún momento, porque seguro que ustedes no saben de dónde soy, y en realidad ni yo lo sé, dice, pero pertenezco al mar, a esos viajes infinitos que hicimos por tantos años, atravesando el Pacífico, ustedes no saben lo que es eso, insiste, los días perdidos en medio de la nada, la soledad, el abandono, la tristeza que nos embargaba cada cierto tiempo, sobre todo cuando nos bajábamos en algún puerto y creíamos hacer una vida normal ahí, en esos días en que abandonábamos el mar y buscábamos un poco de amor, dice, no mucho más, nunca, porque aquello era suficiente para nosotros, un poco de amor, un poco de cariño, que alguien fuera capaz de escucharnos, porque arriba del barco no hablábamos sobre nosotros, era un acuerdo tácito que teníamos, dejar en tierra nuestra vida, los problemas, cualquier cosa que pudiera interferir en nuestro trabajo, dice el taxista mirándonos por el espejo retrovisor, con una voz solemne, afectada, que Valeria evita escuchar, estoy seguro, pues no ha desviado en ningún momento la mirada de la ventana. Sigue ahí, observando la ciudad, que ahora no se mueve.

Fue así como llegué a Talcahuano, sigue el taxista, y nos quedamos por varios días, porque el mar estaba bravo, nunca he visto un mar más bravo que el de Chile, dice, y eso que he estado en todas partes, en Japón, en el norte, allá en Noruega, en esos países, ahí sí que vi las olas más grandes que uno puede imaginar, vi barcos hundirse, vi hombres morir en el mar, ustedes no tienen idea lo que significa eso, porque es como si uno se muriera con ellos, son hermanos que se los tragan las olas, es terrible, dice el taxista, horrible, pero lo de Chile no lo vi nunca, nunca, ninguno de nosotros, no podíamos salir de Talcahuano y tampoco estábamos molestos, al contrario, éramos felices en esa ciudad, era muy bonita, muy tranquila, yo pensaba que uno podía ser feliz ahí, sin duda, me imaginaba construyendo una vida en esa ciudad tan hermosa, llena de fábricas, del puerto, el mar, la gente tan amable todos, todos, por eso cuando vi las noticias por lo del tsunami no lo podía creer, busqué videos, busqué imágenes, no lo podía creer, esa ciudad tan bella así, destruida por completo, los barcos y los botes que llegaron hasta el centro de la ciudad, no pude dejar de pensar en esa imagen, no lo podía creer, no, no es posible, ¿fue en 2009 o en 2010?, pregunta Leonardo, que ahora desvía, por unos segundos, la vista del espejo retrovisor, pues los autos empiezan a avanzar y la Biblioteca de Usaquén, al parecer, está más cerca, o eso quiero creer: buscar a Guadalupe, entregarle la mochila, volver al hotel y no salir hasta el partido, no salir, o si Valeria quiere salir, pues la acompaño, pero sé que está molesta, que por eso no habla.

En realidad está molesta desde que salimos de Santiago: no quería venir, pero le compré el pasaje porque pensé que nos iba a hacer bien, y ahora está ahí, mirando por la ventana del taxi sin hablarme. Esto debe ser el infierno: un trancón en Bogotá y un taxista que no deja de hablar, porque Leonardo sigue recordando sus días en Talcahuano, y después los días en Valparaíso, que nunca estuvo tan cerca de la muerte como en la costa chilena, ahí, a la salida de Valparaíso, dice, nunca, que casi lo perdieron todo, que se quedaron a pasar el año nuevo y que después no podían embarcar, que todo fue muy complicado, no soy capaz de describírselos con palabras, sigue, pero lo pasamos mal, muy mal, y no sé cómo nos salvamos, porque nos agarró una tormenta en medio del mar, dice, y yo no sabía que en esa parte de Chile se hacían tormentas, pero Leonardo habla con seguridad, con la voz de quien ha vivido muchas vidas, demasiadas, quizás, porque dice que fue en un barco donde conoció a David Copperfield y que ésa sí que es una

historia increíble, increíble, insiste y Valeria por primera vez desvía la mirada de la ventana y me mira como preguntándome ¿dijo David Copperfield?, y yo levanto los hombros, no sé qué decir, porque Leonardo, entonces, se larga a hablar de ese viaje en que conoció al mago, al ilusionista, que fue una locura y una bendición de Dios al mismo tiempo, en Francia, en un pueblito en el que tuvieron que atracar, Saint-Nazaire, un pueblito, repite Leonardo, un lugar muy tranquilo, quizá demasiado tranquilo, una playa donde no hay nada, un barcito, ahí lo encontramos a David, solo, un poco borracho, o quizá estaba pasando el guayabo, no estoy seguro, o tal vez estaba viviendo ese momento en que uno entiende que el dolor de cabeza será insoportable y que lo mejor es seguir bebiendo, seguro que fue eso, porque estaba solo en ese barcito, bebiendo un vaso de whisky, porque David sólo bebe whisky, y whisky irlandés, ¿eh?, digo, estaba bebiendo cuando entramos y lo vimos ahí, tan frágil y enigmático, y le hablamos, no sé quién de nosotros lo reconoció, porque a esa altura, a fines de los 90, ya todos sabíamos quién era David Copperfield, todos lo habíamos visto desaparecer gente de la nada, todos lo habíamos visto levitar, seguro que ustedes también, si en todas partes lo conocían, pero esos franceses que estaban ahí, en ese barcito del carajo, no le prestaban atención, y él sólo quería eso: que alguien le hablara, que alguien lo reconociera, así que fuimos y nos instalamos a su lado, y al rato ya lo estábamos abrazando, un genio David, ustedes lo conocieran, un marica sencillo, humano, como ustedes, como yo, un hermano, eso fue para mí David.

Leonardo respira profundo y sigue:

Fue esa misma noche cuando me dijo que abandonara a la tripulación y que me fuera con él. Necesitaba un ayudante, dijo, un hombre de confianza, y que él sabía que yo podía cumplir esa labor, que apenas me vio entrar al bar supo que yo era el hombre indicado, el que lo debía proteger, porque hacer magia era una cosa seria, decía siempre David, una cosa de hombres, de vida o muerte, y así fue como recorrí el mundo, pero ahora arriba de su avión privado, donde viajábamos todos, una cosa de locos, dice Leonardo y presiona el acelerador, pues ahora sí que la carrera 7 se ha despejado, y vamos dejando atrás esos barrios exclusivos de Bogotá, donde están las embajadas de los países importantes, pequeñas mansiones, jardines pomposos y exuberantes, vamos dejando atrás esos paisajes, muy atrás ya el cerro Monserrate y el centro, todo muy atrás porque la calle se despejó de

un momento a otro, y Valeria ya no mira la ventana, sino que está esperando que Leonardo continúe con su relato, que nos explique cómo llegó a conducir ese taxi, qué pasó entre esa vida con David Copperfield y este mediodía en que nos lleva en dirección a Usaquén, qué pasó, pregunta entonces Valeria, así, de golpe, qué pasó con su vida y Leonardo dice que todo se vino abajo apenas llegaron a Bogotá con el show de David, que apenas aterrizaron en tierras colombianas todo se jodió, todo se fue al carajo, porque acá no aguantan que a uno le vaya bien en la vida, su merced, ustedes no lo pueden entender porque los chilenos son distintos, son solidarios, cariñosos, amigos, hermanos, pero acá no, acá llegamos a presentar el show de David y no me dejaron salir más del país. Según ellos mis papeles no estaban al día, y David tuvo que irse sin mí, partió a Buenos Aires y no volvió a buscarme, su agenda estaba colapsada, nunca más volví a verlo, ¿me pueden creer?, por eso odio esta ciudad, este país y todos los pasajeros que se suben, día a día, a mi taxi, este carro que compré con mucho esfuerzo, dice Leonardo, pero a ustedes los quiero, mis amigos, los quiero porque son chilenos y no me juzgan, no me piden explicaciones y me escuchan tan atentos, son hermosos, ustedes, mis hermanos, los chilenos, yo los quiero tanto, tanto, tanto, continúa Leonardo, sin despegar ahora la mirada de la pista, que sigue a esta altura vacía, cuando ya debemos haber cruzado unas 60, 70 cuadras, quién sabe, ya falta menos, no se preocupen, mis amigos, dice él, seguro.

Yo no soy su amiga, susurra Valeria y me sonríe. Es muy probable que apenas volvamos a Chile se acabe todo. No me cuesta imaginarlo: una conversación rápida en el aeropuerto de Santiago y ya está, no hay vuelta atrás, así son las relaciones, va a decir ella, se arman, se desarman y se vuelven a armar, a pesar de todo, pero con el tiempo no se puede, va a decir ella, las relaciones son así, se tuercen y no hay nada que podamos hacer, nada, insistirá ella y hablará del cariño y de la soledad, y entonces hará memoria.

Bogotá será un lugar distante, una ciudad imaginaria, de tránsito, estos días serán eso, pienso, pero no digo nada, por supuesto, porque Valeria me sonríe y me toma fuerte la mano y le vuelve a hablar al taxista, es como si le diera cuerda a un reloj que no dejará nunca de dar la hora, eso siento. Valeria, por qué haces esto, quisiera preguntarle, pero ya Leonardo ha vuelto a agarrar vuelo y habla del regreso a Bogotá, de cómo se tuvo que adaptar a una ciudad que no que quiere, que odia, que detesta

profundamente, dice, porque se fue muy niño de acá, no aguantó, buscó suerte en los barcos, en el mar, y allá se forjó, dice, allá aprendió a vivir, allá entendió los códigos, las lealtades y el idioma, esa lengua secreta que no tiene origen; aprendió todo eso muy lejos de esta ciudad, cuando en aquellos años era realmente brava, imposible, una ciudad imposible, dice Leonardo y enumera los amigos que perdió en esos años, los chicos con los que fue a la escuela, los vecinos de ese barrio en el que creció, allá en el sur, donde ustedes nunca irán, dice, nadie nunca va al sur y está bien, yo tampoco iría, yo tampoco he vuelto, no lo hice, no lo voy a hacer ahora, porque apenas supe que no podría irme con David tuve que buscar una vida, hacerme un espacio, no fue fácil, terminé durmiendo en el sofá de la casa de un primo lejano, un marica de esos que te aguanta todo, dice Leonardo, y él me ayudó, me pasó ese sofá y yo viví ahí varias semanas, en un edificio que quedaba frente al Cementerio Central, ahí estaban enterrados varios de mis amigos, así que los iba a ver en las mañanas, cuando mi primo alía al trabajo y me dejaba solo en ese apartamento grande, un último piso con una terraza que daba hacia el cementerio, un lugar hermoso y terrible al mismo tiempo, donde pasé esas primeras semanas sin hacer mucho, buscar trabajo, recorrer el cementerio, visitar la tumba de Kopp y pedirle ayuda, como todas esas personas que siempre estaban ahí, hablándole al oído a su estatua, una procesión interminable que abandoné a los pocos días, pues me di cuenta de que no estaba funcionando, que Kopp no estaba escuchando realmente mis plegarias, así que me cambié de muerto a uno menos conocido, un marino que naufragó en las costas de Japón y que quién sabe cómo, pero su cuerpo al país, llegó a una de las playas del norte, el cuerpo estaba ahí, casi completamente destrozado, aunque nadie tenía dudas de que era él, ese marino, González, Pedro González, que no tenía una estatua en el cementerio, pero que según los cuidadores del lugar, esos guardias que andan en bicicleta protegiendo a los muertos, digo, ellos estaban seguros de que González era realmente milagroso, así que le pedí ayuda, le dije que me diera una oportunidad en lo que fuera, yo estaba dispuesto a todo y me escuchó, amigos, me escuchó y conseguí trabajo cerca de acá, dice Leonardo y apunta hacia abajo, hacia Usaquén, pues ya estamos llegando, el mundo partido en dos, arriba los cerros, esos donde vivió durante un buen tiempo Leonardo, porque le quedaba cerca del trabajo, de esa casa en la que debía hacer guardia allá abajo, el mundo partido en dos, insiste, eso ocurre acá, siempre, en todos lados, ustedes no pueden entenderlo, pero es así, los

cerros y la sensación de que todo se puede ir al carajo, siempre, amigos, no sé si pueden imaginarlo, pero deberían, dice Leonardo, porque un día estás en un lugar, tranquilo, y la noche siguiente tu vida cambia, así, de golpe, sin que nadie te explique nada, amigos, es así, rápido, ¿entienden? Seguro que les ha pasado, pero lo que me ocurrió a mí no, eso no lo pueden imaginar, porque yo estaba caminando de vuelta a mi casa, una noche larga, eso había sido, una noche larga, casi de madrugada, las calles vacías, nadie, sólo nosotros dos, ella y yo, cuando pasó todo. No me acuerdo cómo se llamaba ella, pero era una pelada hermosa, o quizá no era tan hermosa, aunque en ese momento me parecía una cosa desorbitante, no puedo recordar su nombre, pero nos habíamos conocido hacía poco y entramos a un local y bailamos toda la noche, yo no había vuelto a salir desde que estaba viviendo en Bogotá, me había prometido nunca más bailar salsa apenas dejé la ciudad, nunca más, prometí, nunca más sucumbir a la dictadura de la salsa, porque mis compatriotas son así, dice Leonardo, una cosa de locos, todo mal, siempre, bailar toda la noche y seguir y seguir y seguir. Eso somos, siempre: una rumba que no se acaba nunca. Pero ya era tarde y estábamos cansados, así que nos fuimos caminando a mi casa, tranquilos, a pesar de que todos decían que era mejor no subir el cerro a esa hora, no, mejor no, pero ya estaba: queríamos volver, dormir juntos, esas cosas íntimas, ustedes me deben entender, y fue ahí cuando lo vimos por primera vez, dice Leonardo cambiando el tono de la voz, ahora sí más serio, más entrecortado también: un hombre y una mujer escondidos en un parqueadero; un hombre, una mujer y los gritos descontrolados de ella, que nos asustaron, nos pusieron alerta, pero ya era tarde: el hombre corría, se alejaba, y ella se revolcaba en el piso de tierra, como si tuviera convulsiones, gritaba, pedía ayuda, no quería morirse, repetía una y otra vez hasta que logramos tranquilizarla y, entonces, nos dimos cuenta: el rostro se empezaba a desfigurar lentamente, sin que nosotros pudiéramos percibirlo en toda su dimensión, pero ya se notaba esa cara roja y el ácido que comenzaba a hacer efecto en las mejillas, en el mentón, en los párpados que se convertían en unos socavones espantosos, el ácido recorriendo la piel y acercándose a los huesos sin que ella se diera cuenta, sin sentir, porque no dolía, no, sólo gritaba porque estaba nerviosa, no entendía nada, gritaba porque no sentía, por eso, pero ya no había nada que hacer: el ácido destrozaba las formas y buscaba los huesos, mientras aquel rostro comenzaba a desfigurarse, a perder aquellas facciones que le habían otorgado una identidad, contra eso

luchaba el ácido, contra ese pasado, contra esos pómulos salidos y esa nariz respingada que en unos minutos más iba a ser cualquier cosa, dice Leonardo, y lo dice todo así, de corrido, como si hubiera contado muchas veces esta historia, como si siempre fuera necesario recordarla y volver a esa noche, a esos gritos, al ruido de la ambulancia recorriendo el cerro completo, a esa mujer que perdió la consciencia poco antes de que llegaran los paramédicos.

Leonardo respira profundo, una vez más, y nos mira por el espejo retrovisor:

Yo no quería volver a esta ciudad, yo quería estar lejos, pero acá estoy, arriba de este carro, que es lo único que tengo, dice.

¿Y dónde está ella?, pregunta Valeria, pero Leonardo no es capaz de responder.

Llegamos, dice finalmente y se estaciona a un costado de la Biblioteca de Usaquén, donde también hay un colegio y varias canchas en las que los niños corren y gritan y se empujan y se caen y vuelven a ponerse de pie.

Pago el taxi, agarro la mochila y miro, por última vez, el nombre completo de Leonardo en el respaldo de su asiento. Bajamos y él parte, rápido, sin decir nada más. Nosotros nos quedamos ahí, afuera de la biblioteca, en silencio, mirando hacia los cerros.

PABLO CASACUBERTA
(MONTEVIDEO, 1969)



Foto: © Alberto Sierra.

Escritor, cineasta y artista visual. En 1998 obtuvo un Master of Arts en Medios experimentales en Sheffield, Inglaterra. Publicó su primer libro de ficción *Ahora le toca al elefante* en 1990. Desde entonces ha publicado otras seis novelas: *La parte de abajo de las cosas* (1992), *Esta máquina roja* (1995), *El mar* (2000), *Una línea más o menos recta* (2001) *Aquí y ahora* (2002) y *Escipión* (2010). Obtuvo el Premio otorgado por el Ministerio de Educación y Cultura de su país, y ha recibido tres veces el Premio de Narrativa Inédita de la ciudad de Montevideo. Algunas de sus novelas han sido publicadas en España, México y Colombia. En 2007 el Hay Festival lo seleccionó para ser incluido en el grupo *Bogotá 39*. También tiene un trabajo audiovisual que ha sido exhibido en Nueva York, Venecia, Barcelona, y Montevideo, y por el que ha obtenido diversos galardones. En 2005, produce escenas en segunda unidad en Uruguay y Argentina para el film *Children of men*, de Alfonso Cuarón. En 2010 fue director de segunda unidad para Alejandro González Iñárritu en el celebrado comercial de Nike *Write History*, lo que le permitió dirigir escenas en Londres, Manchester, Madrid, Turin y Nairobi. El comercial ganó el Grand Prix de Cannes.

DETRÁS DEL LIMONERO

AL SALIR POR LA PUERTA DE ARRIBOS del aeropuerto me encontré con un sujeto enjuto y pequeño, de aspecto vagamente incaico. Me figuré que sería el chofer. Llevaba en la mano un cartel en el que ni siquiera estaba escrito mi nombre. Solo tenía, perdida en el medio de una hoja blanca, la palabra doctor. No parpadeó. Estaba apenas parado allí, sin expresión alguna, y nada cambió en su cara cuando vio que me acercaba hasta él. Me ofreció una mano lánguida, parecida a un pez muerto pero aun tibio, y acompañó el ademán un gesto desprovisto de todo énfasis.

—Bienvenido –me dijo–. Soy el doctor Cáceres. Voy a ser su guía y edecán. Aunque ya se le advirtió por carta que su visita no va a rendir ningún fruto.

Quizás porque se trataba del recibimiento menos caluroso del que yo había sido objeto alguna vez, tuve la reacción automática de sonreír.

—Me alcanza con el placer de conocerlo –le dije, y le apreté la mano con ese entusiasmo ridículo que había aprendido a exudar en cada gesto luego de vivir tantos años en Pittsburgh, una ciudad en la que aquellos pocos sujetos que no son vigorosos camioneros secándose el sudor al costado de una autopista tratan igual de convencer a su interlocutor de que lo son. A pesar de que había nacido en Mallorca, mi nombre y mi lugar de residencia me hacían invariablemente recibir aquí el trato que se les dispensa a los gringos, un dudoso privilegio que mis gestos de afirmación continua y de pretendida confianza en el prójimo no hacían más que reafirmar. Aquí la amabilidad no consistía en ser positivo, sino en ser solícito, una sutileza que siempre recordaba tarde, cuando ya todos me tenían tipificado como el gringo terco que cree saber lo que quiere y que aspira a contagiar a todos con su inextinguible fe.

Como fuera, ya estaba en Bogotá, y no tenía sentido desanimarme ahora por sutilezas antropológicas. Miré hacia afuera del aeropuerto, donde el verdadero chofer nos esperaba junto a la puerta abierta de una camioneta.

Hacía un calor alarmante, que hacía aparecer a Pittsburgh como un planeta distante y helado, en los confines de la galaxia.

Miré el reloj en mi muñeca. Las once y cuarenta. Pensé que mi mujer, que tenía tanto entusiasmo por mi viaje a Bogotá como el doctor Cáceres, estaría en este preciso momento asistiendo a la bendita obra de teatro de nuestra hija, ocupando un sólo lugar y no dos, con la clara convicción de que su marido es inconsistente, huidizo, y que tal vez habría debido prestarle atención a los consejos de su madre y casarse con un muchacho judío que proviniera de un país donde efectivamente hubiera judíos, y no de una isla perdida en el océano en donde nadie parecía necesitar ni conocer una agenda. Me imaginé que la actuación de Amanda sería pobre, como de costumbre, y que el público aplaudiría con tibieza, y que entonces mi mujer debería alojar por enésima vez a nuestra hija en ese cuarto que ella se obstinaba en mantener intacto, como si se tratara de una especie de abigarrado museo de la adolescencia norteamericana, lleno de horribles recuerdos que cualquier persona medianamente sana estaría desesperada por enterrar para siempre.

Mientras me representaba esta precisa secuencia de hechos que más tarde confirmaría como ciertos, perdí la vista en la ventana de la camioneta y pretendí que estaba exhausto por el viaje y que necesitaba descansar. En realidad había dormido durante todo el vuelo, pero como ya me había enterado de que el doctor Cáceres era un hueso duro de roer no quise dejar que entre nosotros se instalara un silencio incómodo o incluso peor, proponer una serie de inicios para una conversación que nunca llegase a levantar vuelo. Decidí darle entonces un respiro al gringo entusiasta y dejar que mi silencio disipara un poco la irritación que parecía estar produciendo mi visita.

*

Todo había comenzado un par de años antes. Fui invitado a participar de un congreso médico en Colombia, un evento para el que no estaba preparado en absoluto. Un equipo exponía el proceso por el cual habían diseñado una vacuna para la malaria y había asistido a la charla una romería de médicos de distintas nacionalidades. Mayormente latinoamericanos, pues aunque los europeos tienen ocasionales brotes de humanitarismo, la malaria en general ocupa un lugar remoto en el mapa de sus prioridades. A mí me habían enviado en lugar de mi jefe, un epidemiólogo septuagenario con

aspiraciones cosmopolitas, pues dos días antes de viajar el muy canalla había optado por otro congreso en Roma y ya estaban hechos todos los arreglos para que asistiera al menos algún sujeto de mi laboratorio que supiera hablar español. Yo conocía sobre la enfermedad muy poco más que lo descrito en algún libro de Julio Verne. En *La isla misteriosa*, cuando Herbert se encontraba de pronto aquejado de malaria, Ciro Smith había tenido la sabiduría y la presencia de ánimo para curarlo con sulfato de quinina, un desplante de ingenio que me impresionó tanto a los diez años de edad que puede decirse que me impulsó a hacerme médico. Pero fuera de ese minúsculo detalle biográfico, no había ninguna razón para que participara de un congreso como este. Se trataba de un tema exótico en Pittsburgh, donde se acostumbraba ceñirse a tópicos muy especializados, que preferentemente exudasen un vago retintín contemporáneo. En los círculos en los que me movía, yo era un *especialista en las causales epigenéticas de las enfermedades autoinmunes*. Un título que ciertamente sonaba definitivo y estentóreo, como si del asunto ya supiéramos un sinfin de cosas. Pero ocurre a veces que en el mero rótulo que le damos a nuestras especialidades está incluido de hecho todo lo que sabemos. En mi campo, por ejemplo, todo lo sabido por la comunidad de investigadores podía resumirse así: hay unas ciertas causales epigenéticas de algunas enfermedades autoinmunes. Ya sabremos mejor cuales son. Aférrense a sus asientos y esperen pacientemente. Pero lo magro de nuestra certidumbre nunca había sido un obstáculo para que nos invitaran a algunos congresos, pues aunque no teníamos aún un panorama floreciente de publicaciones, la sonoridad de nuestro título invitaba a suponer que un día lo tendríamos.

Como fuera, ya estaba en este congreso. Era apenas un extra en una película académica cuya trama no me concernía en absoluto. Mi mujer lo sabía, naturalmente, y no había perdido la oportunidad de decírselo a Amanda con la economía de medios que le era característica: tu padre se va de vuelta, esta vez a un congreso sobre un tema del que no sabe nada, sólo porque le da vergüenza decírselo a su jefe. Además de que esta porción de la epidemiología me era ajena, y de que el evento me aburría, también sobrevolaba en torno la presentación de la dichosa vacuna una cierta aureola triunfal que me resultaba más próxima al discurso evangelista que a las ciencias básicas. Siempre tendía a sospechar un poco cuando un descubrimiento era recibido con la misma alegría frenética por personas e instituciones. Aunque en este caso se trataba de un mero prejuicio, pues no

conocía los antecedentes, ni comprendía el proceso descrito, ni estaba lo suficientemente interesado como para pensar de verdad en el asunto. Se trataba apenas de una leve irritación, o más bien de una cierta antipatía por el tono general del congreso. O acaso sólo por el hecho de saber que mi mujer tenía razón en lo que se refería estrictamente a mi presencia allí.

De modo que en un cierto momento, acaso alentado por esa especie de sensación de incontenible centrífuga que lo asalta a uno al final de una exposición larga, salí al patio. Afuera encontré dos o tres médicos que fumaban, un guardia de seguridad y mucho más allá, detrás de un limonero, un sujeto de bata que sin embargo no terminaba de acomodarse a la imagen que uno tenía de un doctor. Para empezar, era demasiado viejo. Tampoco parecía un paciente. Estaba mirando fijo hacia arriba, al gran ventanal de la sala en la que tomó lugar la ponencia, como si estuviera atendiendo las señas de alguien. Al darme vuelta noté que allí arriba no había nadie que estuviese mirando hacia abajo. Luego, cuando quise reencontrar los ojos del sujeto, noté que ya se había retirado de la vecindad inmediata del edificio y que avanzaba, de espaldas a mí, directamente hacia una cerca alambrada. Una vez allí, descorrió con extraña agilidad uno de los márgenes de una abertura irregular en el tejido, se agachó y cruzó hacia un descampado vecino en el que se alzaba un conjunto de edificios abandonados.

Me quedé mirando su extraña figura achicarse a lo largo del extenso predio de estacionamiento y luego ingresar en un edificio público alto y descascarado. El lugar parecía ser la ruina de una institución que alguna vez fue pujante, pues la arquitectura, a pesar de estar muy venida a menos, revelaba el tipo de atención al detalle que tienen los edificios pensados con un claro sentido de función.

Me di vuelta hacia uno de los médicos que fumaban.

—Disculpe –le dije–. ¿Qué es el edificio que hay en aquel predio que hay allá, del otro lado de la alambrada?

El sujeto me miró un instante. La mezcla de acento español y norteamericano seguramente le pareció una especie de broma, pues abrió la boca sin terminar de sonreír.

—¿No sabe dónde estamos? –me dijo al cabo de una rápida inspección, durante la que me miró con la expresión que se le dispensa a esos turistas que quieren conocer una plaza de toros sin saber siquiera en qué pueblo están parados. Esa mezcla de desprecio y lástima. Ya me familiarizaría más tarde con el papel del gringo. Pero aún no conocía todas las múltiples

razones por las que aquí nunca pasaría por astuto, así que su tono me resultó simplemente hostil e inapropiado.

—No, no lo sé –dije con sequedad.

—Este es el hospital San Juan de Dios, que fue uno de los centros de investigación modelo en Latinoamérica...

—No parece muy modelo ahora –interpuse por lo bajo con un tono exultante y un poco resentido, como si quisiera anunciarle de antemano que todo lo que estaba por decirme no iba a impresionar a un sujeto que viniera de Pittsburgh. Pero enseguida recordé que ni Pittsburgh ni Mallorca eran lugares que uno pudiera citar en primerísimo lugar cuando hablaba del panorama de las ciencias y que, si es que quería averiguar a dónde es que iba aquel sujeto que había visto escurrirse a través de la cerca, debía comenzar por callarme la boca.

—Este establecimiento comenzó a tratar pacientes en 1564 –continuó el médico como si su discurso apenas hubiese sido interrumpido por el distante rumor de un conjunto de escolares–, pero a partir de 1723 comenzó a ser regenteado por Celestino Mutis, nuestro principal y más prestigioso científico. Con el paso de los siglos, al lugar se le fueron sumando nuevos bloques, capillas y centros de asistencia, hasta convertirse en una auténtica aldea dedicada al conocimiento. Todo esto que ve, incluido el predio en el que estamos, aquel edificio alto y todos los que tiene detrás, constituían una sola institución. Hace unos años, divergencias políticas hicieron que el hospital saliera del control de las instituciones académicas que lo manejaban. El establecimiento fue abandonado aunque nunca clausurado. Hay todavía un núcleo aguerrido de trabajadores que se resisten a abandonar sus puestos, pues nunca nadie se tomó el trabajo de despedirlos. Hoy sólo está habilitado el edificio en el que nos encontramos.

—A mí me pareció que un médico que estaba hace un momento aquí salió corriendo hacia ese edificio. Se metió por la puerta verde que hay al final de la rampa –dije señalando.

—No, allí no hay médicos –dijo otra vez con cierta condescendencia, como si hubiera tenido que contenerse para no suspirar, y miró hacia el otro doctor que fumaba, quien se sintió invitado a terciar en el asunto.

—La gente que hay ahí no participa de congresos médicos –ante esa idea, no pudo evitar reírse un poco–. Son desempleados y militantes. Mientras nosotros no nos metamos en sus asuntos, ellos no se meten en los nuestros.

Y entonces ambos se miraron con picardía, como si el entusiasmo imaginativo del pobre yanqui los obligase a concluir que hay toda una dimensión de la realidad que nos estaba vedada. La vida de los trabajadores, la lucha de clases, la ocupación de un edificio público por años, la idea misma de que un centro de investigación pudiera simplemente abandonarse.

*

Esa noche, durante la cena de bienvenida, un sujeto entrado en años hizo un discurso en el que habló con tono engolado y aires de senador acerca del privilegio de alojar el congreso, y aprovechó para referirse de un modo insistente y pomposo a las glorias pasadas de la institución. Mientras él discurría, en una enorme pantalla se sucedían imágenes de distintos grupos de investigación, fotografiados a lo largo de los años con sus batas y en sus laboratorios, y entre esos desordenados racimos de médicos el orador se detenía a destacar a aquellos que hubiesen tenido mayores logros. La presentación era a todas luces inapropiada para un congreso que alojase extranjeros, pues para la mayoría de los presentes asistir a aquella sucesión de caras ignotas daba la misma sensación neutra e impersonal que ver imágenes de focas o manadas de cebras.

En cierto punto de su presentación comenzó a hacer referencia a la historia de la vacuna y se detuvo largo rato en una foto en particular, en la que un sujeto levantaba un matraz a la altura de su vista, mientras un conjunto de médicos celebraba en el fondo, sus rostros recortados contra los anaqueles de un laboratorio. Noté que uno de los médicos, en un costado, sonreía acaso menos que los demás. O de un modo distinto. En vez de adorar el matraz como todos, miraba directamente a cámara con una expresión que, más que de júbilo, parecía de ironía. Me costó largos segundos entender por qué la cara me trasmitía tanta extraña familiaridad. Me di vuelta hacia un costado y le pregunté a un médico que estaba a mi lado:

—¿Quién es el sujeto de gorro, al costado derecho de la foto?

—No sabría decirle –me respondió. Parecía molesto por el hecho de que yo lo distrajese de la gloria general del momento para demandar su atención en torno a una cuestión menor.

De pronto, vi que un doctor viejo sentado a su lado, que ya había depositado frente a su plato tres copas distintas de vino, acercó su torso

hacia mí esquivando la espalda del más joven, que se vio obligado a inclinarse de un modo incómodo hacia adelante en la mesa:

—Ah, yo sí. Yo conocí a ese loco. Muy loco y muy sabio. Pero fundamentalmente muy loco. Sabía de bioquímica más que nadie que yo haya conocido. Y de neurofisiología. Y de todo un poco. Era un rayo. Un verdadero desperdicio. El nombre era Sebastián Blum. ¿Por qué lo pregunta?

Después de mis desafortunados intercambios anteriores, no sabía si era razonable que le expresara con toda candidez mis impresiones a un desconocido. Aunque el sujeto parecía cálido, una parte de mí se inclinaba a atribuir su aire amistoso al aliento de vino que emanaba de aquella boca rebosante de dientes desordenados e irregulares. Opté, como lo haría un buen gringo, por mover mi pesquisa hacia adelante a cualquier precio.

—Lo vi hace un rato en el patio grande de atrás, oculto tras un limonero. Parecía vigilar el salón de actos en el que estamos ahora. Luego se escapó hacia el hospital abandonado que hay cruzando el estacionamiento.

El viejo se apartó levemente de mí como para abarcarme mejor con la mirada. Luego me lanzó una especie de sonrisa llena de pena.

—Eso no es posible. El doctor Blum, por lo que sé, tendría que llevar muchos años muerto. Hace décadas, en el pico de su carrera, comenzó una especie de deriva. No sé bien cómo. Detalles que de a poco se hicieron notorios. Usted sabrá cómo es eso de volverse loco. No se le anuncia al mundo un martes de mañana a cierta hora precisa. Es más bien una lenta erosión. Seguía pareciendo brillante, pero las ideas suyas, que antes eran sólidas y bien documentadas, comenzaron a hacerse más y más especulativas. A veces, en el comedor del instituto, lanzaba entre nosotros una teoría descabellada y luego, cuando reaccionábamos con desconcierto, decía que era una broma. Pero yo lo conocía bastante bien, y sabía que en ese divagar se manifestaba una crisis profunda de su credo científico –había, en determinado momento, dejado de mirarme a los ojos. Parecía que se reprochase a sí mismo no saber más. Él también, según lo delataba el leve balbuceo que antecedía cada una de sus frases, divagaba. Era, en todo caso, un borracho de esos que sienten una cierta compulsión por la verdad y esa debilidad servía a mis propósitos.

—¿Pero es un hecho que murió? Le puedo asegurar que lo vi hoy mismo –insistí.

—Bueno, no fui a su entierro, ni nadie me indicó nunca que hubiese muerto, pero todos lo hemos asumido como un hecho. Ya estaba muy gravemente enfermo de enfisema cuando comenzó a ausentarse del hospital y un día, hace casi treinta años, simplemente desapareció. Un psiquiatra joven que había en el equipo nos dijo años más tarde que estaba internado. Cuando quise saber dónde, nadie supo informarme. Supuse que murió. Cuando nos hemos portado mal con alguien y ya no podemos devolverle nada de lo que le hemos quitado, nos protegemos simplemente olvidando.

—Sebastián Blum –repetí sin prestar mayor atención al tono cada vez más confesional de su testimonio–. ¿Y qué investigaba?

—Usted ya habrá notado que soy bastante viejo. Y él era más viejo que yo. La verdad es que no recuerdo. Tenía un laboratorio con cuervos y loros pero no podría decirle cuales eran exactamente sus hipótesis. De a poco se había ido convirtiendo en una especie de paria académico y nadie que apreciara lo suficiente su propia imagen pública se sentaba con él a discutir sus resultados. En este negocio uno cuida su reputación, a veces hasta convertirse en un completo imbécil. Me apena decirlo ahora, pero la verdad es que lo ignorábamos. Sólo sé que él insistía en que la herencia de los caracteres adquiridos existía y era común. Como todos aquí somos darwinistas mendelianos clásicos, en los últimos años nos habíamos apartado lo más posible de sus investigaciones.

Me quedé en silencio. Mi campo consistía justamente en eso. En asumir que hay dimensiones de la herencia que se activan a partir de conductas o condiciones ambientales. Era un concepto todavía relativamente incómodo. Y hace treinta años era una idea casi inconcebible que manejaban cincuenta personas en todo el planeta. Había algo providencial, casi absurdo en el hecho de que me hubiera tocado justo a mí, entre toda aquella concurrencia, descubrir oculto tras un limonero a un improbable pionero de la más reciente acepción de la epigenética. Intenté desalentar esa ilusión con argumentos. No conocía al tal doctor Blum. No sabía nada de sus investigaciones. Todo lo que me había dicho el entusiasta borracho que tenía ahora enfrente era difuso, arbitrario, lleno de juicios de valor y vacío en cambio de información precisa.

Pero esa culpa babilónica que cargamos todos aquellos que hemos vivido en Norteamérica, ese constante recordatorio de que todo uso de fondos públicos debería arrojar resultados benéficos en nuestra comunidad, me pesaba agudamente en la conciencia. Estaba aquí apenas por un capricho

administrativo, sólo para satisfacer una cuota en un informe anual. Y para la ejecución de ese mero formalismo me estaba gastando los impuestos pagados por alguien que a pesar de estar seguramente plagado de deudas se habría sentido obligado a cumplir con sus obligaciones. Venir aquí sólo a tomar un par de notas sobre el tema estricto de este congreso constituía una imperdonable dilapidación de recursos.

Y ahora la aparición providencial de este esquivo sujeto interesado en la herencia de los caracteres adquiridos hace treinta años, en una época en la que prácticamente nadie hablaba del tema en ninguna parte, me convertía de pronto en el sujeto más indicado de mi laboratorio y acaso también de mi universidad entera para haber sido traído hasta aquí y por consiguiente me tornaba el justo depositario de mis pasajes y viáticos. Saber de sus remotos trabajos me daba un propósito y aliviaba un poco la sensación de ser un padre y un marido que siempre está ausente por razones triviales. Este podía ser, si uno se dejaba llevar por la ilusión, un motivo al menos un poco más trascendente para ser el tránsfuga que ya estaba condenado a ser frente a mi familia. Y en cualquier caso, era mucho mejor que nada.

*

Esa noche, en la habitación de mi hotel, me senté frente a la computadora y busqué todo lo que pudiese encontrar referente a Sebastián Blum. Como su desaparición se había producido antes de la proliferación de las redes, apenas quedaban los pocos documentos que alguien hubiera tenido la previsión de copiar en un formato digital. Se trataba de viejos *papers* publicados en los más remotos jornales académicos. Era claramente un sujeto tímido, quebradizo. Esos escritos, que eran pocos y desperdigados en oscuras publicaciones en español, decían y no decían lo que él parecía querer expresar. Si se trataba de un pionero, era en el mejor de los casos uno que no quería que su trabajo se notase mucho. Algunas de sus ideas más personales, que eran dos o tres, estaban en la sección de antecedentes del *paper* correspondiente en vez de entre las conclusiones, como si pretendiese que eran ideas aceptadas, vox populi, que él apenas estaba citando. Las incluía sin mencionar fuente alguna. En ese contexto, como lanzado al acaso, sugería en 1982 que la relación entre la cromatina y los histones jugaba un rol en la activación de ciertos genes, una idea que no terminó de comprenderse hasta dos décadas más tarde. Tampoco hacía referencia al

equipamiento ni a la metodología de laboratorio que le había permitido asomarse a esos resultados.

Cuando se refería a sus experimentos con alguna mínima descripción, parecía pasar revista a un pequeño y discontinuo catálogo de tópicos. La reacción a nivel neuronal del gusano C. Elegans ante distintos estímulos odoros. El impacto de la supresión de un gen en la negociación del espacio en cucarachas. La cognición en cuervos y loros de segunda y tercera generación luego de la activación en laboratorio del gen FOXP2. Todo era breve, críptico, dado por sabido. Al pasar y sin dedicarle más que dos líneas, hacía alusión a la capacidad de activar la presencia de receptores olfativos en neuronas, como si alguien hubiera siquiera mencionado el tema antes del fin de los noventas. Luego sus huellas se volvían más erráticas, dispersas y marchitas. Actas de claustro universitario donde se daba cuenta de su mera asistencia. Una intervención en una asamblea de investigadores, pidiendo que los controles presupuestales de los experimentos se hicieran más espaciados y sin la participación de un comité. A partir de 1987 ya no había más rastros. Ni una sola referencia en publicaciones, ni su nombre mencionado en la plana de investigadores de ninguna institución. Nada.

Tampoco había imágenes suyas. Pero al cabo de varias búsquedas sobre equipos de investigación en Colombia, lo encontré mencionado en el pie de foto en el folleto de un congreso de 1979. En la imagen que había en la parte superior de la página, me encontré con un individuo todavía joven, que se parecía bastante menos al hombre del limonero que el sujeto de la foto que vimos en la cena. Comencé a dudar. Pero como ya se había activado en mí una suerte de mecanismo justificador de mi presencia en el hotel, en el congreso y en el país, decidí estrenar un cuaderno de notas que me había regalado Amanda para que hiciera «un diario emocional de mis perplejidades». Mi hija no se resignaba a la pobreza de mi panorama emocional, pero al menos podía decir ahora que me enfrentaba a alguna clase de incertidumbre. Algo era algo. Hice una lista de las fechas de las publicaciones y de los muy escasos nombres de sus colaboradores. Anoté el título de sus trabajos y la mención a sus respectivos laboratorios. Anoté al inicio del cuaderno, como si se tratara del título de un folletín del siglo diecinueve, de esos que como encabezamiento llevaban el nombre del protagonista, «Sebastián Blum» y debajo, en letra más pequeña, «una bitácora».

Me envió minutos más tarde un correo mi mujer. Me reprochaba, regular como un reloj, haber faltado al estreno de Amanda. Su obra, según sus palabras, era tan mala que incluso ella, una ex-hippie enamorada patológicamente de su hija, había luchado por encontrar alguna frase de aliento. Amanda se mudaría por unas semanas a casa y cambiaría de terapeuta. Estuve a punto de escribirle sobre Blum. Pero reconocí a tiempo que era una declaración de completo desinterés por lo que me estaba diciendo. Terminé por escribir, en el inglés que hablábamos todos en casa: «Dile a Amanda que para mí ella es la mejor actriz del mundo». Ojalá, pensé, que la letra escrita me permita colar en la carta esta expresión del más crudo sarcasmo sin que nadie la detecte.

*

A la mañana siguiente desayuné copiosamente, como si me preparase para una extenuante batalla cuerpo a cuerpo, y luego abordé a cuantos médicos pude encontrar, preguntando con insistencia por aquella exigua lista de colaboradores. Sólo recibí noticia de uno, Erminio Madero, que aparentemente aún estaba vivo y trabajando. De los otros cinco no obtuve información alguna. Durante el almuerzo, importuné con un entusiasmo insoportable a un secretario de la Academia Nacional de Medicina, hasta que le sonsaqué, mediante procedimientos que bordeaban los límites de la legalidad, el teléfono de Madero. Mi excitación era tan punzante que ya no asistí a las sesiones de la tarde. Desde una cafetería, enfrente del complejo de edificios, llamé al doctor a su casa. Como no me atendió los primeros dos llamados, me quedé en la barra tomando un expreso que hizo poco por mitigar mi ansiedad. Antes de irme, intenté una tercera vez. Del otro lado de la línea, me atendió una voz cavernosa.

—Si quiere venderme algo, sepa que acaba de despertarme de la siesta y que tengo una sólida predisposición a decirle que no a todo, para siempre –dijo. Aquella frase inaugural capturó inmediatamente mi simpatía.

—Mi nombre es Ismael Rosemberg –le dije, intentando hablar con el acento más neutro posible–. Vine de Pittsburgh a un congreso. Vi su nombre en el equipo de colaboradores de un trabajo del doctor Blum.

—¿Hay un trabajo de Sebastián en un congreso? ¿En qué año estamos? –dijo el hombre, no supe si con la intención de ser mordaz o con auténtica desorientación.

—No, no, es un congreso sobre la epidemiología de la malaria.

—Ah, sí... El Gran Congreso Internacional –dijo con un perceptible nivel de ironía–. Me enteré de las celebraciones en la prensa. No ha habido tanto revuelo por un hecho científico desde el descubrimiento del flogisto –no pude decidir inicialmente cómo responder, así que guardé un par de segundos de silencio.

—Pero, en uno de los descansos –dije finalmente–, vi en el patio a quien parecía ser Sebastián Blum. Un segundo después se escabulló hasta un edificio abandonado. Me interesé por su persona. Leí algunos de sus estudios. Sus resultados son muy adelantados a su tiempo.

Siguió una pausa larga, tan pesada y concreta que parecía que uno la podía tocar.

—¿Sigue usted allí? –dije solo por decir algo, pues su pesada respiración era tan evidente que parecía puesta en el auricular para que uno le hiciera una auscultación neumológica.

—He estado aquí por treinta años. Ya no investigo, por supuesto, nada. Tengo una consulta de podología, en la que reviso hongos en los pies de la gente de nueve de la mañana a cinco de la tarde, desde que mis hijos eran chicos. Ahora los hijos de mis hijos tienen la edad que tenían los míos cuando nos clausuraron los fondos. Así que usted se figurará la rareza que es para mí recibir esta llamada. Viví las investigaciones de Blum como si cada día nos fuera la vida en el laboratorio. Luego fuimos tratados literalmente como ratas. Usted sabrá que no se necesita nada para ser condenado al ostracismo. Alcanza con molestar.

—¿Le importaría que compartiéramos un café? –dije de pronto.

—Preferiría que no. He eludido por años el rótulo de loco que arruinó la vida de Blum. Como se imaginará, no hay nada más penoso que el intento de reivindicarse como cuerdo. Si me reúno con usted, la primera hora estará llena de coincidencias, la segunda comenzará a ser contaminada por la incertidumbre y a la tercera querrá usted que pase a buscarme una ambulancia con chalecos de fuerza. Conozco la secuencia. Dejé de someterme a esa rutina hace más de veinte años –dijo con cansada amargura.

—No se preocupe –respondí–. Soy especialista en el tema. Estoy al tanto de los aspectos menos convencionales de la epigenética.

Volvió a hacerse una pausa. Esta vez, incluso la respiración dejó de oírse.

—Las investigaciones de Blum no giraban sobre esa temática. La epigenética era apenas un vehículo –dijo Madero–. El verdadero foco de

Blum era la conciencia.

—Tome un café conmigo –insistí–. Dígame al menos un par de cosas.

—No, lo lamento –dijo con una calma resignada–. Se trata de la más fascinante investigación de la que tuve noticia jamás. Pero este es un país complejo, casi tan poco laico como el suyo, y quiero tener una vejez pacífica. Le agradezco el interés, pero tengo que despedirme. Buena suerte –dijo con un triste aire conclusivo.

—¡Espere! Espere sólo un poco. Dígame alguna cosa por teléfono. Si siente que no lo he comprendido, me resignaré a que cuelgue. Sólo deme una oportunidad. Dígame al menos el marco de referencia...

Suspiró. Ya sabía lo que venía. Esperó unos segundos.

—Le doy un punto de partida... Hace setenta mil años, quedaron vivos, en algún rincón del medio oriente, mil humanos. Todos los genomas actuales pueden rastrearse hasta esos mil individuos. No se trataba, como se nos enseña en la escuela, de una especie exitosa. Era más bien una especie en extinción.

—Sí, lo sé. Esos hechos ya han sido establecidos y hay un consenso acerca de ellos en la comunidad científica –me apresuré a decir, intentando disipar para siempre la idea de colgar el teléfono.

—Ya, ya. Espere. Le dije que el principio era poco controversial.

—Disculpe. No lo interrumpiré más.

—Los vaciados endocraneales de los especímenes humanos anteriores a esa alarma de extinción sugieren que sus cerebros carecían del área de Broca y del área de Wernicke, dos zonas que son esenciales en la producción de lenguaje simbólico. Pero por alguna razón atravesamos este raro istmo demográfico y veinte mil años después ya hay pintura rupestre, orfebrería, flautas con orificios en notas de la escala pitagórica, alfarería y rudimentos de metalurgia, todo a una velocidad vertiginosa...

—Bueno... Claro... Lo acelerado de ese salto en general se atribuye a la selección sexual: conforme las comunidades se tornaron más complejas y el riesgo inmediato de encontrarse con depredadores se hizo más remoto, las hembras fueron seleccionando machos con un criterio cada vez más volcado a las capacidades de cooperación, negociación y empatía. Eso podría explicar la velocidad vertiginosa del proceso –dije, nuevamente con la intención de que Madero sintiera que yo era capaz de seguir su proceso.

—Prometió que no iba a interrumpir –contestó con una leve exasperación–. Ya sé que esa es la idea en boga. Sé que es confortable. Las

maravillas de la selección sexual logran que las decisiones crecientemente racionales de las hembras generen una especie crecientemente racional. Un círculo virtuoso, redondo y encantador. Pero eso no explica por qué el proceso florece justamente en un período de escasísima variación genética. Esa supuesta floración de la selección sexual se produce en un momento en el que hay poquísimos ejemplares humanos de dónde elegir.

Hizo un silencio dramático. Yo estaba intentando intuir cual era el siguiente eslabón en su cadena de razonamientos. Había una brecha, una zanja que mi mente no lograba saltar. Como fuera, decidí no emitir palabra. El paréntesis de espera se hizo largo e insostenible.

—¿Se lo figura? –me dijo por fin, dando la primera muestra de algún entusiasmo–. La tentación de todo el mundo es señalar vagamente los genes homeóticos, los que encienden o apagan desarrollos estructurales desde su confortable palco en el genoma y asumir que alguna clase de varita mágica ha indicado un punto y dicho «aquí estírense unos sesos hasta adquirir capacidad de simular, de representar ideas y de ordenarlas mediante una sintaxis», como si esa clase de floración súbita fuera posible sin tener descripciones estructurales previas. Pero igual lo decimos y sentimos que el asunto está concluido. ¡Puf, de la que nos hemos salvado!

Permanecí callado. Sabía que cualquier palabra, ahora, precipitaría el fin de la llamada. Tenía que confesar que, tal como él mismo había anunciado, cada vez sonaba más parecido a un desquiciado. Aunque había algo interesante, allí atrás, haciéndome señales desde algún punto de su discurso. Una especie de sugerencia escrita en Morse, que enviaba pitidos desde dentro de cada frase y que decía simplemente «hay algo aquí, no pases de largo».

—¿Pero qué tal si el proceso se trata en realidad de la activación de un panorama de genes preexistentes? –preguntó como si ya no le hablara a nadie. Era una pregunta retórica, de la que conocía perfectamente la respuesta, lanzada incluso con cierto nivel de hastío, como sí, hace tres décadas, esta misma porción de la secuencia hubiera ido colocada en este exacto punto en un discurso escuchado cien veces de la boca de Blum.

—¿Qué genes? –pregunté.

—El FOXP2, por ejemplo. Un gen que, cuando por alguna mutación está ausente en un individuo humano moderno, el sujeto resulta incapaz de comprender o producir lenguaje simbólico. Aparece por primera vez en el genoma humano justamente hace setenta mil años, en el momento preciso

en que más se lo necesita, como un enmascarado se presenta en la escena del crimen en el instante ideal para salvar a la damisela en apuros. Demasiado providencial.

—Bueno –dije, olvidándome de la promesa de no interrumpir–. Pero el rótulo de «demasiado providencial» se le podría aplicar a miles de aspectos estructurales de este universo. Las leyes de la física, las constantes cosmológicas, la debilidad de la gravedad. La tentación es siempre sugerir que detrás de esas condiciones providenciales hay un cierto diseño intencional, pero la historia de la ciencia es justamente la historia de cómo esa tentación pudo vencerse ya miles de veces.

—¿Ve? Acaba de emerger el prejuicio. Nadie habló aquí de diseño. Hablé simplemente de la activación de genes preexistentes y usted ya ha debido detenerme e intercalar en la conversación una pequeña conferencia sobre epistemología. Le advertí que iba a ponerse nervioso.

El tono de Madero sugería una exasperación antigua, como si a través de las eras se hubieran ido depositando en el lecho de su pensamiento miles de capas de fastidio, tendidas a lo largo de innumerables conversaciones infructuosas.

—Disculpe –dije–. Me doy cuenta de que...

Y en ese momento, sin aviso, Madero colgó el teléfono.

Volví a llamarlo cinco o seis veces. Ya nunca atendió. Tomé un par de cafés, esperando. Intenté luego llamarlo nuevamente unas diez veces más. Estaba excitado, como un perro que ya ha olido al venado y ha perdido por un momento el rastro. Me pareció que, gringo o no, me estaba pasando del límite aceptable de entusiasmo. Debí resignarme.

Cuando volví al salón de actos del congreso, le pregunté a cuanta gente pude sobre Blum y su equipo. Sólo a los muy viejos el nombre les decía algo. Tomé algunas notas, pero se trataba de comentarios vagos. Sólo un par de nombres de colaboradores que ya conocía. De las cuatro personas que lo recordaban, tres usaron en algún punto de su respuesta la palabra loco.

De pronto vi que dos de los sujetos que abordé antes se acercaban al coordinador del congreso y le hablaban. Un tal Carreño. El sujeto se dio vuelta directamente hacia mí. Levantó un vaso de agua que tenía en la mano y ensayó un incómodo brindis. Luego se acercó decidido, como si debiera resolver un asunto urgente.

—¿El Doctor Rosemberg, verdad? De Pittsburgh, por lo que sé –me dijo con el aire con que un duque aborda a un militar de poca monta en un

banquete.

—Sí, encantado.

—Me dicen los médicos más viejos que este lugar y sus historias lo han llenado de curiosidad –volvió a usar el mismo tono distante y diplomático, como si en ese momento unos sirvientes hubieran pasado frente al duque con unos faisanes asados y él hubiera debido seguir hablando mientras el apetito por las aves robaba una porción de su atención.

—He estado investigando acerca de los trabajos que llevó a cabo aquí el Doctor Blum en los setentas. Parece que incursionó en temáticas de mi campo mucho antes de que la disciplina levantara vuelo –dije, intentando someter a un nuevo incauto con mi monserga apasionada.

Me miró por un momento. La cara de duque abandonó ya por completo su rostro y en su lugar quedó la de un sargento en un pueblo polvoriento, cansado de las tonterías que habla la gente. Ahora le tocaba a él ser el militar de poca monta.

—Si levantar vuelo es volverse loco de la cabeza, Blum levantó, sí, bastante vuelo. Se trata de un sujeto que avergonzó a toda la institución. Que llegaba borracho. Que dormía en los pasillos. Y que pensaba que lo que investigaban todos los demás carecía de toda importancia. Llenó laboratorios enteros de caca de pájaro sin obtener ningún resultado, hacer una publicación que pudiera leerse o comentarle a nadie lo que estaba intentando lograr. Y cuando estaba suficientemente sobrio para hilar dos frases, decía tonterías que importunaban a todos.

—Yo leí un par de sus *papers*. Eran breves y un poco crípticos, pero no sé si podría decirse que eran tonterías –dije de pronto con cierto agravio. Me sentí como si me estuvieran hablando mal de un viejo conocido.

El hombre me miró con impaciencia.

—¿Sabe lo que pasa con ustedes los yanquis, si me permite? Tienen tal fascinación con los desplantes de individualismo que los esfuerzos colectivos los dejan fríos. Está usted en Colombia, invitado a participar de un congreso en el que se anuncia una vacuna que va a salvar millones de vidas en todo el mundo y usted dedica las horas a interesarse por un desquiciado que trabajó aquí hace treinta años, como si la gloria reciente de este descubrimiento local lo irritara. Se ha perdido las dos sesiones de la tarde. Vamos, no sea malo. Levante alguna copa y brindemos por la vacuna contra la malaria.

Dijo esto y llamó a un mesero. Tenía una bandeja con tazas de café y vasos de agua. Tomó uno con una obstinación prepotente. Me lo dio y levantó nuevamente el suyo. Era el segundo brindis con agua que le veía ejecutar en menos de un minuto.

—Chin chin –me dijo–. Por la ciencia.

—Por la ciencia –dije y bajé la cabeza.

*

Al otro día terminó el congreso con bombos y platillos. Todo el mundo estaba genuinamente contento. El único imbécil que era incapaz de compartir la alegría de todos era yo. Me conocía. Era obsesivo, terco, insoportable. Sabía que el capítulo de Blum no se cerraría. Deambulé por el salón de actos aferrado a un vaso vacío que no atinaba a colocar sobre ninguna mesa. Le di la mano a unas treinta personas, sin transmitir calidez ni interés. Dos o tres veces, al cabo de esos intercambios automáticos, me detuve a pensar que mi mujer tenía razón. Yo pretendía interesarme por las cosas, pero en realidad el mundo exterior, esa infinita extensión de universo gris que estaba por fuera de mis diez o doce manías, me tenía mayormente sin cuidado. Acaso me había ido convirtiendo de a poco en un cínico. Amanda me decía que no *amaba las cosas*. Era una queja extraña, porque a mí se me había enseñado que no hay que amar *las cosas*. Como fuera, ahora la entendía un poco.

A la madrugada volé a casa. En el avión, un lugar en donde nada podía distraerme de mi propia circularidad, pensé en la activación de genes. Lo que Madero había dicho no tenía mayor sentido. Aunque traté de no adelantarme a sus conclusiones, se sugería en sus palabras que de algún modo todos los genes que habría alguna vez en el genoma ya estaban allí, esperando pacientemente a ser activados. Sabía que no era eso estrictamente lo que dijo, pero al menos era lo que parecía desprenderse de sus palabras. Me culpé un poco por hacer esta clase de extrapolación. Podía decirse que me estaba convirtiendo en otro interlocutor sordo, de los muchos que Blum y Madero habían terminado despreciando.

Al llegar a casa fui recibido por mi hija. Aunque eran las dos de la tarde, estaba en la sala y en pijama, comiendo cereales de un cuenco. Se paró y me abrazó como si acabara de volver de la guerra. Ella, no yo. Me contó que había vivido dolorosamente en carne propia la incomprensión de un público superficial. La obra que había estrenado, me aclaró, era una historia

de amor clásica pero enfocada a partir de la teoría marxista de la alienación, también enriquecida con un cierto toque postmoderno, basado en las ideas de Žižek. Mientras me decía todo esto, con el rostro encendido de ilusión, yo pensaba que acababa de escuchar una precisa lista de todo aquello que más me aburría en el mundo.

—Quienes intentan con pasión y verdadero compromiso algo nuevo, se enfrentan siempre a la incomprensión de sus contemporáneos –le dije con un tono a la vez visionario y paternal, acariciándole la mejilla. La quería con todo mi corazón. Era mi única hija. Pero nunca sería una buena actriz. Entre otras muchas razones, porque no le gustaba pensar. Era perezosa, en todas las dimensiones de la palabra. Y no tenía nunca, ni por un minuto, la disposición a refutar sus pocas y amadas ideas. Una vez más, con mis palabras de aliento, le estaba mintiendo a una ignorante acerca de los motivos por los que nunca le iría bien. Pero era una ignorante muy querida. Ya nos habíamos acostumbrado, mi mujer y yo, a tratar a Amanda como si padeciera cierta clase de discapacidad emocional, y no iba a cambiar esa larga tradición en este justo minuto, recién llegado a casa y con la maleta aún sin abrir.

Mi mujer llegó de la escuela al fin de la tarde. Era psicóloga en una secundaria. Recibía cinco o seis muchachos cada día, todos referidos a su oficina contra su voluntad y por mala conducta. Al cabo de una charla, la mayoría confesaba que odiaba ir a clases, que no aprendía nada y que consideraba la educación formal como una pérdida tiempo. Al cabo de años, ella había llegado a la conclusión de que la respuesta que mejor podía orillarlos a una conducta funcional era decirles que tenían toda la razón. Que el sistema educativo era una institución fascista, y que la única alternativa para ellos era disfrazarse, actuar, conducirse como si estuvieran captados por el sistema y convencer así a sus profesores de que estaban comprometidos con aquello que estaban estudiando. Y para convertirse en actores medianamente verosímiles, capaces de aplicar la disciplina del *method acting*, tendrían que estudiar como auténticos conversos y regurgitar luego el material estudiado en los exámenes e intervenciones en clase. Si eran eficientes en su impostura, el sistema no los detectaría. Saldrían un día a la vida laboral con excelentes calificaciones y, ya siendo mayores de edad, podrían dedicar sus vidas a lo que realmente les gustase. Mediante este truco, había convertido a dos o tres vagos en buenos alumnos. Pero en general sus resultados eran más bien dudosos. Como fuera, mediante la

aplicación de esa metodología había aprendido a darle la razón a todo el mundo. Menos a mí.

—¿Y qué tal? –me preguntó mientras se quitaba el abrigo–. ¿Nos ha ido bien? ¿Hemos aprendido alguna cosa útil sobre la malaria?

Era una especialista en rozar, sin que yo supiera cómo, los centros neurálgicos de mi culpa. Sabía, de una manera misteriosa, ubicar el pequeño reducto dónde se alojaba todo aquello que me avergonzaba, e ingresaba en ese ámbito como si en ese depósito tuviera guardadas sus alhajas.

—Aprendí que con una vacuna la malaria puede en algunos casos prevenirse. Y que en presencia de esa vacuna, la autoestima del gremio médico puede aumentar hasta niveles insospechados.

Tardé una semana en mencionar a Blum. Estábamos con Amanda en la sección de carnes del supermercado. Le fui contando de a poco. No me imaginaba que el tema le fuera a resultar tan apasionante. Pero claro, tendría que haber previsto que la historia de un genio incomprendido iba a constituir para ella una suerte de figura arquetípica con la que iba a identificarse por completo. Dijo que la historia era *inspiradora,* una palabra que ella usaba a menudo y con gran liberalidad. Estaba, según me dijo, también contenta por *mis progresos*.

—Hace años que no te veía tan entusiasmado –me dijo, y me puso una mano en el hombro. No recordaba la última vez que ella se había parado espontáneamente tan cerca de mí.

*

Al cabo de unos días, Amanda volvió a mencionar el tema. Nuevamente estaba en pijama a las tres de la tarde. Me miraba guardar unas botellas en el refrigerador, sin ofrecerme la más mínima ayuda.

—Me parece que tu problema central es la incapacidad para funcionar al margen del sistema. Es como si estuvieras dentro de una esfera, y no pudieras operar de ninguna manera con aquello que ocurra fuera –dijo. La miré con esa expresión de neutro desinterés que había aprendido a desplegar cuando sentía que alguien frente a mí estaba por incurrir en un argumento de resonancias postestructuralistas sobre el poder y su fascinación.

—Me encantaría saber de qué estás hablando –dije.

—Bueno. Viste con tus propios ojos a este hombre, Blum, escaparse hasta un hospital abandonado. ¿Por qué no se te ocurrió ir simplemente hasta allí? ¿Qué temías que podría ocurrir, acaso desencadenar la furia de los organizadores? ¡Ya estabas ahí, por Dios! –me contestó con gran énfasis en las palabras *ir, furia* y *Dios,* pero sin un auténtico reproche. Apenas quería poner de relieve que me había comportado como un cobarde.

Tuve que concluir, a mi pesar y sin decir palabra, que tenía alguna dosis de razón. Nunca se me había ocurrido cruzar aquella cerca alambrada y transitar los cien metros que mediaban entre el punto del congreso y el hospital.

—El lugar está lleno de militantes y trabajadores. Ya te lo dije. Tienen todo el edificio ocupado en forma de protesta –contesté con un vago fastidio.

—¿Y el hecho de que estén protestando supone por definición que no quieren conversar con nadie, acaso? En mi pequeña versión del mundo, la gente que protesta necesita de toda la atención posible –dijo. Me estaba tratando como a un tonto. Había aprendido de su madre a despacharme de ese modo, y ya no le pasaba siquiera por la cabeza que su tono pudiese molestarme. Por otra parte, había que aceptar que tenía argumentos bastante sólidos en mi contra. Era verdad, me había comportado como un pusilánime.

—Seguramente, si es verdad que esta gente tiene alguna plataforma de reclamos, debe también tener alguna página en la red –prosiguió ella–. Tienen vidas concretas. El hecho de que no sean doctores no quiere decir que deban considerarse sujetos anónimos, que carezcan de nombre y apellido.

Volví a pensar en mi obsecuente brindis con aquel vaso de agua, la noche en que soporté sin chistar que el tal Carreño me regañase por no celebrar con todos. Había sido un completo monigote, que luego no había reunido la fuerza de voluntad para cambiar mi pasaje por un par de días más, ni había cuestionado ante nadie la tácita sanción del gremio médico por ocuparme de Blum. Tampoco había explorado alguna posible forma de continuar la investigación por mi cuenta. Me había conducido como un niño.

Amanda prometió ayudarme. Ahora que tenía una batalla personal que librar, se movió con una velocidad envidiable. Al otro día ya había intercambiado un par de correos con el dirigente de la célula de trabajadores que brindaba servicios sociales al público desde las instalaciones del

hospital. No estaban, como se me había anunciado, ocupando el lugar. Muy pocas personas vivían efectivamente allí. Y había entre los presentes algunas muy interesadas en preservar los logros académicos de la institución.

Le dijeron que no conocían al doctor Blum, pero que entre los ocupantes que sí pernoctaban en el lugar había un sujeto viejo que realizaba labores ocasionales de mantenimiento, el señor Brum o Brun, no sabían, y que una vez habían oído a una de las enfermeras viejas que ya habían abandonado su puesto llamarlo doctor.

—¿Qué vas a hacer? –me dijo–. ¿Dejar todo como está o comportarte como un Rosemberg? Tus padres atravesaron a pie Europa para que pudieras sobrevivir y ser un hombre de provecho. ¿Qué camino vas a recorrer tú?

*

Me tomó meses interesar a mi jefe en Blum. El personaje en sí le molestaba tanto como a sus colegas. Pero la idea de hacerse de un conjunto de resultados vírgenes que pudieran colocar a nuestra universidad de alguna manera en la frontera de la epigenética epidemiológica había terminado por seducirlo un poco. Debí exagerar mucho el vínculo entre la obra de Blum y las enfermedades autoinmunes –que era, según mi pobre conocimiento de su trabajo, muy próximo a cero–, pero al final pude lograr que ese pobre interés generado pudiera concretarse en la financiación de un viaje académico.

Y luego me tomó un año entero lograr que la plana universitaria del centro de investigaciones del Hospital San Juan de Dios aceptara alojar mi investigación sin proveerme equipo, laboratorio ni recursos, una magra y errática cooperación que logré mediante la artimaña de minimizar frente a ellos toda aspiración de conocer el paradero actual de Blum. El propósito de mi viaje, según las cartas oficiales, era conocer más de cerca algunas investigaciones realizadas por esa institución en torno al tema de la activación de genes. Si las investigaciones prosperaban, la Universidad de Penn State, en Pittsburgh, se comprometía a donar equipos de laboratorio para la institución.

Todas las cartas que recibimos dando por aceptado el acuerdo provinieron de administradores. En cada una de ellas se mencionó que había muy poco material disponible acerca de aquellos trabajos y que se

alertaba de que seguramente los frutos de la investigación iban a resultar nulos o escasos. Ninguna de esas notas estuvo firmada por un médico.

Durante esos meses, mi mujer me dijo un día que se alegraba de que me hubiera inventado, finalmente, un hobby. Como lo dijo con genuina alegría, no quise hacerle ninguna puntualización que arruinara el momento. Nuestra pareja era lo que era, pero de alguna forma funcionaba. Éramos una familia. Amanda cambió de terapeuta, pero ya no se fue de casa. Nos preguntó si podía acondicionar el cobertizo del jardín como un pequeño apartamento. No tuve el valor de sugerirle que consiguiera un trabajo. ¿Quién era yo para indicarle a nadie que trabajara?

*

De modo que ahora estaba nuevamente en Bogotá, frente al tal Cáceres, sentado en la camioneta que nos traía desde el aeropuerto, guardando una vez más ese incómodo silencio que caracterizaba por lo menos dos tercios de mi vida diaria. Pero en esta oportunidad el paisaje que miraba por la ventana de alguna forma me hacía sonreír. Lo que más irritaba a Cáceres, según me figuraba, era notar que yo estaba íntimamente contento. Había embaucado a dos instituciones para estar aquí y ahora él estaba obligado por algún gerente administrativo a brindarme toda la ayuda que necesitara, seguramente a costa de ser ridiculizado por el resto de sus colegas.

Quise romper el silencio. No tanto por que quisiera aligerar el clima de contrariedad, sino simplemente porque estaba tan entusiasmado que no podía cerrar la boca. Tenía que desparramar a mi alrededor mi satisfacción como los gatos esparcen orín.

—Esta ciudad está más bella que nunca –dije.

—¿Vino muchas veces? –me preguntó por puro compromiso.

Caí de pronto en cuenta de lo absurdo de mi comentario.

—No, sólo una. Pero está más bella ahora que esa vez –contesté.

Llegamos al San Juan de Dios. Nadie salió a recibirnos. Adentro, un sujeto vestido con un traje azul marino se aproximó al vernos y me tendió la mano.

—Doctor Rosemberg, la administración del hospital le da la bienvenida. El doctor Cáceres y la secretaria Rojas, asistente de marketing y relaciones públicas, lo acompañarán en todo momento durante su visita –vi que se aproximaba a nosotros una señora ancha, entrada en años, con unos lentes de armazón rojo y la cara de haber atravesado a nado cien mares y de ser

capaz de tumbar de un golpe a un toro de lidia. Pensé que iba a ser muy difícil escapar de su vigilancia.

—Muchas gracias por alojar esta investigación en su centro. Su ayuda es muy apreciada por todos en Pittsburgh –dije como si todos los ojos y oídos de mi universidad estuvieran siguiendo de cerca cada palabra que decíamos. La verdad es que nadie, en ninguno de los dos países, daba un comino por lo que vine a hacer.

Miré a mi alrededor. Constaté que era el único dinosaurio que tenía un lápiz y una libretita en la mano. Mi bitácora, que había continuado con esmero en mi casa, llegaba en su descripción diaria del proceso hasta el mismísimo día de hoy. Las demás personas que vi transitar llevaban, casi sin excepción, aparatos y computadores portátiles.

La mujer de relaciones públicas me ofreció mostrarme un poco las instalaciones. Me paseó por distintos laboratorios, todos parejamente sobrepoblados de asistentes recién salidos de la adolescencia. Al entrar a cada habitación, ella no le explicaba a nadie quién era yo. Me alegró no tener que convencer a nadie de nada. Al cabo de unos minutos de recorrido, llegamos a la puerta trasera que había debajo del salón de actos, la que daba al limonero. Mi corazón comenzó a latir como si yo estuviera a punto de correr.

—Lo que le voy a pedir es si me permite salir un rato a fumar un cigarrito –le dije a la mujer. Se trataba de una mentira impenitente, pues yo ni siquiera fumaba. Ella hizo con el cuerpo el amago de acompañarme.

—Y así aprovecho también para llamar a mi mujer –dije alzando mi teléfono en un desborde desesperado de histrionismo. La mujer se detuvo y me señaló la puerta.

—Me avisa cuando quiera seguir con el recorrido –me contestó–. Allá estaré paradita, esperándolo.

Salí al patio sin que nadie me siguiera. Una vez alcanzado el limonero, llegar al hueco en el alambrado me tomó apenas un segundo. No me di vuelta a ver si alguien descubría que el gringo estaba cruzando el estacionamiento. Simplemente me escurrí en completo silencio por el pavimento caliente como si fuera la sombra fugaz de una nube. Llegué al edificio jadeando. No estaba acostumbrado a huir y el ascenso por la rampa se me hizo empinado. Cuando entré al viejo hospital tuve que detenerme un minuto a recobrar el aliento.

Miré a mi alrededor. El lugar mostraba cierto nivel de desorden, pero estaba limpio. Al final del pasillo, una mujer con uniforme de enfermera limpiaba un mostrador. De pronto me miró y caminó hacia mí.

—¿Viene por el servicio social? Las enfermeras vienen a las tres –me dijo. Estaba tratando, según se revelaba en su gesto, de definir si yo era un paciente o parte del grupo de interventores que intentaba desalojarlos.

—Vine a ver al señor Brun –intenté. No me había a preparado para la circunstancia de que alguien me preguntase qué hacía allí. Contesté casi sin pensar.

—¿El señor Brum, dice usted? ¿Le dijo que lo encontrara en la sala de arriba o en el sótano? –todavía tenía un vago gesto de sospecha, pero había comenzado, involuntariamente, a proveerme información. Decidí inclinarme por la opción en la que imaginé que iría a cruzarme con menos gente.

—Me dijo que en el sótano... ¿Es por las escaleras? –le dije señalando un enorme barandal que había a pocos metros de la rampa.

—Dos pisos para abajo. Al final del pasillo hay una puerta que conduce al área de máquinas. Después de esa puerta ya no sé qué hay porque nunca bajamos. Llámelo por el nombre. Dígale que cuando pueda suba a enfermería a darnos una mano, que se rompió una de las balanzas –terminó de hacerme ese pedido como si yo fuera uno más del equipo. Me acordé de Amanda. Tenía razón. Como ella había previsto en su momento, este lugar era mucho más permeable que el propio centro de investigación. Al estar desbordados por completo en su promesa de brindar servicio a la comunidad, se servían de cualquiera que estuviera dispuesto a ayudar.

Bajé los dos pisos con gran lentitud, pues todavía estaba un poco ahogado. El imperativo de escapar de unos hipotéticos captores le daba a mis desplazamientos un sigilo de gato que no me caracterizaba en absoluto y me obligaba a ejecutar mis movimientos con una inusitada tensión. Al llegar al segundo subsuelo encontré que el pasillo que me habían anunciado tenía poquísima luz. Conforme me acerqué de a poco al área de máquinas, la temperatura se fue elevando hasta que el clima comenzó a tornarse irrespirable.

Me acerqué a la puerta, que tenía pegada con cinta una hoja blanca con un rótulo: «Entre sólo si tiene que hacerlo y haga un completo silencio, incluso para irse». No parecía el letrero clásico que uno esperaría de un encargado de mantenimiento. Abrí el picaporte. Me asaltó un olor

insoportable, mezcla de humedad, basura y excremento. Vi que el piso estaba salpicado de innumerables manchones multicolores.

Conforme ingresé a la sala comprobé que, además del rumor de las máquinas, se oía el cíclico soplido de unos atomizadores que dispersaban agua en el ambiente. Aquel vapor denso de bosque tropical era producido a propósito por un sistema de mangueras y surtidores. En cuanto se me fue acostumbrando la vista a la penumbra, vi que mucho más adelante en aquel enorme depósito rectangular comenzaba a haber filas de helechos y palmas dispuestos en series que pretendían seguir el tramado caótico de una especie de jungla.

Tuve de pronto la sensación de haber caminado muchísimos metros, como si el lugar fuera un túnel que alojase las calderas de más de un edificio. Miré el piso y descubrí que mis huellas eran las únicas marcas en aquella extensa melaza de barro y caca. La luz decrecía conforme uno se internaba en esta larga e imprevisible isla desierta y por un momento tuve la impresión de que yo era el primer humano en muchos años en aventurarme tan lejos de la puerta de acceso.

Al cabo de lo que pareció ser un interminable recorrido a campo traviesa, comencé a escuchar aleteos y chillidos. Pero como la oscuridad era casi total, no atiné a hacer otra cosa que desplazarme con una lentitud extrema, en medio de un creciente miedo de resbalar, quebrarme una pierna y quedar abandonado para siempre en aquella inmensidad de plantas y cacareos.

Entonces se encendió una pequeña luz en medio del salón y encima de una pequeña mesa. A juzgar por su exigua luminosidad, parecía una lamparita del siglo diecinueve. Su pobre resplandor de cualquier forma me permitió notar que encima de aquellas palmas y arbustos había decenas de cuervos y loros. En medio de aquella tiniebla, parecían enormes murciélagos refregándose incesantemente unos contra otros. Me pregunté si Blum me había visto llegar y había oprimido el interruptor. Alguien había encendido aquella luz.

—¿Blum? –grité hacia donde presumí que estaba el doctor escondido.

Me acerqué a la mesa. Miré en redondo. De pronto un loro gris, parcialmente desprovisto de plumas, se lanzó desde una rama cercana y planeó hasta la mesa. Se detuvo en uno de los bordes y se quedó un instante mirándome fijo a los ojos.

—Váyase –dijo de pronto el loro, con una dicción impecable. Me imaginé que el doctor Brum lo habría entrenado de esa forma para

ahuyentar intrusos.

—Váyase –volvió a decir. Me miraba a los ojos de una forma inquietante.

—Váyase –le dije yo al animal, poniendo voz de loro. Me incliné hasta quedar a su altura. Me fascinaba la forma en que le habían enseñado a decir aquella palabra en el contexto ideal y con el tono justo. Me quedé también mirándolo un momento, a ver si tenía alguna otra palabra en su repertorio.

De pronto el animal se acercó un poco más hasta mi cara y, sin dejar de mirarme ni por un instante, me dijo:

—¿Se da cuenta de lo que hizo? Acaba de repetir lo que le dijo un loro.

Élmer Mendoza
(Culiacán, 1949)



Foto: © Alberto Sierra.

Catedrático de literatura en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Actualmente es miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, así como del Sistema Nacional de Creadores de Arte y de El Colegio de Sinaloa. Es un apasionado formador de novelistas y un comprometido promotor de la lectura. De 1978 a 1995 publicó cinco volúmenes de cuentos y dos de crónicas y en 1999, su primera novela, *Un asesino solitario*, que de inmediato lo situó, a juicio del crítico mexicano Federico Campbell, como «el primer narrador que recoge con acierto el efecto de la cultura del narcotráfico en nuestro país». Con *El amante de Janis Joplin* obtuvo el XVII Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares y con *Efecto Tequila* fue finalista en 2005 del Premio Dashiell Hammett. En 2006 apareció su cuarta novela, *Cóbraselo caro*, y en 2008, *Balas de plata*, merecedora por unanimidad del III Premio Tusquets Editores de Novela, que lo consagró como escritor de primera fila en el panorama de la novela hispánica. Después de *La prueba del ácido*, publicada en 2010, y protagonizada por el detective Édgar «el Zurdo» Mendieta, *Nombre de perro* continúa esta saga.

Issacs en el Colón

En Bogotá oscurece como en los párpados de los astrónomos. Issacs escuchaba la explicación de Ángela Pérez en el Museo del oro: la balsa muisca es una de las piezas más importantes del museo, fue encontrada en las inmediaciones de Guatavita por un campesino honrado que la entregó con alegría; a cambio le hicieron realidad uno de sus más anhelados sueños. La pieza de oro en filigrana resplandecía; sin embargo, el escritor no sentía emoción alguna, su quieto corazón no apreciaba la magnificencia del lugar o de la historia de la grandeza de Colombia y sus ancestros; quizá le impactaron un poco los instrumentos que utilizaban los caciques y chamanes para mascar hoja de coca, pero no lo comentó. Se hallaba en Bogotá para una cosa que no tenía nada clara. La guía contaba que la colección poseía más de sesenta mil piezas y que el lugar era administrado por el Banco de la República, que era uno de los museos más importantes de la ciudad y que era el mito de El Dorado, que tan poderosamente atrajo a los conquistadores, convertido en realidad. Entonces presintió algo móvil y lejano pero no lo detectó.

Salió del museo, que se ubica por la carrera séptima, que a esa hora es peatonal y se hallaba atiborrada de transeúntes buscando qué comer, y caminó despacio. Se oían vallenatos. Tres minutos después deambulaba por la Plaza de Bolívar, donde se entretuvo observando las palomas y la catedral imponente; los edificios del poder lucían grises y sus cornisas amoratadas; se negó a recordar la vez que la política casi acaba con su vida. Continuó: en San Victorino estuvo a punto de comprar cualquier cantidad de cosas pero no traía efectivo; los objetos de plástico lo impresionaron, lo mismo los puestos de celulares; se entretuvo en las tiendas donde venden sombreros experimentando esa sensación de no estar donde debía. ¿Qué buscaba?, ¿por qué estaba allí?, ¿qué debía hacer? Las calles familiares no existen. Por poco compra un vueltiado, sombrero típico de dos colores. En la biblioteca Luis Ángel Arango le regalaron una foto que tenía su nombre

pero en la que se parecía a su padre. Recorrió lentamente los espacios, llenos de jóvenes lectores con rostros abstraídos, clavados en pantallas llameantes. Pensó que el desconcierto nunca era agradable y menos para un hombre de su edad. Vio cuidadosamente una exposición del fotógrafo Sady González que mostraba a Jorge Eliecer Gaitán y el Bogotazo: no tuvo idea de lo que se trataba; sólo una foto de León de Greiff donde veía un par de cuadros le pareció familiar; luego salió a una calle amarga de gente acelerada. Entró al café San Moritz, fundado en 1937, pidió un perico, que es café con leche, y se instaló a escuchar boleros: «Oigan la historia que contome un día, el viejo enterrador de la comarca…», y a observar el piso desgastado.

Toda ciudad anda sobre sí misma y no enloquece.

Afuera la capital se hallaba luminosa, el Monserrate se alzaba verde y se podía tocar con la mano izquierda, que es la que no guarda secretos impuros. La iglesia blanca en la copa era una paloma extraviada. Se escuchaba música; en Colombia siempre se escucha música, y un grupo de jóvenes conversaba y bailaba con la orquesta Aragón. Issacs vio la hora en la catedral y experimentó una leve angustia, ¿qué era eso que debía hacer y no tenía la menor idea?, ¿de cuándo acá se confundía tanto? En el centro cultural Gabriel García Márquez se sintió reconfortado, entró a la librería del FCE, escuchó a Darío Jaramillo Agudelo explicar a una mexicana de ojos grandes cómo llegar al mercado de Paloquemao y se volvió a turbar. Ella aprobaba con un movimiento de cabeza y hablaba de una región lejana y de María, víctima del amor y de la espera. Él podría escribir una novela sobre eso. No, él había escrito una novela sobre eso. En un instante tenía un ejemplar en las manos. ¿Para eso se encontraba allí, para atestiguar cómo los colombianos aman a sus novelistas? No, abandonó el espacio que ahora se hallaba lleno de policías uniformados y hombres de civil comunicándose con los pequeños aditamentos observados en San Victorino.

Entonces tuvo un pálpito. Caminó tembloroso hacia el teatro Colón, construido por Pietro Cantini a finales del siglo XIX, decorado por Luigi Ramelli y actualmente restaurado por Max Ojeda y su equipo. Recordó la ovación que recibió un día en que fue señalado como orgullo nacional y tuvo que ponerse de pie para dar las gracias. Avanzó despacio, sorprendido de que fuera justo allí a donde se dirigía. Un hombre abrió un pañuelo blanco con esmeraldas y trató de venderle a una mujer con pinta de extranjera que ni siquiera miró las piedras. Issacs vio su belleza y la

encontró demasiado estilizada, se sorprendió con los zapatos de tacón de aguja y el porte algo desparpajado de la dama que sonreía dueña de la noche. El hombre de las esmeraldas fue obligado por dos agentes autoritarios a retirarse. El escritor se desplazaba despacio, sorprendido, percibía una ciudad suave, limpia, fresca, donde la gente vestía prendas singulares y sonreía con facilidad. Subió por la calle 10 hasta el teatro, vislumbró la fachada de piedra frente a la casa del libertador Simón Bolívar, y de pronto: zuuumm, se hallaba solo. Gulp. ¿Qué pasó? La gente había desaparecido. Ohh. Percibió una claridad extrema en el horizonte y temió lo peor. Dios mío. La angustia de quien vislumbra algo desconocido es acojonante. Cerró los ojos. No los cierres. Se sintió en un torbellino. Que no los cierres, te digo. En un instante fue niño en el Valle del Cauca y su figura parte del paisaje agreste. Entre más los cierres más verás. En otro, un joven delgado que abandonaba Bogotá. ¡Ábrelos! La ciudad de Bogotá es la lluvia masajeada. En tardes soleadas escriben su historia en común a siete manos, ¿cuántas personas? Adivinen. Issacs se mantuvo un rato sufriendo en ese dinamismo giratorio que por momentos le hacía recorrer los techos rojos como el mismo violinista del tejado. (Agregar primeras doce notas de la pieza *Violinista en el tejado* y eliminar esta indicación). La arquitectura del centro de Bogotá es la memoria viva de un pueblo que construye sus casas para siempre. Abrió los ojos y allí estaban todos los que había visto en la calle, vestidos para la fiesta, ocultando las tentaciones bajo las estolas y las corbatas y acariciándose con sus sonrisas bulliciosas.

El rumor tomó cuerpo: el presidente de la república está arribando al teatro Colón para inaugurarlo. Issacs lo escucha pero no lo entiende, se encuentra en su lugar cómodamente sentado. Está pintado del color original. Corbata negra. Las cariátides lucen renovadas. A su lado no se están quietos los poetas León de Greiff, Daniel Chaparro y Álvaro Mutis, no los ve conversar, por el contrario cada uno se halla asombrado por el lugar en que están reunidos: el primer teatro de ópera del país con tres niveles de plateas. Observan el escenario completamente modernizado, los palcos ocupados por mujeres hermosas y varones circunspectos, el sugestivo plafón del techo con sus musas descalzas, las numerosas lámparas para iluminar el escenario y la recia lámpara del centro, recientemente localizada en una ciudad lejana de la que no fue fácil traerla. Huele. El narrador no reconoce el perfume aunque es penetrante. Los asientos rojos son cómodos, los pasillos amplios y la alfombra el camello de Dios. Issacs

ve una mujer y se detiene en su belleza, piensa que puede ser caleña, ella avanza parsimoniosamente y se sienta a su lado con una sonrisa.

Es la que rechazó las esmeraldas, ojos negros, pero no le sonríe a él sino a uno de los asistentes de la fila inmediata. Issacs observa su rostro pálido y su mirada profunda. No te hagas el huevón, murmura, y el tipo que está con una dama de sonrisa arreglada y menos bella, se pone bravo. Esto puede desencadenar un mal momento, cavila el escritor pero no lo dice. Me invitó Mariana Garcés, externa Mutis, esa chica tan bien vestida que camina al lado del presidente, ¿y a ti? Issacs no responde, le apena no poder explicar por qué está allí donde nadie lo reconoce. El hombre se pone de pie pero su mujer, que advierte la situación, lo sienta con autoridad. Usted no se mueve de aquí, malparido, ¿qué no ve lo que he hecho?

Damas y caballeros.

Vemos las caras satisfechas de Manuel José Álvarez Gaviria, director del teatro Colón, de Alejandro Martínez, su asistente administrativo, de Miguel Antonio Caro, que estuvo en la inauguración de 1892 y que ahora hace una seña muy discreta a Issacs, a quien embarga la incertidumbre. Zuuuuummm. Abismo profundo. Gritos. De nuevo la angustia, ahora más acelerada. Gemidos. Otra vez la luz en el horizonte, más intensa. Susurros. De un color inesperado. El escritor no está más en el teatro que en unos momentos será inaugurado con un concierto de la orquesta sinfónica de Colombia, dirigida por Claudio Cruz. Siente un desgarramiento interior. Alcanza a ver una sombra amarilla y pierde el aplomo. Dios mío, ¿por qué a mí? Se ve en la hacienda de su padre cercana a Cali, en medio de una docena de caballos formada por Marengo de Napoleón, Bucéfalo de Alejandro Magno, Palomo de Simón Bolívar, Babieca de El cid campeador, Grano de oro de Pancho Villa, Incitatus de Calígula, Bayo-blanco de José de San Martín, Rocinante de don Quijote, As de oros de Emiliano Zapata, Estoraque de Valentín Ortiz, el caballo Blanco de José Alfredo Jiménez y grita: más bien abre la boca pero no emite sonido. ¿Qué hubiera hecho en lugar de la joven que fue a buscar a su amor del momento? Paralizado. ¿Qué significa una sombra amarilla?, ¿de dónde llega?, ¿es la peor desgracia que puede ocurrirle a un colombiano? Cierra los ojos con fuerza. Preguntarse ayuda a sobrevivir. Pero es inútil, siente cómo esa luz le invade el cuerpo, el traje negro, la corbata. Deplora que no haya algún sueño que lo salve. Una luz que no respeta párpados ni retinas. Dios mío, ayúdame. Un sonido lo distrae, los abre y ahí está la orquesta afinando. El programa dice

que tocarán a Heitor Villa-lobos, pero antes una pieza que el joven James Andrei Díaz compuso especialmente para la reapertura del teatro, un lugar donde caben 848 personas cómodamente sentadas y conserva sus plateas. Una sombra amarilla, reflexiona Issacs. Dios mío, ¿qué hice? Es el 23 de julio de 2014.

Mutis, que es al único que reconocen, reparte autógrafos con su voz de narrador de Los Intocables. Chaparro observa imperturbable: «si el sol sigue dorando las estrellas/si el viento aúlla y restaña…», la chica mencionada ha caído en una seriedad inexplicable y el escritor no tiene idea de a qué se deberá: su amante se ha quedado estático al lado de la dama con quien arribó, que ahora exhibe un gesto terrorífico y le tiemblan los labios. ¿Será causa de la sombra amarilla? La chica se arregla el cabello e Issacs puede ver su cabeza aplastada. Claro, de ahí su palidez. Enseguida trascurren ciento setenta y seis minutos de discursos que él no entiende. Observa los peinados, la prevalencia del color rojo. Quizá sea una de las formas en que la sombra afecta: qué tontería estoy pensando. Justo cuando la orquesta inicia y el relax se apodera del auditorio la sombra amarilla entra por los tres accesos al teatro y plop, él sabe para qué está allí. Siente cómo se le quita un peso de encima y no le extraña ver flotar a Chaparro, a Mutis y a León que abandonan el teatro ahora sí, bajo la inmensa sombra amarilla que llena el horizonte. El miedo es un dado de cristal.

Cuando Issacs se relaja se ve más alto. Apaciblemente los cuatro se acercan al centro de la sombra que ya llenó el Caribe, la montaña y el llano despidiéndose. Bogotá le ha ofrecido sus techos, el misterio de sus barrios, los pliegues de sus parques, el bullicio de sus mercados y el corazón amoroso que son sus restaurantes. Bienvenido, expresa el cuarteto; una figura con bigote agradece. La chica vendrá después. Vayamos de una vez, propone Issacs, jefe de la comitiva, y penetran los cinco los tempestuosos límites de la noche amarilla que llega desde el norte.

En el teatro, la soprano Betty Garcés agradece un aplauso atronador.

GABRIELA WIENER
(LIMA, 1975)



Foto: © Alberto Sierra.

Es autora de los libros de crónicas *Sexografías*, *Nueve Lunas*, *Mozart, la iguana con priapismo y otras historias*; y del libro de poemas *Ejercicios para el endurecimiento del espíritu*. Su último libro se llama *Llamada perdida*. Escribe con asiduidad para el diario *El País* de España y el diario *La República* de Perú. Estudió Linguística y Literatura en Universidad Católica del Perú. En sus inicios trabajó en las redacciones de los diarios peruanos *Síntesis* y *La República*. Luego en *El Comercio* y en *Etiqueta Negra*, que fue su escuela como cronista. En 2003 se trasladó a Barcelona para cursar el Máster en Cultura Histórica y Comunicaciones de la UB. Desde España, ha continuado escribiendo para las revistas más importantes de Latinoamérica y España. En 2011, tras ocho años de vida y trabajo periodístico en Barcelona, se trasladó a Madrid para trabajar como redactora jefe de la revista española *Marie Claire.* En 2014 renuncia a la revista para trabajar por su cuenta. En la actualidad sigue viviendo en la capital de España y colabora en diversas revistas latinoamericanas y europeas.

50 sombras de Greiff

El poeta que nadaba en una pecera de Atunes

Cuando el hijo de doña Ramona adquirió la ruinosa vivienda de la carrera 16A con 23 para tumbarla y convertirla en el parqueadero de los clientes de su burdel, el Atunes, no se imaginó que la compraba con un baúl lleno de manuscritos, discos y libros del poeta León de Greiff. Ni se le pasó por la cabeza que esos bultos que habían soportado derrumbes, incendios e inundaciones escondían parte de la historia literaria de este país.

Las peceras fueron una extravagancia suya. Para no olvidar sus días de buzo y las inmersiones que solía hacer en mares profundos, el hijo de doña Ramona decidió construir dos acuarios entre las paredes sin ventanas del prostíbulo, al que bautizó «Atunes», como esos peces de carne rosa metidos en latas para nuestro consumo ordinario. En la misma manzana hay otro bar llamado La Piscina, un lupanar con una alberca dentro. A esa zona del barrio Santa Fe, en Bogotá, se le conoce como el «complejo acuático», un eufemismo que los «cachacos» entienden muy bien. Antes de que se saliera el mar y escupiera sus peces más coloridos, aquí vivían los ricos, miembros de la comunidad judía y costeños adinerados habitaban lo que hoy son casas de citas, cabarets, pensiones de mala muerte y parqueaderos para coger.

Desde cualquier puerta iluminada por el neón, esta tarde veo clamar por atención a las «enrejadas» –mujeres que abren las piernas y enseñan los pezones detrás de alguna reja– y a las «muestronas» –niñas, menores de edad convenientemente maquilladas (y explotadas) desafiando a la ley–.

Aquí también, en medio de algunos edificios de la Bauhaus, hoy tristemente magullados, se erigía la casa en la que vivió y murió De Greiff, el escritor «casado, bígamo y aún trigémino, extractor de esencias, contumaz hereje, tergiversante, signista, navegador de nubes, tocador de fagot, contabilista y estadístico, domesticador de culebras», en sus propias palabras.

Un día, el dueño de Atunes fue asesinado y el local y sus peceras y sus putas pasaron a manos de su madre, Doña Ramona. Del lado B del archivo

de León de Greiff no se supo más.

***

Una moxinifada es una palabra de origen portugués empleada por De Greiff para aludir al arte de las mezclas, variaciones, tergiversaciones, relaciones y revelaciones insospechadas. El término está vinculado también a los gestos, particularidades, calidades y virtudes simbólicas del Mago del Tarot. Hernando Cabarcas –filólogo, 56 años, cabello entrecano y gafas– me habla de las moxinifadas de De Greiff mientras nos comemos un pollo –él ha insistido en venir a esta pollería en particular, la mejor de Santa Fe– con las manos debidamente enfundadas en guantes de plástico, rodeados de transexuales que se pasean ante nuestras narices, de arriba a abajo, a la luz del día. El hecho de que un académico medievalista me haya traído al barrio de las putas ya es una moxinifada en sí misma. Me cuesta imaginarlo como mi guía por los bajos fondos. Hasta que recuerdo su condición de tránsfuga de la academia. Una vez, propuso a su universidad dar clases a media noche, otro tipo de clases, «para aprender cosas que solo se aprenden en la nocturnidad», decía. Y no le dejaron. Tampoco aceptaron su proyecto de investigación «Los libros como el alma de la ciudad». Entonces renunció a las aulas.

—Hoy solo creo en la poesía y en la magia –exclama avanzando como un poseso por la calle 22, sin dejar de proferir versos y fantasías de De Greiff, mentando las aventuras de cada uno de sus heterónimos. Lleva años estudiándolo, viéndolo, oyéndolo, escribiéndolo, soñando con editar algún día su obra, pero no en un estúpido libro de papel o pantalla. Él quiere editar sus hipertextos, sus mundos imaginarios, convertirlos en una experiencia artística y cultural; devolver a De Greiff a la ciudad en su faceta más lúdica, vital, transgresora; pasearlo por la calle, meterlo, por ejemplo, a un burdel. Yo lo sigo en silencio, desorientada, entendiendo la mitad o acaso menos de lo que dice, y por momentos preguntándome si cualquier gran pasión no es una especie de locura. Habla como un alucinado de un baúl traído de Suecia por Carlos Segismundo von Greiff, en el que estuvo guardada durante un tiempo una de las espadas de Simón Bolívar, la que le diera el M19. Habla del Cuarto del Búho. De 33 poetas de un clan. Del Fabulador Paradislero. De su viaje a Korpilombolo, en el Polo Norte sueco, donde descansa la momia de un tal Gaspar de la noche, ese otro yo del escritor y prófugo del clan. Cabarcas cruza la línea de la verdad y la ficción

sin avisar, moxinifando. Y cuando ya no sé en cuál de las realidades nos hayamos sumidos, llegamos al parqueadero de Atunes, al lado del burdel. La enorme tina de hierro del poeta, en posición vertical y cubierta con una frazada, es el único vestigio de que allí se levantaba la vieja casa de De Greiff. Y por primera vez se me ocurre que estoy en una clase impartida en la calle por el profesor Cabarcas, lejos de las aulas pero en el meollo del conocimiento, el lugar donde respiran, sudan y se encabritan los saberes. Cada dos por tres, Cabarcas explota una nueva misteriosa conexión entre los mundos, cada cosa tiene un significado poético para él. Para un verdadero *degreiffiano*, siempre hay algo detrás, un enigma por resolver, una asociación secreta. Además, el profesor es un aficionado a la cábala y al Tarot.

—León De Greiff predijo que nosotros llegaríamos a él con un propósito superior –me cuenta.

La profecía aparece en el tomo 4 de la *Obra dispersa* y dice así: «Los manuscritos quedarán por acá, olvidados... por acá en donde habrá de ser posiblemente exhumado (y por casualidad) el fárrago de fárragos y mamotreto de mamotretos garrapateado [...]. Cuando ellas se leerán y se apreciarán, justipreciarán o menospreciarán luego de que aparezca y las edite algún *tarambana*, en el año dos mil y pico».

Al decirlo, Cabarcas insinúa que él es ese tarambana en el año dos mil y pico. Está convencido de que el poeta intuía décadas antes lo que él haría en 2015 con su legado.

***

Cuando llegué a Bogotá no sabía nada de León de Greiff. Tampoco es tan raro. Fuera de Colombia es un enigma y dentro, es el célebre poeta que nadie lee. Es probable que los niños se aprendan algún poema suyo en el colegio pero pocos lo conocen en realidad. Hay escritores que no son para todo el mundo. Sobre todo aquellos que se atreven a desafiar lo establecido, a experimentar, a forzar los límites de la lengua. A mí su nombre, aristocrático y musical, me sonaba, como si en lugar de un escritor fuera un personaje de una novela que yo había leído en sueños. Cabarcas me presentó a su fantasma ahí mismo. Lo imaginé, alto y rubio, barbado y de ojos melancólicos, exactamente como era, con la sangre española, alemana y escandinava confabulándose en sus horizontes. Y esa manera de decir las cosas, como si se hubiera criado entre un palacio y un burdel. Neobarroco,

culterano, alguien aficionado a las palabras y ritmos extraños, a los neologismos –una antología reciente de sus poemas iba acompañada de un glosario con 160 palabras inventadas por él–. Alguien que escribía poemas en pentagramas. Algunos le llaman modernista, otros vanguardista, pero todos coinciden en su simbolismo oscuro y radical, esa fascinación por las fuerzas ocultas, por la magia, por el misterio y su revelación. Pero también por lo raro, lo extravagante, lo lejano y ancestral, con el humor y la ironía justas para llamar a sus libros «mamotretos». Y para inventarse un territorio literario, «leolandia», habitado por incontables personajes creados por él, a la manera de Fernando Pessoa y su fábrica de heterónimos. Los otros De Greiff, Matías Aldecoa, Leo Le Gris, Gaspar von der Nacht, Sergio Stepánovich Stepansky, Erik Fojrdson, Ramón Antigua y muchos más. Como Vallejo o Huidobro, De Greiff llegó para mirarlo todo otra vez, con los ojos de un búho sobrenatural posado en el viejo árbol de la tradición.

***

Por la época en que renunció a la universidad, Cabarcas se hizo amigo de doña Ramona Mendoza, hoy dueña de Atunes. Después de visitar durante algo más de un año la zona como parte de su proyecto de investigación de la vida y obra de De Greiff, en enero de 2014, Cabarcas, el filólogo medievalista, asiste a un hallazgo insólito. Por fin, tras muchas negativas, Doña Ramona accede a enseñarle lo que se oculta en una de las habitaciones que funciona como depósito del prostíbulo y ahí, ante sus ojos, en medio de viejas botellas de soda, aparece el legendario baúl con los papeles de Carlos Segismundo von Greiff (otro de los nombres del poeta), la bibliografía, los cientos de documentos plagados de anotaciones. Aparecen también unos cinco mil discos con su nombre escrito a mano y, en suma, las claves que faltaban para entender la mente de quien tanto hizo por las escrituras contemporáneas.

—¡Era el archivo tetramultidimenciopiramidal del que hablaba De Greiff en sus libros! Ahí estaba todo ese misterio desparramado ante mis ojos.

Sí, él lo había perseguido, se había ganado la confianza de la mujer y lo había conseguido. El tarambana ese. En quince años, la señora no había tirado a la basura aquel botín. Lo que ni la familia ni las instituciones se preocuparon por hacer lo había hecho ella. El poeta y las putas moxinifándose. Cabarcas pensó en ese instante en arrodillarse pero al final no lo hizo.

***

El pez cirujano azul ni se inmuta en su remolino de agua y luz artificial cuando pego mi nariz a la pecera de Atunes. Yo no sabía que en los prostíbulos podía haber peceras como en los restaurantes chinos. Pensaba que solo se trataba de una idea literaria: Gregorovius contándole a la Maga que odia las peceras porque hace tiempo, al pie de la cama de un prostíbulo, había un acuario maravilloso y los peces pasaban y pasaban, incluso uno negro y grande que pasaba como la mano de la prostituta pelirroja por sus piernas, subiendo y bajando, enseñándole otra versión del amor, «la repetición al infinito de un ansia de fuga, de atravesar el cristal y entrar en otra cosa». Y la Maga diciéndole que qué más da, si los peces ya no quieren salir de la pecera porque nunca tocan el vidrio con la nariz. «La nariz como límite del mundo».

Doña Ramona es el pez gordo de esta pecera. Tiene una extraña forma de ser la jefa, la Madame del burdel. Aunque debería ser millonaria viste humildemente, con una chompa de abuelita. No usa tinte para el cabello y tiene la media sonrisa de quien sabe demasiado. La abrazaría si no fuera porque debería tenerle miedo. Alguien me dijo que su arte consiste en tener en la misma casa y sin que nadie salga muerto, al político, al guerrillero, al narcotraficante y al banquero. Colombia entera cabe en Atunes. La mujer es tan pequeña que casi no se le distingue detrás de la barra contando los billetes que le dejan los clientes a espuertas. Cabarcas no es un cliente más, es como el hijo intelectual que nunca tuvo, el chico que llegó a su vida después de que al suyo lo mataran unos gánsters.

Un prostíbulo de día es fascinante. Atunes abre por la mañana y cierra a las 9 de la noche. Ahora mismo son las cuatro de la tarde y todas sus salas están copadas de tipos, algunos muy burgueses y vestidos de traje, tal vez en algún descanso del trabajo. Llevan de la cintura a las impresionantes trabajadoras del local como si fueran suyas. Ellas, que te hacen sentir a ti, mujer natural, como una cucaracha, y entender con repentina claridad por qué estos señores no están en ningún otro sitio. Nos sentamos en una mesa frente a la pecera y a la barra de *pole dance* y pedimos unas cervezas frías. Es más difícil seguir el discurrir de la mente de Cabarcas en medio de tantos estímulos visuales.

—Mira, esto es espectacular –me dice enseñándome la perfecta recreación de una tiendita de barrio dentro del burdel, donde una de las hermanas de doña Ramona vende chicles, cigarrillos, caramelos. La tercera

hermana se encarga de otra de las barras. Las tres son viejísimas, de otro tiempo, y tratan a Cabarcas como el muchacho al que quieren mimar. Son una asociación fuera de este mundo. Si no fuera por la foto que Cabarcas me enseña en el móvil no me creería que hace unos meses, doña Ramona y él viajaron juntos a la Laponia sueca, uno de los lugares donde vivió De Greiff, para un congreso de especialistas en su obra.

—Un mago lapón le entregó un talismán a doña Ramona: cuando pasó su mano antes de colgárselo, brillaron más de quinientas estrellas.

El clímax de esta unión serán las travesías culturales que Cabarcas ha dirigido y bautizado como «Moxinifadas de Gaspar», en honor a ese personaje de De Greiff. La exposición se montará dentro de un mes en el otro local de Doña Ramona, Kalamares, a pocos metros de Atunes y pretende ser, me dice Cabarcas, la soñada «edición» del archivo encontrado, en la que se desplegará toda su riqueza textual, musical, bibliográfica y urbana a través de intervenciones artísticas, lecturas y apropiaciones varias –desde las artes plásticas, el teatro, el vídeo, la cábala o la música– que revelen, quizá, también un modo de ser en la ciudad. Ocurrirá cuando se cumplan 120 años del nacimiento del poeta. Una modernés superponiéndose al oficio más viejo del mundo. Una intersección, un agujero negro en la línea del tiempo, casi como le hubiera gustado a De Greiff. Para esas fechas, el prostíbulo se vestirá de gala. Las paredes de Kalamares ya han sido pintadas y se ha reformado la hermosa escalera que lleva a las habitaciones.

—Un día le leí a doña Ramona la *Balada de la fórmula definitiva y paradojal* y le encantó: *todo vale nada / si el resto vale menos…* –recita Cabarcas. Doña Ramona no conoció al poeta, pero lo vio en un anuncio de la revista Semana de 1951, en el que dice ser amigo de la buena cerveza y que por eso toma «las polas» de Bavaria. Desde entonces lo sintió cercano y querido, y se alegró de haber comprado ese terreno donde había estado su casa.

Fue como alimentar al destino con comida para peces.

***

En este ecosistema subterráneo de flora y fauna, en esta recreación del sexo, del placer, del amor que es un prostíbulo, juraría que las chicas que trabajan aquí son las únicas que tienen branquias. Vestidas con minúsculas y ajustadas prendas de colores brillantes, respiran elevadas sobre todos los

demás, se mueven batiendo sus colas escamadas de un lado a otro de su mundo, dejando todo atrás, de mano en mano, de transacción en transacción, sin pegar la nariz al cristal de su pecera. Yo pego la nariz a sus curvas perfectamente operadas y decido que ellas son hoy el límite de mi mundo.

—¿Puedo entrar?

—Pasa pa' acá –me dice Doña Ramona, desde su púlpito en la barra, señalándome la entrada al vestidor de las chicas. Dos mujeres muy jóvenes se alistan para salir del burdel.

—¿Eres nueva? –me pregunta una.

—Tendría que operarme toda para que eso fuera verdad...

Me cuentan cosas, que una de sus amigas se ha enamorado de un cliente, por ejemplo.

—Yo sí me encapricho con algún cliente de vez en cuando, dice una.

—Yo solo me encapricho con el dinero, dice la otra.

Esta noche, cuando dentro de nada los Atunes cierre sus puertas, ellas irán a otro bar a seguir ganando dinero. La morena alta y divertida me pregunta si quiero venir de farra con ella y con su novio.

—Estas chicas están muy locas –me dice cómplice doña Ramona, contando más billetes.

Salgo con Cabarcas con dirección a Los Kalamares, el otro prostíbulo en el que se expondrá el archivo de De Greiff. Se nos ha unido más gente. Algunos amigos de Cabarcas. Nadie se mete con nosotros. Estamos bajo la sombra poderosa de Doña Ramona. A sus amigos se les respeta en las calles peligrosas. Ya la noche del sábado golpea fuerte en el barrio. Música ruidosa y cientos de personas buscando su lugar. Pero parece que nadie ha elegido Kalamares. El bar está vacío. Una de las hermanas de doña Ramona nos sirve unas cervezas. Cabarcas ha traído varias barajas del Tarot. Me enseña orgulloso que entre ellas hay un arcano colombiano, con iconos de este país y me pide que escoja la baraja que más me gusta. Yo tengo una sola pregunta que hacerle. Por sorpresa llega doña Ramona y se sienta con nosotros para hablar del archivo que ella salvó del olvido.

—Yo ya hice mi parte. Sabía que era algo muy valioso. Por eso les decía: no tengo nada, no tengo nada…

—¿Y por qué aceptaste mostrarlo al mundo finalmente?

—Por Hernando.

Cabarcas, el tarambana, se enternece al escucharla decir su nombre y responde a su manera:

—Doña Ramona es el mago de la baraja, la que maneja todas las conexiones de las líneas del universo. León de Greiff es el loco. Ella es el mago y él es el loco. Los dos han creado un arcano que no existía.

***

Elijo el tarot pagano. Cabarcas me hace escoger tres cartas. Y decidir, aún sin verlas, cuál representará el presente, cuál el pasado y cuál el futuro. Al voltearlas, veo que en la primera, la del presente, hay una chica muy guapa escribiendo bajo un árbol. Me dice el mago que es el diablo de la baraja. Me asusto. Las otras dos me dan más miedo. Pero él me tranquiliza.

—Mira –me dice– la carta del medio es tu presente, es la resistencia, el tiempo de la creación. Si quieres dibujar un bambú tienes que vivir rodeada de ellos, es así de simple. La de arriba es la carta del futuro. Hay dos personas y cinco copas. Las dos que lleva el hombre en la mano son tus hijos. Las copas vertidas representan la abundancia, no el desperdicio. Los tres fluyen, los otros dos dan la estabilidad. Una mujer cuida el movimiento. El hombre, el orden. La última carta, que parece tan terrible, con ese corazón atravesado por tres espadas es la del pasado. Quiere decir que eso en rigor ha quedado atrás. El presente y el futuro pueden cambiar el pasado.



No sé si es el alcohol pero cuando acaba de leer las cartas, abrazo a Cabarcas. «El presente y el futuro pueden cambiar el pasado». ¿Qué quiere decir eso? ¿Que si seguimos esta loca línea temporal, entonces nunca habremos sido infelices? ¿Todo será un continuum de gozo? Repito la frase hasta entenderla o, mejor dicho, hasta casi dejar de intentar entenderla. Solo permito que viva en mí como una respuesta a algo que ni siquiera he preguntado. Como una moxinifada. Como una profecía.

***

Kalamares agoniza. Dejamos a doña Ramona y salimos al fresco en busca de otro bar más poblado.

—Tengo el pálpito de que me voy a ganar la lotería de Bogotá –anuncia de pronto Cabarcas–. Mi abuelo se la ganó tres veces. También de que las travesías en homenaje a León de Greiff y a Bogotá serán un éxito.

En el último bar está la fiesta. Hay prostitutas por todas partes y grupos de jóvenes desatados. Cabarcas, que no pierde ocasión de lanzar citas cultas aún en medio del *berraqueo*, recuerda una frase de Alan Deyermond: «el problema de todo medievalista es pensar que detrás de cada columna hay un símbolo... Eso es tan problemático como que el medievalista no lo suponga». Me parece una frase muy exacta para esta travesía simbólica, para esta ouija con un muerto célebre, para este ritual hechicero. Y pienso una vez más en la pecera de Atunes. Si la miras fijamente alucinas que los peces escapan del agua al aire. Peces que se hacen pájaros de golpe y sobrevuelan el firmamento color chicle del burdel. Pero si despegas la nariz del cristal y la diriges hacia otro lado, el burdel entero podría confundirse con una enorme pecera que nos contiene como se albergan raras formas de vida. El mundo, entonces, sería el verdadero prostíbulo, y nosotros esas criaturas engañadas que la gente mira pasar y pasar detrás del cristal.

Pedimos una botella de aguardiente y a cambio una prostituta viene a nuestra mesa, se soba contra nosotros, a mí me empuja contra sus tetas y pone el culo en la cara a Cabarcas antes de que él termine de decir:

—Doña Ramona, el equipo de investigadores tarambanas y yo llevaremos a Korpilombolo la tina del poeta para cargarla de la energía boreal y la descongelaremos en el Barrio Santa Fe en junio de 2016, así desencadenaremos y fortaleceremos los vínculos de esta ciudad letrada con la vida y la alegría.

La noche, *definitiva, agorera, bruja*, moxini-fándonos.

JUAN BONILLA
(JEREZ DE LA FRONTERA, 1966)



Foto: © Alberto Sierra.

Es autor de los libros de relatos *El que apaga la luz* (1994), *La compañía de los solitarios* (2000), *La noche del Skylab* (2000), *Je me souviens* (2005), *El estadio de mármol* (2005), *Basado en hechos reales* (2006) y *Tanta gente sola* (2009), Premio Mario Vargas Llosa NH de relatos 2010 al mejor libro publicado en 2009. Como novelista destacan *Nadie conoce a nadie* (1996), *Cansados de estar muertos* (1998), *Yo soy, yo eres, yo es* (1998) y *Los príncipes nubios* (2003), galardonada con el Premio Biblioteca Breve 2003 y que ha sido traducida a varios idiomas, entre los que la traducción francesa mereció el Prix littéraire des Jeunes européens 2009. Sus últimos trabajos son la novela, *Prohibido entrar sin pantalones* (Seix Barral, 2013), un texto radical sobre V. Maiakovski, ganadora del I Premio Bienal Mario Vargas Llosa a la mejor novela publicada en español en los años 2012/2013. Y el libro de relatos *Una manada de ñus* (2013).

UN CISNE PATINANDO SOBRE UN LAGO

EL BARRIO DE SANTA FE, más allá de la avenida Caracas, se convierte en un perfecto refugio para zombies. Todo el barrio mantiene aquí y allá la limpia elegancia que hace unas cuantas décadas lo reconocía como uno de los barrios altos de Bogotá. Lamentablemente ni en América ni en España se ha contagiado la costumbre inglesa de colocar un sello azul en las fachadas donde vivió una eminencia de las letras patrias: si esa costumbre se nos hubiese inyectado a los de habla española, el barrio Santa Fe sería quizá el barrio con más sellos azules de toda América, pues en él se instalaron en algún momento del siglo XX desde poetas, hoy olvidados, que consiguieron que sus efigies pasaran a los billetes, hasta novelistas muy leídos en su época y a los que ahora no leen ni sus herederos. Allí vivió hasta su muerte el ensayista y poeta Mario Andrés Trujillo, cuya populosa obra yace encerrada en docena y media de volúmenes que suelen verse a menudo en los mercados de pulgas de Usaquén y del centro, y en templos del libro usado como La Torre de Babel, San Librario o Merlín. Es uno más de la interminable cabalgata de fantasmas que desfila por libros como *Diccionario de Autores Latinoamericanos* de César Aira, donde comparece con un peso de doce líneas, y en el *Museo de la Poesía Colombiana* de Germán Espinosa, donde engorda hasta alcanzar los veinticinco renglones. Heredero del modernismo de Silva y de Guillermo Valencia –a quien antologó en un libro escolar–, su poesía, a pesar de haberse escrito a mediados de los sesenta y comienzos de los setenta, parece haber sido concebida y ejecutada en los días más tormentosos de finales del XIX, cuando todavía era posible conseguir absenta sin más esfuerzo que pedírsela a un camarero. Pero no es la obra poética –y menos la ensayística, dedicada a autores aún menos conocidos que el propio Trujillo con la salvedad de Porfirio Barba Jacob, a quien dedicó un libro de delicado impudor– lo que aquí nos interesa, sino un particular capítulo de su

biografía. Cuando ya en el crepúsculo de su vida Trujillo, aplastado por la soledad, comprobó que no había manadas de aprendices de poeta que fueran a visitarle en pos de ánimos, consejos o referencias, y los nuevos redactores-jefe de los periódicos no se sabían su teléfono de memoria para pedirle necrológicas de sus compañeros de generación u opiniones sobre algún tema de actualidad, dejó que el olvido hiciera su trabajo y lo fuera anegando: enmudeció la prosa y el verso, dedicó –viudo y sin hijos– sus días a la tarea de releer, pasear e ir al cine, archivó sus diarios prohibiéndose abrir un nuevo cuaderno donde derramar sus cuitas, y fue testigo mudo de cómo su barrio de siempre iba alojando nuevos inquilinos, salas de fiesta, whiskerías, burdeles que lo hacían pasar de barrio alto a zona de peligro: las peleas nocturnas se fueron haciendo cotidianas. Zona de tolerancia, empezó a llamársele, pues allí se permitía el comercio sexual toda la madrugada. En la parte más segura se alistaban locales que pronto ganaron harta fama por la belleza de sus prostitutas: eran sitios caros para turistas que quisieran probar lo muy hambrienta que era la noche bogotana, lo carnívora que era. Conforme te adentras en el barrio se va pudriendo el paisaje de casas señoriales reconvertidas en locales y empiezan las paredes cariadas, los socavones en el piso, los cuerpos ofrecidos en esquinas y portales. Trujillo vivía allá dentro del caldero: en poco tiempo, y a una edad en la que el cuerpo no le permitía muchas algarabías, vio cómo se transformaba la fisonomía del barrio. No dejó dicho nada de esa decadencia porque o se le había agotado la labia del todo o lo que tuviera que decir no encontró sitio donde pronunciarse.

Sin embargo sabemos que esa apresurada transformación del barrio acabó alegrándole la vida y poniendo a prueba la eficacia de su bondad. Empezó a encontrarse en sus paseos matinales con algunas criaturas venidas de no sabía muy bien qué extraordinario planeta: los maricas (así se les llama de manera terminante en Colombia a los travestis). La mayoría de ellos era muy joven, mostraban en el rostro los azotes de una noche de trabajo que tenía que alargarse unas horas más hasta que la fatiga los venciese, y en las miradas fijas la promesa de una amenaza que al poeta Trujillo debió parecerle excesiva. Tal vez envidiara en aquellas caminatas a Barba Jacob, a quien se sabía de memoria. Sea como fuere no quiero inventar nada, no quiero siquiera imaginar qué pensamientos le galoparan la cabeza a Trujillo mientras comprobaba cómo iba cambiando el paisanaje de su barrio. El testimonio del que dispongo es de Marisa, cuyo rostro ajado

apenas conserva los rasgos encantadoramente asiáticos que lució en su distante juventud. Marisa hace mucho que no ejerce, de hecho se retiró de la calle justo después de que empezara a visitar a Trujillo. Para qué te vas a ir si mañana temprano tendré que buscarte otra vez, le dijo una madrugada. Y se quedó en la casa del poeta Trujillo. No tenía mejor sitio al que ir, el único sitio al que podía volver era un piso de la zona habitado por siete maricas, casi todas ellas con sus maridos (llaman así a sus chulos). Las habitaciones del piso eran a menudo también lugar de trabajo, cuando no se solventaba el negocio en plena calle o en alguno de los hotelitos de ocasión que empezaban a abundar en aquellas cuatro o cinco cuadras. De hecho, pensó Marisa, y se sinceró al expresarlo así sin ceder a la tentación de guardarle respeto a la memoria de Trujillo, lo que pensó la primera vez que entró en la casa de Trujillo fue: ¡qué sitio tan perfecto para el negocio! No hubiera sido la única casa noble del barrio que, vendida por sus dueños después de la depauperación del barrio, antes de que fuese a peor, se había trastornado en burdel. Lo segundo que pensó cuando acompañó al anciano al salón en el que la hizo entrar fue: qué cantidad de libros. Para darle conversación le preguntó si los había leído todos y Trujillo le respondió que algunos dos veces y algunos nunca.

Es difícil saber si Trujillo se enamoró perdidamente de Marisa, como sostiene Marisa, o si, acuciado por el deseo, decidió probar y luego se dejó conmover por la historia de Marisa, o si, sencillamente ablandado por las propias peticiones de Marisa y a sabiendas de que se le agotaba el tiempo se dijo sabiamente, muy sabiamente: mejor mal acompañado que solo. Por otra parte, ¿por qué mal acompañado? Lo mejor era probar. Ningún cura iba a aprobarle que acogiese en su casa magnífica a un marica de la calle, ningún amigo le aplaudiría el gesto magnánimo, tal vez incluso le avisaran de que con un marica de la calle viene siempre adjuntado un chulo que iba a romperle las piernas casi sin entusiasmo, sólo para dejar claras las cosas. En cualquier caso, la versión de Marisa nos dice que Trujillo se enamoró de ella. ¿Cómo si no iba a cometer la locura de pedirle que fuera a resguardarse de la intemperie temible de Santa Fe en su casa llena de libros y silencio? Yo era un auténtico bellezón, me dice Marisa, en el salón de la casa de Trujillo, donde ya apenas hay libros. Y busca en un cajón de un mueble unas fotos que autentifiquen su opinión. Y su opinión queda autentificada (la cortesía impide al visitante decirle: no eres tú, pero no impide que se nos clave la extraña certidumbre de que en efecto se ha

agenciado fotos de un bellezón de hace treinta años y ha conseguido engañarse a sí misma a base de decirse: ay, qué guapa era yo).

Desde que he llegado a la casa del poeta Trujillo, a una hora lo suficientemente prudente como para que no se me malinterpreten mis pretensiones y eficazmente anunciado por el amigo que me habló del lugar y concertó la cita, me ensucia la impresión –aire pegajoso– de que Marisa sabe que soy un impostor, que no estoy escribiendo nada sobre Trujillo, que acaso ni siquiera sea periodista sino un mero cazador de lugares excepcionales. Y un burdel librería es un lugar excepcional, aunque ya casi no es librería. De alguna manera, me convenzo, ella sabe que Trujillo no sobrevivirá, que ninguno de sus poemas aguantó vivo más tiempo de lo que llegó a vivir él, que toda su fortuna literaria, si es que hay alguna, radica en el hecho de haberla acogido aquel día ya lejano en el que ella era un bellezón, quería escapar del piso compartido con tantos maricas y sus chulos, y consiguió atraer su atención, prendarlo. Claro que todo esto me lo formulo mientras recibo la mirada de Marisa, como a la espera de alguna pregunta, de que haga algo propio de un periodista, sacar una grabadora, una cámara, un cuaderno. Qué pocos libros, digo, y es todo lo que digo, con unas raras ganas de ir a la ducha y quitarme la sensación pringosa que me irrita la piel.

Fueron cayendo de a poco, me dice ella, y se echa a reír. Claro, continúa, aquí no es el negocio principal, no reponemos ejemplares. Pero la risa sigue. Una risa mala. Casi impostada. Me hace sentir mejor, menos impostor. Creerá su merced, me dice, que casi todos los libros que quedan son libros del pobre Trujillo. Y multiplica la risa y pido permiso, me levanto, voy a la estantería, miro, y es verdad, casi todos los volúmenes son ejemplares de olvidados libros de Trujillo. Le pregunto si alguna vez leyó alguno de los libros de Trujillo. Ay, no, su merced, no he leído ni la Biblia, y sin haber leído la Biblia, cómo iba a leer algo más. Como propina me cuenta que Trujillo sí le leía cosas a veces. Eran bonitas, me dice, como boleros: me gustaba pensar que me los había escrito a mí, pero ni se me ocurrió preguntarle si los había escrito antes de conocerme o después, me dice. Pruebo a abrir un volumen de los que se alinean entre los pocos que ya quedan en el salón de la casa, pero no tengo suerte: es un poema torturado sobre los trancones de Bogotá.

Tratando de averiguar cómo empezó a funcionar la cosa pude hacerme una idea: Trujillo acogió a Marisa, dice ella que estaba prendado, pero no

insistí mucho en ese punto. Duró poco de todas maneras. Un infarto. Podía haber sido otra cosa, una neumonía, un carro en un paso de cebra, pero no: un infarto. Es la versión de Marisa. Otras versiones –porque en esto sí puedo obtener otras versiones– me dirán que sí, claro, murió de un infarto... como aquel al que le cortaron la cabeza: el corazón se le paró seguro. No es que las otras versiones asegurasen que a Trujillo el poeta le cortaran la cabeza: se limitaban a decir que no fue un infarto la causa de la muerte, que el poeta Trujillo ya andaba malo desde hacía tiempo, arrastrando su tristeza y su perplejidad, perplejidad por la ausencia de su mujer, por el silencio de su público, por la falta de ánimos de la afición en general. Al decir taxativamente que una tarde le dio un infarto y se murió, Marisa casi invita a que le pregunte en que situación estaba en el momento del ataque, como para poder responder con un gesto que dejase claro la postura que practicaban aquella tarde. Pero no pregunto, porque a lo mejor dice que se murió de un infarto porque se murió de un infarto. Lo cierto es que lo había dejado todo arreglado antes, con lo que es fácil deducir que si fue de veras un infarto repentino, Trujillo se esperaba el infarto. A lo mejor su ritmo de vida, la algarabía de su vida últimamente, le dio pistas, le hizo saber que así no iba a durar mucho, que mejor arreglar los papeles cuanto antes y luego de arreglados ya podía seguir haciendo ejercicio hasta el infarto. Le dejó la casa a ella, a Marisa. Una casa con diez mil libros, dos pisos, gran salón, siete habitaciones, tres cuartos de baño.

Marisa empezó a acoger a algunas amigas que querían huir de sus chulos o de la mera intemperie o de los encuentros peligrosos en las calles del barrio. Acoger es mucho decir: en realidad les alquilaba los cuartos y les permitía que ejercieran. Pero a menudo iban clientes que al ver la biblioteca en el salón y después de calmarse las ansias, decidían quedarse a mirar los libros un rato, encontraban alguno que les interesaba, pedían precio y Marisa daba un precio, casi siempre el diez por ciento de lo que les había costado el polvo, un poco más si el libro era gordote.

La voz empezó a correrse entre bibliófilos y coleccionistas y libreros de la ciudad. Allí había una mina. Cuando me llegó el primer tipo que no venía a por ninguna de las niñas sino a mirar libros y comprarlos, me dije: a ver si he estado regalando oro y no me he enterado, me dice Marisa. Pero ya qué iba a hacer una, tampoco tenía modo ni tiempo de ponerme a averiguar qué precios ponerles a los libros, y hasta había pensado quitármelos todos de encima de una vez para aprovechar las paredes y arreglar el salón, continúa.

Es difícil decir qué libros había en la biblioteca del poeta Trujillo, porque muchos de los clientes que los compraron en casa de Marisa, después de visitar a una de sus chicas, no prestarían testimonio ni aunque les condecoraras por hacerlo: negarán mil y una veces haber estado en esa casa, y si hallas entre sus libros un volumen con el exlibris del poeta Trujillo –un cisne patinando sobre un lago– te dirán que lo encontraron en Merlín o en La Torre de Babel, que a esos establecimientos fueron a parar los restos de la librería de Trujillo, que no tienen idea del burdel de Santa Fe. Y es verdad que en esos establecimientos de libro viejo se encuentran de vez en cuando volúmenes con el ex-libris de Trujillo. Marisa lo explica eficazmente: algunas chicas, al saber que los libros tenían algo de valor, cogían de vez en cuando unos cuantos libros para cuadrar cuentas, los llevaban a los libreros de viejo del centro y conseguían unos billetes sin que yo me enterara.

Poco a poco fue desapareciendo la biblioteca de Trujillo del salón del burdel de Santa Fe. Unos días caían tres o cuatro volúmenes, otros diez o doce. Dependía. Hubo una época en la que venía mucho estudiante, me dice Marisa, fue una buena época para todos, tanta juventud interesada en los libros y en los cuartos de arriba, ya no es tan así. Y suelta otra vez su risa impostada y precaria. Nunca llevé la cuenta de cuántos libros vendimos ni de cuánto dinero le sacamos a la venta de los libros, pero lo que queda es eso que ve ahí, unos cuantos libros del pobre Trujillo, mi hombre, mi salvador, me dice. Y esta vez no se ríe, se limita a sonreír. Una sonrisa bonita y niña que me hace creer que de veras, hace años, cuando se cruzó con Trujillo, fue un auténtico bellezón.

LUIS FAYAD
(BOGOTÁ, 1945)

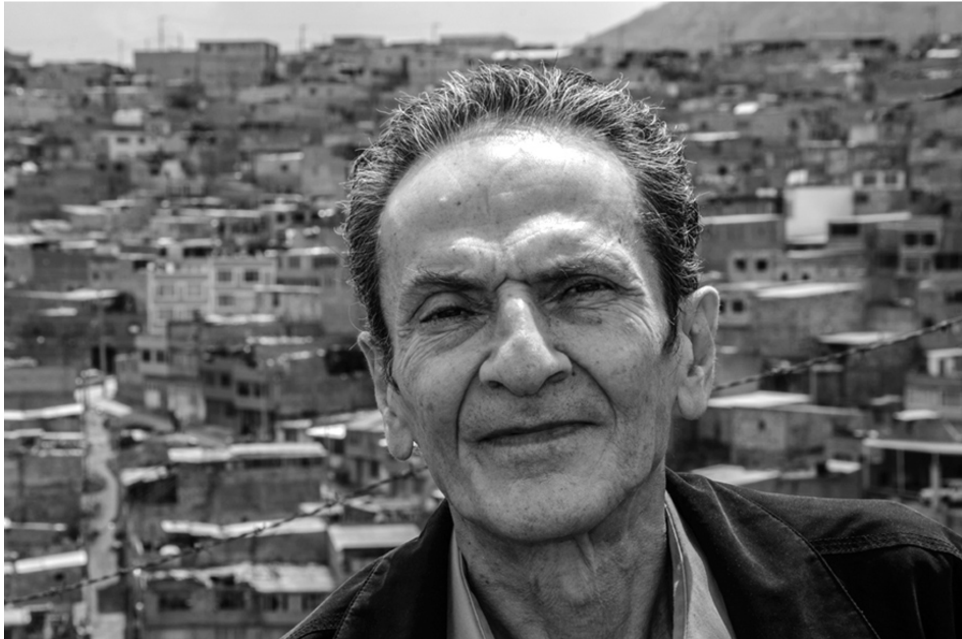


Foto: © Alberto Sierra.

Estudió en la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional.Salió de Colombia en 1975 porque quería vivir en París. Ha vivido también en Barcelona y vive actualmente en Berlín, donde fue invitado por la Academia Alemana de Intercambio Cultural en 1986. Ha publicado las novelas: *Los parientes de Ester* (1978), *Compañeros de viaje* (1991), *La caída de los puntos cardinales* (2000), *Testamento de un hombre de negocios* (2004) y *Regresos* (2014) y los libros de cuentos *Los sonidos del fuego* (1968), *Olor de lluvia* (1974) y *Una lección de la vida* (1984). Ha trabajado también como guionista para teatro, radio y televisión, y como periodista y traductor del francés y del alemán. Es profesor universitario y conferencista académico, tanto en Colombia como en Alemania.

Recuerdos de una guía turística de Bogotá

Al salir de una reunión de amigos, uno de ellos se ofreció a llevarme a mi casa en su carro. Yo, preocupado por el desvío que tuviera que hacer para ir después a la suya, le pregunté que dónde vivía. Me dio su dirección, en un barrio del norte, de esos que a veces resultan incómodos por la distancia que los separa de los sitios que algunos frecuentamos, cafés, centros culturales y casas de otros amigos. Le dije que si viajaba por tal avenida llegaba rápido al centro o al menos no se demoraba mucho cuando tuviera que hacer diligencias de su trabajo, y él me contestó que hacía tres meses no iba al centro.

Otro amigo, con quien solíamos encontrarnos en alguno de los metederos de la carrera séptima, me puso una cita en Chapinero: «El centro está jartísimo», me dijo, «yo no he vuelto por allá». Y otro me dijo: «Ya no hay nada que hacer en el centro».

Decayó el centro para esos encuentros con cita fija o espontáneos, que no eran casuales. Se buscaba la espontaneidad y el azar calculado. Había sitios de tertulia al atardecer y avanzada la noche y entre todos creaban un ambiente, un modo de ser. Eso es lo que a muchos ya no les ofrece el centro, un modo de ser, y no porque el sector se haya deteriorado. El centro nunca ha sido una ruina como han llegado a serlo otros barrios de Bogotá. Los desertores de la carrera séptima no encuentran el momento que vivían cada día como parte de sus horas cotidianas. El aspecto urbano de edificaciones no ha cambiado, lo que lo hace distinto es el transeúnte que lo ocupa.

El amigo que hace tres meses no va al centro es una muestra de cómo se han multiplicado las sucursales de las sedes de trabajo en otros barrios de la ciudad. Bufetes de abogado, notarías, agencias de seguros, oficinas de correo y de servicios municipales y sitios de funcionamiento de negocios

privados, asesorías para tramitar documentos, editoriales y nuevas empresas de los oficios que crean los tiempos modernos.

Otro amigo encuentra que el centro está jartísimo y otro ya no sabe qué hacer allá. Ya no son los *flaneurs* que van a echarse un septimazo, a saludar agitando el brazo en alto a los conocidos que pasan por su lado y a detenerse a charlar un rato con los amigos o ir con ellos a un café. A los antiguos caminantes de la carrera séptima los trasladaron a sitios en que el centro les quedó como un recuerdo. Antes funcionaban en un solo edificio todos los ministerios que albergaban a miles de empleados, los cuatro periódicos de la capital tenían sus salas de redacción separadas una de la otra por no más de trescientos metros y los estudios de la televisión y de las emisoras de radio quedaban en el centro. Al terminar la jornada de trabajo, el programa que llenaba el día para los empleados públicos y los periodistas era darse un paseo de unas cuadras y entrar en un café a hablar de política y de la vida cultural del país y a contarse secretos de las celebridades de la sociedad. De todos ellos quedó el residuo de los que se sienten desplazados, absorbidos por un tumulto de comerciantes, vendedores ambulantes, compradores y buscadores de trabajo de otra índole, al lado de gente inexplicable. Estos son los intrusos que deslucen los paseos de los clásicos, son los que no entienden, los profanos y los herejes que contaminan el aura de las viejas ceremonias.

Bogotá está influida por los cambios urbanos del mundo. Aquí también llegaron las revoluciones, no las de grupos armados que se proponen derrocar un gobierno sino las de las liberaciones, la de las mujeres, la de los negros y la de los homosexuales. Los marginados ganaron el derecho a ocupar un puesto respetable en la sociedad. Los hombres aprendieron a cocinar y a manejar la lavadora eléctrica y las mujeres a desempeñar trabajos distintos al de ama de casa. Las mujeres en la política ya no les dan risa a sus opositores sino miedo y las escritoras ya no producen desprecio sino envidia.

El progreso, entendido como la comprensión de una buena calidad de vida, llegó al centro con otros dominios de los días corrientes. En la Candelaria, cada vez que recorro mis viejas calles, veo las casas coloniales a las que se les ha dado otro uso, además del de viviendas, y muchas, que habían sido abandonadas, con reformas que de nuevo las hacen habitables. Abundan los restaurantes de comida rápida, lo que no quiere decir de mala calidad, contiguos a los más refinados, también de comida colombiana con

innovaciones de otros países que aparecen en las guías turísticas. Las calles con su continuo paso de gente durante el día no dejan de ser igual de concurridas durante la noche. El lugar que ocupaban los clientes de los almacenes de comercio, de los restaurantes y de los que van a hacer gestiones burocráticas o privadas, le pertenece después al público interesado en actos culturales. Para ellos hay otras casas de reunión, también dignas de incluirse en una guía turística.

En La Candelaria ha aumentado el número de centros de recreación artística y han prosperado sus actividades. Cada día se puede ser espectador de lecturas de cuentos y poemas, conferencias, mesas redondas, presentación de libros, obras de teatro, talleres de escritura y sesiones de música. Son salas distritales o privadas, como las que tienen las universidades del país. Se reúnen estudiantes, jóvenes trabajadores y veteranos que despliegan una humanidad interior vigorosa y hacen sentir una inquietud intelectual.

Son las impresiones que se me van formando en mis visitas a Colombia. Amigos y periodistas me preguntan por los cambios que he notado con el tiempo. Yo no dejo de visitar Bogotá y otras ciudades de Colombia por mucho tiempo y sus cambios no me asombran, como les sucede a los que dejan pasar años antes de venir de vacaciones o para intentar el regreso. Desde hace mucho en lo que más insisto es en la sorpresa que me causa la cantidad de clases sociales en que se divide Bogotá. Desde su fundación, como lo he dicho en otras partes, los barrios de Bogotá eran más homogéneos y su relación, si no era de acercamiento completo, no hacía presentir el ambiente de conflicto que se vive ahora. Ya no hay barrios sino islas, unas son las de la pobreza, otras que están más abajo de la pobreza, otras las de la abundancia y otras que están más arriba de la abundancia. Una escala de contrastes que conduce a la enemistad.

Me pidieron que definiera a Bogotá en una frase y yo dije algo que me parece ingenioso pero a lo que no le encuentro un sentido claro y que debí haber oído o leído en alguna parte: «Una ciudad en la que pasa de todo y no pasa nada». Para acomodarla en este texto recuerdo los oasis de Bogotá para disfrutar con la tertulia de los amigos. Barrios con calles y casas en buen estado, en los que funcionan restaurantes de menús surtidos, vinos y licores. En su ambiente el mejor lujo es el buen gusto, y si en la charla no se toca el tema social, nada hace pensar que en los alrededores o a la salida, frente a la puerta, están los que no pueden gozar de ese entretenimiento, los

empleados que en los últimos días del mes, a la espera de que les paguen el sueldo, tienen que pedir prestado para ir a la tienda, y los que en la penuria acuden a la delincuencia de la calle, de la que muchas veces no obtienen lo que les ayude a pasar el día. Como en tantas ciudades del mundo, la inquietud y el ajetreo son el principio de que pase de todo, pero con unos movimientos sociales reprimidos a la fuerza e inmovilizados por sí mismos, en un retraso que hace que no pase nada.

Contemplando la ciudad en un solo plano no acaba de convencer la definición de que en el centro da miedo, en el sur lástima y en el norte risa. Va por tramos en cada sector. Las pretensiones risibles de las viviendas del norte de ofrecer el estrato social más alto con el que se le hace fieros a los otros barrios, aprovechadas por la especulación inmobiliaria que sabe cómo timar por medio de la vanidad, están combinadas con zonas verdes, centros culturales, bibliotecas y librerías, que también existen en el sur y alivian el pesar de los deficientes servicios y los barrios empobrecidos, y se combinan con el cuidado que hay que tener en las horas de la noche al transitar por el centro, con un temor que en los últimos años no es prerrogativa de sus calles porque se ha extendido a muchas otras.

En mi último viaje a Bogotá visité otra vez algunos de esos lugares, conocí otros nuevos y comprobé que en Colombia el público de actos literarios y artísticos es entusiasta y numeroso. Escucha con atención y participa con preguntas y con sus propias opiniones. Cuando supe que el fin de mi invitación era ir a varios barrios y presentarme ante públicos diferentes, pedí que uno fuera el de Ciudad Bolívar. Yo había estado allá una sola vez, por conocer ese barrio de Bogotá poblado por millones de habitantes que se habían ido instalando en los cerros por medio de la invasión de terrenos. Gente sin techo y desplazados que construían sus casas con materiales que sobraban de las obras de otras partes. Ahora los terrenos se negocian, los antiguos dueños les ponen precio y los nuevos saben de trámites de compra y venta.

La segunda vez estuve en la Biblioteca Pública Arborizadora Alta. Un salón grande y bien ordenado. La reunión era con los niños de una escuela. Me recibió la maestra Myriam Buitrago, una de esas mujeres que aman su oficio, de las que debería haber en todas las ciudades, los pueblos y las aldeas del país, de las que saben formar a los niños con conocimiento y amor dentro de la honestidad y la honradez. El público era de unos veinticinco niños entre doce y trece años. Yo les dije que había venido

porque quería conocer ese barrio que hacía parte de mi ciudad, que quería hablar con los que vivían ahí, que mi intención no era reunir información para escribir una crónica con la que yo ganara plata y ellos no ganaran nada, y les hablé de literatura y de mi oficio de escritor. Mientras les hablaba sentí en mí la mirada de los niños, su viveza, su participación y su emoción por lo que oían, y los vi tomando apuntes.

Cuando terminé de hablar, la dulce maestra les dijo a los niños que podían hablar conmigo, que me hicieran preguntas. Uno de los niños me preguntó que cómo hacía yo para inspirarme. Esto me dio oportunidad de repetir lo que ya he escrito en otra parte, que la inspiración es el momento en que uno concibe lo que va a escribir, el segundo en que a uno se le ocurre el cuento, la novela o el poema, y que después la inspiración no existe, que lo demás es el trabajo. Le pregunté si a él le gustaba escribir. Me dijo que sí pero que todavía le quedaba muy difícil. Yo le dije que escribir literatura siempre es difícil y que lo único que hay que tener es ganas y estar dispuesto a pasar muchos trabajos. Él afirmó con una seriedad que parecía que me daba las gracias sin saber que me hacía pasar vergüenza.

Una de las niñas me hizo recordar esos dilemas que vienen desde los tiempos de los papiros, de los libros de la antigua Asia, de la sabiduría China, de los precursores griegos que combinaron como estructura el pensamiento con la palabra. Me preguntó si yo inventaba o imaginaba el tema de mis cuentos o si me basaba en mis experiencias o en algo que conocía. Le contesté con algo que alguna vez dije, que escribir es inventar lo que uno conoce. Ella quiso que yo fuera más claro y me preguntó si copiaba lo que veía y lo que me había pasado. Le dije que uno conoce una historia y que imagina las circunstancias que la hacen creíble. Ella se quedó pensando, afirmó e hizo unas anotaciones, pero tuve la impresión de que no escribía lo que yo había dicho sino lo que ella concluía y que era más preciso que lo mío.

Cuando terminamos la conversación la niña me pidió que les leyera uno de mis cuentos. La maestra tenía exhibidos en una mesa dos de mis novelas y uno de cuentos. Leí uno en voz alta y me sentí como el escritor que quiero ser, los niños me estaban escuchando.

Ese día obtuve una información sobre Ciudad Bolívar que sólo puede darla quien ha sido su habitante y todavía tiene relación con muchas personas, entre ellas parientes suyos. Las casas se están valorizando. En algunos sectores se nota un orden de barrio bien integrado, los servicios se

han innovado, crece el buen comercio y lo que parecía desperdicios se va renovando. A un tío suyo le ofrecieron millones por su casa, lo que puede ofrecerse en un barrio de mejor prestigio, y él no la quiso vender, está esperando que los precios suban. Lo triste es que por ahí, donde el cerro fue limpio con todos los verdes, no se ve un árbol y por algunas calles no cabe más de una persona.

La visita a Ciudad Bolívar me hace acordar que en una ocasión pasada estuve en la biblioteca de otro barrio del sur contiguo a Los Laches. La sesión no era organizada para un público determinado y concurrieron de todas las edades, entre los doce años y los jubilados. Yo conté una anécdota que me sucedió en Barcelona sobre la invitación a participar en un libro de cuentos que transcurrieran en esa ciudad, y como yo no tenía ninguno con ese tema el antólogo me dijo que acomodara a Barcelona un cuento que transcurría en Bogotá. Yo me negué, le dije que para mí eso era imposible. Uno de los niños del barrio cercano a Los Laches quiso saber la razón. Yo me alegré de poder hablar de lo que pienso desde que empecé a escribir. Para mí una ciudad no es sólo su arquitectura, es el comportamiento de sus habitantes, y hacerlos actuar de acuerdo a su personalidad auténtica es lo que los hace universales.

Hablamos otro rato de literatura y al terminar la sesión un joven de unos dieciséis años, con una sonrisa que disculpaba su atrevimiento, me preguntó si podía leernos un cuento suyo. El cuento trataba de una mujer viuda y de sus tres hijos que vivían en una casa pobre, cada vez más arruinada. La madre trabajaba lavando ropa de otra familias y en el aseo de sus casas, pero como no era suficiente para mantener a la familia la hija mayor tuvo que dejar sus estudios y buscar un trabajo como mensajera en una fábrica. Ahora podían comer mejor, pero el sueldo era muy bajo y había días en que el mercado no era suficiente. En diciembre la hija recibió de la fábrica una prima de navidad y pudo comprar regalos para la familia y preparar una buena cena. A las doce de la noche la mamá y los dos hermanos menores vieron que a la hija mayor se le escurrían unas lágrimas. La madre le preguntó por qué estaba triste y la hija miró los regalos que les había llevado y le dijo que no lloraba porque estuviera triste sino porque estaba feliz.

El recorrido por Bogotá me llevó a Puente Aranda a participar en la reunión semanal que un grupo de pensionados lleva a cabo en la biblioteca del barrio. Hablé cuando pude, cuando me dejaron. Ellos tenían más

historias para contar. Una señora muy dinámica recordaba que a sus dieciséis años una muchacha podía ir sola a cine en Bogotá y salir a la calle sin la custodia de sus padres o de sus hermanos. Un hombre, sin nostalgia y con mucho humor, daba las direcciones de las buenas sastrerías y de los almacenes de sombreros donde se proveían los clientes. A veces hablaban entre ellos, dos al mismo tiempo, sin molestarse porque los otros no los oyeran con atención. Lo que querían era acompañarse, ayudarse a recordar y sentir que no hablaban solos. Para encaminar un poco el encuentro a sus propósitos literarios, leí dos páginas de una de mis novelas. La lectura dio motivo para que los jubilados volvieran a contar anécdotas de Bogotá y me dejaran a mí a un lado.

Además de las bibliotecas, fui a parar a universidades y a librerías regadas por la ciudad, donde se organizan lecturas y presentación de libros y tienen montadas cafeterías para los clientes y para los que quieran un rato de esparcimiento aunque no vayan a comprar. Aumenta el número de locales de libros nuevos y de viejo que desmienten que el libro de papel será sustituido por el electrónico y demuestran que lo consideran un complemento. Allí se recupera el espíritu de los antiguos libreros, de los que sabían de libros y se convertían en contertulios del comprador en temas de poesía, novela, cuento, ensayo, filosofía y ciencias del pensamiento humano. El trayecto por las librerías de esas cualidades merece incluirse en una guía turística de Bogotá. Nadie puede imaginarse en medio de esa atmósfera de alta intelectualidad, la cantidad de analfabetos que hay en Colombia y de niños y jóvenes sin posibilidades de recibir educación.

Una sesión en la Biblioteca Luis Ángel Arango nos dio oportunidad de hablar de los cambios en las diferentes generaciones de los narradores latinoamericanos y a destacar que las renovaciones en las historias y en el lenguaje están sujetas a los cambios en las relaciones de la sociedad, como las que se dan entre hombres y mujeres y entre padres e hijos, en las reformas de la educación y en las sorpresas de la política y de la economía. Otro diálogo de actualidad es el de las novelas que tratan de las inmigraciones a Latinoamérica, de la historia de los antepasados del escritor, del inicio de su viaje, de su llegada a otro país y de su integración en la nueva comunidad. El tema de estas novelas es cada vez más común en nuestro continente, que está poblado de los que conocemos como primeros habitantes y de viajeros de muchas partes del mundo.

En este regreso mío a Colombia no tuve oportunidad de salir más de dos veces de Bogotá y sólo a las cercanías. A Choachí, que queda al otro lado de los cerros, y a la hacienda de Yerbabuena, en la sabana, y los dos días fueron tan soleados que me trajeron recuerdos de mi niñez y de mi primera juventud. En esos años uno de mis programas era salir a los pueblos de tierra caliente, bañarme en los ríos y caminar entre la maleza. El trayecto duraba de dos a tres horas. Las familias y las parejas de jóvenes podían ir y volver el mismo día. Las personas que vienen de otras partes de Colombia y los extranjeros no caen en cuenta de esa atracción de Bogotá y si uno se las cuenta no la ven como una ventaja y no les interesa. En Choachí volví a sentir el calor de los pueblos de tierra caliente y a bañarme en las aguas termales. El amigo que me organizó el paseo me llevó a las tierras de Ubaque, al páramo medio, tierra de campesinos. No vi caballos. Mi amigo me dijo que habían sido reemplazados por motos. Nos detuvimos para pedirle a una campesina orientación de la carretera. En ese momento ella estaba hablando desde un celular y su voz era de disgusto. Un vecino debía ir a cuidar a su hijo y no llegaba a la casa. El niño no se llamaba Ricardo sino Richard, ella no se refirió al hombre por su nombre sino que lo llamó «el man» y no se despidió con un «bueno, sumercé» sino con un «okey».

En la hacienda de Yerbabuena, donde funciona el Instituto Caro y Cuervo, visité la sala de los incunables. Me presentaron a la mujer encargada de mantenerla en orden: «Ella se llama Custodia, es la que custodia los libros». Mi nueva amiga se puso unos guantes para pasar las páginas de algunos volúmenes que requerían de esa prevención y me dejó asombrarme ante lo que contenían. No sólo se veía el bien aprendido cuidado de su profesión sino su entrega espiritual mientras nos informaba de esos recuerdos que estaban a punto de hacerse polvo.

En la sala de los arduos trabajos a cargo del instituto me mostraron un tomo del *Atlas Lingüístico -Etnográfico de Colombia*, título abreviado en ALEC, una obra en marcha y monumental desde el solo tamaño físico, le calculo alrededor de un metro de largo por setenta centímetros de ancho. El trabajo lo comenzó Luis Flórez en 1950. Su misión es determinar y rescatar los vocablos con que se designan las cosas en las regiones grandes y pequeñas. En una parte se usa la palabra brisa y a su lado la palabra viento. Donde se usa la una no se usa la otra. El estudio del vocabulario abarcará cada punto del país y contemplará el mundo de la vivienda, de los medios

de transporte, del cuerpo humano, de la comida y de todo cuanto se puede ver, oír, palpar, gustar y oler.

Ese día pude contemplar y acariciar por primera vez el *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, la obra grandiosa que empezó a construir Rufino José Cuervo en 1872, a la que le dedicó treinta años, y que el Instituto Caro y Cuervo retomó en 1942 y concluyó en 1994. Leo lo que está consignado: ocho tomos, más de ocho mil páginas, nueve mil quinientas voces y alrededor de cuatro mil definiciones. Qué gran pesar sentí de no poder echarme al bolsillo esos libros y llevármelos a todas partes.

Me llevaron al galpón de la imprenta, dotado de máquinas viejas y nuevas. Había mujeres que cardaban y limpiaban hilos, los colgaban y los preparaban para la confección de nuevas obras empastadas a la antigua. Las nuevas máquinas no le quitaban el amor al trabajo y los viejos linotipistas les encontraban ventajas a los métodos antiguos. Si hay una errata al montar un libro, no basta con corregir la letra o la palabra errada, hay que cambiar el lingote. Uno de los linotipistas me dijo que a él le gustaba ese método de trabajo aunque los costos aumentaran, que al poner en la máquina lingote tras lingote y trataba de localizar las erratas, trabajaba y al mismo tiempo leía.

Rodrigo Hasbún
(Cochabamba, 1981)



Foto: © Alberto Sierra.

Publicó la novela *El lugar del cuerpo* y los libros de cuentos *Cinco* (2006), *Los días más felices* (2011) y *Cuatro* (2014). Le concedieron el Premio Unión Latina a la Novísima Narrativa Breve Hispanoamericana y fue parte de *Bogotá 39*, así como de la selección de «Los mejores narradores jóvenes en español» elaborada por la revista Granta. Textos suyos han sido traducidos al inglés, portugués y francés, y dos de ellos fueron llevados al cine con guiones co-escritos por él. Co-edita el proyecto *Traviesa* [www.mastraviesa.com].

Las palabras

1

Bucaramanga, *Aguachica*, *Popayán*. *Timbiquí*, *Cundinamarca*, *Pedraza*. *Buenaventura*, *San Juan Nepomuceno*. Al cronista involuntario la sonoridad de esos nombres le resulta maravillosa y los repite una y otra vez, en voz baja. ¿Dónde se originó cada uno de ellos? ¿De qué están hechos y, en general, de qué suelen estar hechos los nombres de lugares? ¿De expresiones indígenas, de alguna característica geográfica especialmente visible, de los restos de una historia decisiva, del apellido de quien los encontró o creyó encontrarlos? El cronista optimista piensa que hay una explicación para todo pero que lo difícil es llegar a ella, a las palabras que la contienen. Piensa también que una vida no alcanza para nada y que nunca visitará esos lugares de nombres tan bellos, lo que no le impide imaginarse viajes repentinos, huidas insólitas de uno o dos días. Maravillado como está, acercándose al fin a la solución de su dilema, el cronista incipiente sigue repasando el listado. *Tierrabomba*, lee. *Labranzagrande*, *Natagaima*, *Honda*. *Cabo de la Vela*, *Puerto Escondido*, *Guajira*. Encerrado en su habitación del hotel, lejos de todo, sonríe el cronista idiota.

2

Para entender su alivio es necesario retroceder, volver en el tiempo. Unos días antes llega a Bogotá. Lo han invitado a escribir sobre la ciudad, pero la ciudad es inabarcable y extraña y no sabe sobre qué escribir exactamente. Sus amigos colombianos (gente amable, piensa el cronista agradecido, gente alegre y generosa) le vienen sugiriendo temas. Para buscar algunos por cuenta propia, sale a caminar. Recorre calles y museos, se sube a bicicletas, escucha y piensa y mira, incluso entrevista a extraños que encuentra por ahí. Temas posibles, va anotando el cronista comedido en su libretita: la fingida o real huelga de hambre de los novilleros que lleva durando más de cincuenta días, los cafés y la tertulia bogotana y su

tradición, la entrañable figura del fotógrafo Sady González, la experiencia de la ciudad a pie. Finalmente, sin embargo, ninguno termina de convencerlo. Ay, piensa el cronista confundido mientras regresa a su habitación. Uf, piensa el cronista derrotado mirando desde ahí por la ventana, como una bestia en cautiverio, hacia Monserrate. Cagué, piensa el cronista catastrófico, nunca lograré escribir esta crónica porque nunca lograré siquiera encontrar un tema sobre el cual escribirla. Una hora después le toca participar en un conversatorio en el que le harán preguntas sobre su vida y sobre el desvencijado mundo de las letras, así que se obliga a despabilarse y se mete en la ducha y se cambia y abre la botella de vodka que ha comprado por la tarde en una licorería de la carrera séptima. Se emborracha el cronista silencioso, a solas se emborracha, para disolver su mudez. Se emborracha para que parezca luego, micrófono en mano, que tiene algo que decir.

3

Qué difícil huirle a la mirada del recién llegado, piensa una y otra vez en los próximos días el cronista recién llegado. Qué fácil prestarle atención a lo mismo a lo que le prestan atención todos los demás extranjeros, piensa el cronista extranjero. El clima oscilante, sí, y la presencia de las montañas, y los alucinantes grafitis que dimensionan la ciudad, y la estratificación y la violencia o la sombra o el recuerdo de la violencia. Para escarbar debajo de la superficie, piensa el cronista tembloroso, necesito más de una semana de estadía. Necesito meses o años, piensa el cronista inseguro. Poco después se entera casualmente del *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Colombia*, publicado entre 1981 y 1983. El llamado ALEC consta de seis tomos enormes en los que un grupo de dialectólogos se propuso cartografiar los usos del idioma en el país. Una empresa extraordinaria pero también imposible, piensa el cronista asombrado, que nunca antes había oído hablar de un empeño de esa naturaleza y magnitud. ¿Cuánto tiempo les demoró?, le pregunta esa noche a su amigo Juan Manuel, al que no veía hacía años y que ahora es decano del instituto Caro y Cuervo, la institución que financió el atlas. Veinticuatro años nada más, responde él sonriendo. Cuarto de siglo intentando fijar al monstruo movedizo del idioma, piensa entonces el cronista incrédulo, mientras su amigo lo pone al tanto de los pormenores de la empresa, cuarto de siglo en el que lo fijado corre el riesgo de ya ser obsoleto, o quizá justamente lo contrario. De nuevo a solas, el cronista

intrigado se pone a buscar en línea (en una Bogotá aérea, quieta) más información sobre ese proyecto descomunal. Surgen entonces los nombres de los lugares que los investigadores recorrieron entre 1956 y 1980, encuestando pacientemente a pobladores de esas regiones remotas o que al cronista ignorante le parecen remotas. *Codazzi*, lee. *Santo Domingo*, *Sabana de Torres*, *Guadalupe*, *Villacaro*, *Piedecuesta*, *Chaguaní*.

4

Temprano al día siguiente suena el celular que le han prestado al cronista dormido. Es Juan Manuel y ofrece llevarlo al archivo del Insitito Caro y Cuervo en Yerbabuena, donde podrá revisar el atlas además de conocer la célebre Imprenta Patriótica en la que se imprimió. Ya en al auto, acompañados además por el buen Alberto y su hijo Mati, se cae el cielo y las calles se inundan y Bogotá se transforma de un segundo a otro. El único que parece notarlo es el cronista alarmado, los otros siguen conversando como si nada, en ese momento sobre James, el nuevo héroe nacional. Una hora más tarde, al cronista intermitente lo fascina el paseo por la imprenta. El funcionamiento de esa maquinaria antigua multiplica exponencialmente su amor por los libros. Cada letra debe estar puesta en su lugar, cada una de ellas importa, y las palabras vuelven a tener un peso específico. El cronista atento entiende al fin cómo solían hacerse los libros, cómo se hacen todavía en algunas imprentas como esta. Después de armar las cajas y revisarlas y fundirlas, los grandes pliegos de papel se imprimen y compaginan y cortan, y luego las páginas se cosen y encuadernan, y todo puede demorar horas o días. Quiere llorar, el cronista sensible, quiere saltar de la emoción. Asiente nada más, mientras escucha lo que los trabajadores de la imprenta le explican. En el almuerzo la conversación sigue versando sobre James. El cronista fantasioso cree percibir que en todas las demás mesas del restaurante también hablan del jugador, aun cuando el mundial haya terminado hace ya meses. Tremendo muchacho, dice Alberto.

5

Por la tarde les toca ver el atlas, cuyos tomos están divididos temáticamente. El cronista puntilloso apunta el orden en su libretita, quiere dejar constancia de esa división precisa de las cosas que conforman la existencia o, al menos, una manera de entenderla. Tomo 1: *Tiempo y*

espacio. Campo. Cultivos. Otros vegetales. Algunas industrias relacionadas con la agricultura. Tomo 2: *Ganadería. Animales domésticos. Reptiles. Insectos. Batracios. Pájaros. Animales salvajes*. Tomo 3: *Familia. Ciclo de vida. Instituciones. Vida religiosa. Festividades y distracciones*. Tomo 4: *Vestido. Vivienda*. Tomo 5: *Cuerpo humano. Alimentación*. Tomo 6: *Oficios y empleos. Transportes. Embarcaciones y pesca. Fonética. Gramática*. El tomo que más le interesa a él es sin duda el quinto. Porque a menudo somos cuerpos nada más, piensa el cronista morboso para justificarse, cuerpos de procesos misteriosos, cuerpos de una fragilidad y una fortaleza en verdad notables. Levanta con esfuerzo la enorme cubierta del tomo y empieza a husmear. Ante todas esas formas de decir, el cronista entusiasta siente de pronto una felicidad desconocida, una felicidad que lo hace contradecirse y pensar ahora que es imposible ser cuerpos nada más, que también somos palabras (las que usamos para pensarnos a nosotros mismos, las que usamos para pensar a los otros) y la memoria que esas palabras hacen posible. Pero el cronista ingenuo no sabe cómo expresar lo que está sintiendo, así que permanece callado. A unos pasos, Alberto desenfunda su cámara y empieza a disparar. El cronista tímido hace como si no se diera cuenta.

6

Formas de llamarle al «miembro viril» a lo largo y ancho de la Colombia que esos investigadores atravesaron entera: pájaro, chimbo, mondá, picha, bíchiro, trompiliso, pija, tórtolo, miembro, güevo, paloma, don carlos, viril, pene, machete, quincha, verga, toche, juete, tomín, palo, bejuco, copa, chiche, plátano, pinga, pingo, polla, cabecipelao, pipí, naturaleza, garrote y pistola, y eso solo para comenzar. Formas de llamarle a la «vulva»: chocha, chucha, raja, arepa, cosa, pepita, jopo, pan, chimba, bizcocho, bizcocha, paloma, mico, papo, sapo, panocha, panucha, conejo, crica, coño, empanada, concha, polla, vulva, culo, papaya, panela, cuca, churumbela, tórtola, bisagra, cresta, y eso solo para comenzar. Formas de llamarle al acto de unir, por ejemplo, un plátano y un sapo o un palo y una papaya o a un don carlos y una cuca (y quizá también a una pinga y un pingo y a una chocha y una chucha, aunque eso no se especifique), es decir al acto de «realizar el coito»: culpar, comer, meter, jopiar, cohabitar, toroliar, coger, tirar, jalar, chuchar, montar, echar un polvo, pichar, joder, hacer güevo, y eso solo para comenzar. Formas de llamarle al resultado añorado tras la culpada o la comida o la jopiada, genéricamente conocido como

«orgasmo»: emoción, desarrollo, desarrollar(se), derramar(se), acabar, (la) piedra, sensación, cumplir, terminar, y eso solo para comenzar. Y así sucesivamente, durante cientos de páginas en seis grandes tomos que abarcan todos los temas posibles. Lo que esas formas de decir dicen de las formas de pensar y hacer de las gentes de un país, piensa o dice el cronista inquieto, todo lo que esas palabras revelan y ocultan, el retrato complejo que ofrecen. Más de treinta años después de que se publicara el atlas, ¿cuántas de esas formas siguen vigentes? Juan Manuel y Alberto conocen muchas, quizá la mayoría, pero algunas otras no las habían oído nunca antes, no saben si porque entraron en desuso o debido a una cuestión regional. Mati, por su parte, más compenetrado con los asuntos del mundo, juega en el jardín con su pelota de fútbol, imitando algunas jugadas de James.

7

Ahora hace falta encontrar la manera de escribir sobre esto, piensa el cronista atemorizado, mientras manejan de regreso a la ciudad. Le quedan un par de días de estadía, encuentros y reencuentros con amigos queridos, el maravillamiento constante por el sabor de algunas frutas, más borracheras secretas para permitir que las palabras se escabullan menos. Le quedan las comparaciones permanentes entre esta Bogotá y la que conoció siete años antes, pasajes ocultos y librerías de viejo y museos y bares y restaurantes y cafés. Pero el cronista feliz ya sabe con certeza que escribirá sobre el atlas, ese libro milagroso que ensancha la realidad y multiplica por dentro a un país. Sabe también que dos o tres páginas no alcanzarán para mucho, pero al menos intentará despertar la curiosidad de quienes no han oído sobre él. Por su parte, se pasará horas y más horas imaginando a esas mujeres y a esos hombres que durante años, en lanchas y avionetas y mulas y autos y a pie, en frío y en calor, saciados o hambrientos, acompañados o solos, partieron desde Bogotá para recorrer las distintas regiones de Colombia en busca de palabras. Imaginará esos viajes, las fojas de encuestas, el cansancio y la emoción. Los verá entrevistando durante horas a decenas y cientos y miles de personas sobre cómo le llaman a tal cosa y tal otra, en esos lugares de nombres bellos. *Urbilla*, *Riohacha*, *Manaure*. *Bahía Solano*, *Ábrego*, *Ocaña*. *Mariquita*, *La Paz*.

WENDY GUERRA
(LA HABANA,1970)



Foto: © Alberto Sierra.

Se graduó de Dirección de cine, en la especialidad de guion, en el Instituto Superior de Arte (ISA) de La Habana. Ha publicado las novelas *Todos se van* (2006), *Nunca fui primera dama* (2008), *Posar desnuda en La Habana* (2011) y *Negra* (2013), y los libros de poesía *Platea a oscuras*, *Cabeza rapada* y *Ropa interior*. Ganadora del Premio Bruguera 2006 y del Carbet des Lycéens 2009. En 2010 fue nombrada Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres de la República francesa.

Jugar al capitalismo

Improvisaba mudarme a Bogotá por un año. En la maqueta de mi cabeza planeaba perderme en el último lugar de América Latina donde un escritor aún importa.

Cierro los ojos y recuerdo aquel día cuando, bajo el acostumbrado aguacero, cotidiana humedad de una ciudad a *2600 metros más cerca de las estr*ellas, 36 autores latinoamericanos, intrusos visitantes, escritores ebrios, tímidos, exhibicionistas o prófugos de dictaduras o asfixiantes matrimonios en desarrollo o decadencia, eran escuchados bajo paraguas y periódicos por los ilusionados y empapados bogotanos.

Es Bogotá otra vez y siento la voz en la emisora HJCK que trasmite música destinada a *la inmensa minoría*.

Amo el set gris, la elegancia de sus mujeres, los abrigos largos de los transeúntes, la mirada perdida de los niños que rescatan un globo inexistente en el cielo encapotado y a veces lujurioso.

Llegué dispuesta a comprar una línea telefónica (con Internet) en la que pudiesen localizarme. Lo del teléfono fue imposible porque mi aparato era incompatible con los *chip* regionales.

Averigüé la posibilidad de poner un anuncio clasificado en *El Tiempo* y así lo hice.

El anuncio decía: «Se busca apartamento, *loft* o espacio sui generis con buena vista de Bogotá, céntrico y cómodo para escritora de paso. Alquiler de un año, pago por adelantado.»

Deseaba hacer el simulacro de vivir en otra parte.

Quería pararme frente al buzón y temer ante la cuenta de la luz, el gas, el teléfono o el agua. No abrirle al casero los días de cobro. Recibir el papel de impuestos y buscar un contador que me auxiliara en todas estas cuestiones.

Ensayaba: Jugar al capitalismo, pero en Bogotá.

No quería jugar en Miami ni en New York. Pretendía hacer de Bogotá mi terreno deportivo, el único donde los libreros te invitan a desayunar y te preguntan por qué decidiste hablar de esto o aquello en tus libros, donde encontrar erratas es un milagro y donde el estado y la empresa privada todavía solventan festivales y eventos, a pesar del pesar. Ese sitio donde tus lectores te reconocen en la calle.

Hay dos ciudades del mundo en las que aún se siente que a sus ciudadanos les importa el arte, una es Bogotá y la otra, Barcelona.

La Habana es muy fértil intelectualmente, sí que lo es, pero la Habana y sus circunstancias…No, no, no. Sigamos con Bogotá.

La excelente actriz cubana residente en Colombia Jacqueline Arenal, hija del escritor cubano Humberto Arenal, decidió acompañarme a ver apartamentos. A ella la conoce todo el mundo en la ciudad, con lo cual, cada vez que entrábamos a un elevador con el dueño, mientras nos saludaba iba subiendo el precio inicial. Asistía a un simulacro de realidad del que era importante formar parte. La fama conforma una buena parte del alimento anímico del país. Las telenovelas, los anuncios publicitarios, las series, los actores, las noches de juerga y glamour encendían Bogotá, por ello había un precio que pagar, y mientras más pisos se subían más ascendía el valor de uso de los apartamentos visitados. Ya lo decía Marx: «El poder económico es el poder social» o «A cada cual según su capacidad a cada quién según su trabajo». Pero ahora citar a Marx, en este contexto, la verdad no tiene mucho sentido. Mi cerebro ha sido marcado con un hierro caliente y el aliento de Lenin, Marx o Engels, me atraviesa en visitaciones malditas, las consignas asechan en los lugares e instantes menos esperados. ¿Será que mi cerebro ha sido programado para siempre en el dogma *marxista-leninista*? ¿Será que no podré escapar de «El matrimonio ruso» como les llamaba la enajenada de mi abuela?

Avanzaba disfrazada, maquillada de cualquier otra cosa menos de cubana, la cubana exitosa era Jacqueline y yo, tal vez, resultaba sólo un poquito cubana. Imitaba una criatura perdida que salió de Cuba a los diez años y que hoy, decidió dejar la Europa de sus padres exiliados y asentarse allí, en aquella ciudad enladrillada, fría y ruborizada, temeraria y divina. Si cierras los ojos las bicicletas doradas de Bogotá pueden atravesar tu alma, un acordeón se lamenta en la ruta que viaja de la ciudad en presente a tu

pasado geográfico. Si digo que soy una cubana de Cuba, de las que sobreviven en la isla, no me alquilarían nada, me mandarían al peor barrio de esta ciudad con miedo a que jamás pudiera pagarles. Esa aprensión la arrastro conmigo a todas partes, pertenece a mis secretos más recónditos, profundo pánico de despertarme un día en el matutino de la escuela primaria jurando ser «*como el Che*» con la mano en la frente, poco en el estómago y nada en los bolsillos para pagar –por ejemplo– este magnífico apartamento que parece un mirador de Bogotá y que Jacqueline me ayuda a descubrir *echando a rodar sus ojos claros* sobre el encapotado grisáceo de la ciudad. Jacquie es mi brújula, intenta ubicarme: —Para acá queda el campo de golf del Country, allí queda la librería que adoras. Yo, la verdad, nunca he querido ni podido tener buen sentido de la ubicación y ese vaivén desubicado me produce un alto sentido de la irresponsabilidad geográfica que adoro. Gracias a eso puedo vivir en Cuba sin asfixia insular. Gracias a esa desubicación puedo escribir y ubicar a mis personajes en cualquier sitio por disparatado que resulte.

En tres días ya estaba instalada en aquel hermoso barrio, Jacquie me tendió una mano con el papeleo y ahora solo faltaba... enamorarme en Bogotá.

Félix Antequera, mi mejor amigo en esa ciudad, tomaba fotos a cada paso. Un gesto, una despreocupada pausa, un acompasado accidente con mi pelo y allí estaba Félix apretando el obturador de su Canon 5D Mark3 para atrapar el instante.

Estas son las hojas muertas que me sirven de abrigo en Bogotá
letras que resbalan sobre mis hombros y mojan mis ojos,
no son lágrimas, no, son quejidos, onomatopeya viva
Detrás de esas puertas alguien escribe un texto que me niega
Me olvida
Me ignora
Bogotá entinta mi cuerpo y a veces siento que todo lo que no escribo ensucia mis senos y borra mis pies
En Bogotá no existo y eso me ayuda en el ejercicio de no ser y de intentarlo
En Bogotá ya ha pasado todo. Y yo quién soy para venir a dibujar un texto bajo el agua.

A mi salida de La Habana, en los hoteles y restaurantes de mi barrio me encontraba con los guerrilleros que intentan firmar la paz y poner fin a la larga contienda colombiana que viene desde La Guerra de los mil días. Mi vida es un puzle de guerrillas latinoamericanas, mi apellido es Guerra y al llegar a esta ciudad, nada parece estar sucediendo. Transito túneles neuróticos que están a punto de estallar, pero, en cambio todo parece estar en su sitio.

Fotos movidas, fotos sepias y por fin tirito sola bajo la colcha reclinada en el suelo pegada en el paredón del nuevo apartamento. Las manos atadas a un original de Juan Gabriel Vázquez y el humo que me envuelve entorno a un té de lavanda bien caliente, envenenado de silencio y luz, diluyéndome en la nada de mi limpio, novedoso campamento personal con vistas a la vida real.

Sola en Bogotá, llueve como si llorara…

Jacquie ha dejado un buda de madera en mi nueva sala. Él será mi compañero en estos días, su gravedad contrasta con mi ligereza, mi frugalidad y su densidad equilibran el paisaje interior. Mi corazón volátil, la eternidad en el cuenco abierto de su ser. «Tengo el alma a flor de piel y puedo ser herida con facilidad» el buda me acompaña y yo cabalgo en la arena de mis días, sobre el cortante aire helado de esta ciudad. Cabalgar con un buda, mmmmm. Desde niña he sentido algo extraño ante esta figura redonda y limpia: El buda es lujuria.

Poco a poco baja la luz y todo mi ser se diluye en la penumbra de la ciudad, me difumino en la niebla de las cosas simples, me esfumo, devasto, desaparezco hasta llegar a ser solo una cartulina en blanco y entonces, solo entonces pueda dibujar mi próximo yo. Bogotá me da la oportunidad de ser reescrita.

Suelo encargarle flores a los hombres. Unos minutos antes de que lleguen a visitarme les ruego, les pido encarecidamente que se desvíen para traerme flores, cualquiera, la que encuentren, aclaro siempre que es para un santo o para alegrar la mesa. Es solo un truco que me permite verlos llegar a casa, pucha en mano, y convertir ese momento en un simulacro de eternidad.

¿Y si este hombre llegara cada semana a casa cargado de flores para mí? ¿Qué tal se vería? Cada mujer debe tener al menos, una dosis de melodrama

tanguero y decadente en su vida, de lo contrario se convierte en una académica amargada, una escritora seca de alma y cuerpo, repetidora de citas y fórmulas vivenciales.

Allí estaba Aldo, hermoso, afeitado y recién divorciado, entrando al departamento vacío con un ramo de flores silvestres como quien entra con un puñal dispuesto a matarme con las filosas puntas de doce margaritas amarillas.

Aldo llegó puntualmente. Repasamos su divorcio y mi inercia en estos años de matrimonio abierto, deshabitado. Hablamos de las pérdidas y del miedo a no tener rituales. Los hijos que no tengo, su hija y mi cordón umbilical cortado, el suyo atado al corazón de la pequeña niña.

—¿Cuál es tu ritual en Bogotá?

En las mañanas desayuno en el taller de grabado de Los Parras, María Eugenia y Luis Ángel me alimentan, yo nunca como, desayuno café e inhalo figuras que destilan tinta de impresión. Almuerzo con mi amiga la artista Ana María David. Escribo al mediodía y, cada día a las siete de la noche, cuando oscurece, suelo ir a Club Colombia a tomar una sopa de pollo. Antes de dormir recibo la llamada de Jaime Abello para hacer nuestro resumen del día. Ese sentimiento de relacionarme con un lugar, su olor y sus sabores, el ambiente que crean sus piedras húmedas me produce un apego parecido a la casa de familia. Al menos así creo que debe ser tener una obligación, un entorno, un aroma y un tiempo ocupado. Aldo me mira con una cara de lástima preocupante. Yo prosigo detallando los baños y el sabor del pan; el sonido de la lluvia sobre el tejado y los patios del club.

Compro un tocadiscos antiguo en La Calle de los Anticuarios y también abrigos gastados en la casa de una vieja modista en La Candelaria.

También he ido a consultar a cinco cirujanos plásticos para escuchar propuestas y cambiar mi cuerpo.

—¿Planeas variar tu cuerpo?

—No, ya tengo uno muy público. Pero debo escribir sobre esto.

—Entonces sí, planeas cambiarlo porque te aburre.

En la tarde me escondo en La Madriguera del Conejo. Voy a revisar, a husmear en los libros de mis compañeros de *Bogotá 39* porque desde Cuba me siento lejos, allí no venden sus libros. Tengo la sensación de que han pasado cuarenta años desde que los conocí en esta ciudad, y que llegan

pocas noticias hasta La Habana. Vivo en el in-xilio de todo. Elijo la librería, entro silenciosa, me siento a leerlos y, lo extraño es que siempre entra alguien conocido y me saluda como si toda la vida hubiese estado allí, echada en una esquina, tomando un tinto a escondidas, pasando las hojas, dejando pasar las horas.

—¿Hasta cuándo piensas quedarte?

—Hasta que se acabe el dinero y me echen a la calle.

—¿Vas a esperar a que eso pase?

—Quiero experimentarlo todo. Estoy jugando a entender el capitalismo.

—Ya no vas a entender nada. Es tarde para ti. Dijo tomando mi barbilla, apretando mi muslo izquierdo con su mano derecha.

Atravesamos la honda intimidad de las diez de la noche en Bogotá. ¿Será el vino tinto chileno? Solo teníamos que tirar de una cuerda que abriera mi bata de terciopelo azul. La ciudad parpadeaba proyectándose en los cristales, era el telón de fondo perfecto para caer rendidos. Del otro lado de la pared Jacqueline recitaba de memoria el libreto que se grabará mañana. A dos quilómetros de aquí Félix imprimía las fotos en la que estos días habíamos posado Bogotá y yo. ¿No era acaso esta la sensación doméstica que buscaba? Aldo me besaba nervioso mientras intentaba encontrar la cama, a tientas, orientándose en el vacío de la amplia arquitectura.

—Aun no hay cama, dije. Y yo misma abrí mi bata azul para caer extendida sobre el suelo de madera.

Un soplo de viento nos despertó del letargo. Se abrió la puerta y entró Gabo, vestido de blanco, cantando un bolero.

Me levanté con naturalidad y le serví su Old Parr, mi voz se añadía a la suya en el canon de siempre. Aldo abandonó espantado la casa, mientras, Gabo y yo, risueños, seguimos el hilo de la misma canción de siempre, aquella que cantábamos en La Habana acompañados por una pianista que amenizaba en «El Gato Tuerto»:

«Por eso aún estoy en el lugar de siempre
en la misma ciudad y con la misma gente
para que tú al volver no encuentres nada extraño
y sea como ayer y nunca más dejarnos.
Probablemente estoy pidiendo demasiado
se me olvidaba que ya habíamos terminado
que nunca volverás que nunca me quisiste

se me olvidó otra vez que sólo yo te quise…»

Cantamos apagando las luces del apartamento para que nadie, nadie, nadie adivinara que él estaba aquí, que había regresado a Bogotá para enseñar a esta cubana a jugar al capitalismo.